FRANCISCO
PÉREZ DE ANTÓN

EL ARTE DE BURLAR A LA MUERTE

(y otras inquietantes historias)

Francisco Pérez de Antón

El arte de burlar a la muerte

(y otras inquietantes historias)

ALFAGUARA

Un agujero en el queso

El hombre es el espejo universal que refleja otro mundo: el que transfigura lo que copia.

OCTAVIO PAZ, *Árbol adentro*

Aquella bonita mujer que había estado observando con saltarina mirada los libros expuestos en la vitrina que daba a la Novena Calle decidió finalmente entrar. Cruzó la puerta, me dijo buenas tardes, esbozó una sonrisa tímida y se aplicó a revisar la abigarrada multitud de títulos que yacía sobre las mesas. Merodeó en torno a ellos un rato. Examinó portadas, autores, tamaños, grosor de los libros, precios. Hojeó novelas, historias, obras antiguas y modernas. Y cuando al cabo de un rato observé que el desaliento comenzaba a hacer presa en su ánimo, decidí acercarme a ella.

—¿La puedo ayudar, señora? —pregunté.

Joven además de bonita, tendría veintitantos años, llevaba anillo de casada y su piel despedía fragancias de flores. Mi primera impresión fue la de estar en presencia de una de esas recién casadas que en los albores de su matrimonio emplean parte de su tiempo en pequeñas e ilusionadas tareas destinadas a agradar al esposo cuando vuelve del trabajo. Y supe que no me había equivocado cuando se volvió hacia mí y con la misma tímida sonrisa que había mostrado al entrar respondió:

—Busco una historia interesante, pero no muy larga. Es para mi esposo, ¿sabe? A él le gusta leer, pero hay días en que llega tan cansado que no aguanta la lectura mucho tiempo y se me queda dormido con el libro entre las manos.

—Entonces no necesita comprar ningún libro. Si quiere una historia emocionante y breve yo le puedo contar una. Es de Ernest Hemingway y dice así: Vendo zapatitos de bebé… sin estrenar.

Tardó en reaccionar unos momentos, al cabo de los cuales,

inesperadamente, se llevó una mano al pecho, la otra a los labios y se le humedecieron los ojos.

Suelo contar este esbozo de relato, a la par de otros más o menos llamativos, con el fin de inspirar en mis clientes la confianza de que puedo sugerirles un buen consejo ante la ilusionada y cotidiana pregunta de ¿qué libro me recomienda leer? Siento debilidad por los niños y sus pequeñas historias. Me conmueven la inocencia y la tragedia de aquellos que no pueden alcanzar una vida plena o son abandonados por sus padres, abusados por pederastas o maltratados por traficantes. En aquella ocasión, sin embargo, tuve la desapacible sospecha de haber metido la pata trayendo a colación el punzante cuento de Hemingway y traté de sacarla de la manera más airosa y rápida que pude.

Eché un vistazo a la mesa poblada de libros y tomé en las manos una colección de historias de Roald Dahl.

—Este le gustará a su esposo, ahí va a ver. Son historias tan ingeniosas y divertidas que no le van a permitir que se quede dormido. Y este otro —dije alzando de la mesa una antigua, pero bien cuidada edición de *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, de Stefan Zweig — es para usted. Yo se lo regalo.

Comprobé que mi gesto animaba su semblante y, cuando abandonó la librería, convencida, quiero creer, de llevarse un tesoro a su casa, tuve la certeza de que había hecho mi buena obra del día. Un arte que aprendí de mi padre, quien también vendía libros usados y fue mi maestro en este noble oficio de comprárselos a quienes ya no los necesitan y ofrecérselos a quienes no pueden adquirirlos si no es a precio de saldo.

Qué libro me recomienda leer, qué novela no puedo perderme, cuénteme un cuento, una aventura, una historia inolvidable. A todos nos encanta que nos narren alguna y mi oficio es ponerlas a disposición del público que llega a mi librería. Miles de ellas han pasado por mis manos y ante mis ojos. Breves como las de Hemingway y Dahl; de media distancia, como las de Zweig y Poe; o de largo aliento, como las de Dostoievsky y Dickens. En su honor debo decir que, no importando la extensión o la intensidad, buen número de ellas han alterado la percepción que yo abrigaba sobre la vida y los hombres antes de leerlas. Historias que me hicieron apreciar errores largamente mantenidos o se llevaron con ellas una parte de mi inocencia. Historias de horror y de miedo, de muerte y resurrección, de misterio o de suspense.

De todas ellas, no obstante, muy pocas tan turbadoras como la que

quiero referir aquí. No la hallé en ningún libro, por cierto. Llegó a mí de manera inesperada cuando clasificaba y ordenaba una antigua biblioteca que acababa de adquirir. Provisto de mascarilla y guantes, invertí tres días en separar libros por géneros —literatura, historia, ciencias exactas como el álgebra o inexactas como la teología— y apartar los sucios, los invendibles, los descosidos. Aquel cúmulo de textos había pasado de generación en generación hasta los últimos herederos de la familia, personas que por lo que pude discernir no tenían interés en conservar el frondoso árbol del conocimiento que sus antepasados habían cultivado a lo largo de los años.

Los libros abundaban en subrayados, notas al margen, admirativos, interrogantes, indicios que permitían deducir el inquieto espíritu de su fundador y sus continuadores. Y al paso que inventariaba y registraba los autores y los títulos de aquellas venerables reliquias, comprobaba una vez más con qué rapidez las ideas se tornan arcaicas e inútiles, con cuánta crueldad el tiempo diluye con sus ácidos los sucesos de otros días y cómo la historia humana deviene con los años poco más que un gigantesco queso *gruyère* con miles y miles de agujeros, cada uno de los cuales albergó un día una historia, una conjura o algún suceso dramático que la frágil memoria de los hombres acabó por convertir en una oquedad sin vida.

Me quedaban dos cajas por revisar. Las abrí. En una de ellas dormía una antigua enciclopedia de cinco volúmenes que ni me molesté en registrar. Con tanto Google y tanta Wikipedia, ¿a quién interesa hoy día una obra de esta índole? En la otra caja no había libros, sino una pila de carpetas de cartón con bandas elásticas en cuyo interior se ordenaban toda suerte de documentos, extractos bancarios, cartas, planillas, facturas, la mayoría fechadas en la segunda mitad del siglo XIX.

No es infrecuente que, luego de comprar a ojos cerrados una biblioteca, encuentre algún ejemplar precioso, alguna perla escondida en el montón. Suele ocurrir, pero no es habitual. En aquella ocasión, sin embargo, perdida en el caos de cajas cuyo contenido tanto me había costado ordenar, descubrí una verdadera joya, por más que su precio aparente fuera nulo o casi nulo.

Entre las carpetas que dormían en la caja, sobresalía una más abultada que las otras con una etiqueta en la que se podía leer, escrito a mano: Burke y Leatherby. Aparté las bandas elásticas, abrí el hinchado cartapacio y en su interior encontré un precioso boceto a carboncillo de la antigua iglesia del Calvario, una veintena de holandesas escritas a mano y cosidas con aguja e hilo y una antigua

moneda de dos chelines. La tinta había adquirido un tono sepia algo desvaído, pero la caligrafía era excelente, lo que facilitaba su lectura.

Atraído por el texto, le eché un rápido vistazo. No tenía encabezado ni firma. Empezaba abruptamente y de ese mismo modo parecía concluir. No me entretuve más en ello. Transporté las cajas a la librería y me llevé el manuscrito a casa con el propósito de leerlo esa noche, cosa que hice con creciente turbación. Pues lo que la veintena de holandesas contenía era un suceso que llevo tatuado en la memoria y que me cuesta creer se haya convertido en un agujero más de ese enorme queso que es la historia. Por eso me decidí a imprimirlo. Por eso y porque llegó hasta mí contado por dos personas ajenas a nuestra idiosincrasia y a nuestro modo de interpretar el hecho terrible que se relata en ella.

He aquí, pues, el manuscrito, sin quitar ni ponerle una coma, no sin antes solicitar al lector indulgencia en la eventualidad de que el suceso llegara a provocar en su ánimo una reacción parecida a la de aquella bonita mujer que entró una tarde en mi librería y a quien, sin ningún tacto de mi parte, le espeté la desoladora historia de Hemingway.

«Mediaba el mes de octubre de 1869 cuando aparecieron por Guatemala dos célebres viajeros ingleses, George Burke y James Leatherby. No eran los primeros ni habrían de ser los últimos en visitar un país tan lejano y casi desconocido como lo era entonces el nuestro. La inusitada sed de los europeos por conocer las antiguas culturas del continente había desatado un insólito furor viajero entre los más audaces. Y si digo esto de audaces es porque hacía falta temeridad y valor para adentrarse durante meses en la selva lacandona a la busca de un mundo perdido entre árboles, animales peligrosos y un asfixiante calor.

Burke y Leatherby pertenecían a esa especie de aves de paso. Llevaban casi un año dando vueltas por Yucatán, Tabasco y Chiapas, cuando resolvieron visitar nuestro país, última etapa de su viaje. Burke había trabado amistad con un hermano de mi padre que regentaba en Manchester una oficina de compras de tejidos de lana. Y Leatherby era pariente lejano de un galés exportador de añil, afincado en Guatemala desde 1845.

Con todo y el aire aventurero de su indumentaria —cazadora color caqui, pañuelo rojo anudado al cuello, botas altas y, en los días fríos, un poncho a media pierna—, ambos eran personas de dilatada

cultura.

Leatherby contaba treinta y pocos años y era ya un artista de renombre. Recuerdo de él su rostro, quizá en exceso alargado, pero acorde con su elevada estatura, sus ojos verdosos, su frente requemada por el sol del altiplano y una barba pelirroja y partida en dos, veteada por algunas hebras grises. Destacado integrante de una escuela de grandes grabadores de su tiempo, como Roberts, Catherwood, Lewis o Bertrand, dibujaba paisajes y escenas de un asombroso realismo que transformaba más tarde en litografías a color. Tomaba rápidos apuntes de todo lo que hallaba a su paso: pirámides a medio cubrir por la maleza, estelas erosionadas por el viento y la lluvia, monolitos, frisos, tumbas, templos. Hasta donde yo puedo juzgar, nadie ha dado a las ruinas mayas una atmósfera tan evocadora y romántica como él, y aún guardo con devoción el boceto que me regaló de la iglesia del Calvario.

Burke era historiador y arqueólogo. Rebasaba ya los cuarenta, había publicado tres libros sobre las culturas de Siria, Grecia y Jordania, y acaparaba en Europa un gran respeto académico por la originalidad de sus análisis sobre la historia de esos países. Su fervor, como el de Leatherby, era semejante al del buscador de tesoros, pero a diferencia de aquel, su agudeza era más intelectual que visual. Las ruinas mayas de Uxmal, Palenque y Chichén Itzá habían despertado en su espíritu profundas disquisiciones que, a la sombra de algún chicozapote o algún huano, registraba en sus cuadernos de viaje.

Difícilmente podría encontrarse una pareja más dispar. Uno era maestro en el arte de la imagen; el otro, en el de la palabra. No obstante esa disparidad, poseían aptitudes complementarias, lo que les habían llevado a concebir el proyecto de publicar juntos un libro ilustrado de viajes sobre América Central.

A pesar de lo apartados que vivíamos entonces del mundo civilizado y de haber perdido el paso con él, llamábamos la atención de los curiosos y los sabios. Y no tanto por lo que éramos, sino por lo que habíamos sido. Las ruinas de la antigua capital del Reino de Guatemala y los restos de la civilización maya, fósiles históricos para nosotros, eran para ellos vestigios fascinantes de un tiempo pretérito de cuyas piedras intentaban extraer conocimientos ocultos u olvidados.

Era de justicia entender la distancia entre su cultura y la nuestra. Estábamos demasiado lejos del mundo del que ellos venían. Los Estados Pontificios estaban a punto de ser absorbidos por Víctor Manuel II y Garibaldi. En Egipto se inauguraba el canal de Suez, León

Tolstói acababa de publicar *Guerra y paz*, y en Múnich se estrenaba aquel año *El oro del Rin,* de Richard Wagner. El cabaret *Folies Bergère* abría sus puertas en París, Charles Darwin reeditaba su controversial obra *El origen de las especies* y en Estados Unidos se inauguraba la línea férrea que cruzaba el país de costa a costa, cuando aquí no teníamos aún telégrafo, ferrocarril ni luz eléctrica.

Durante cosa de una semana, Burke y Leatherby ocuparon su tiempo en conocer la ciudad, así como las ruinas de Antigua, y a disfrutar nuestra peculiar gastronomía, sobre todo esa golosa especialidad que son los platanitos rellenos de frijol, a los cuales Leatherby bautizó con el nombre de «croquetas» mayas. Y cierto día, poco antes de que emprendieran el regreso a Europa, mis padres dispusieron invitarlos a una cena en nuestra casa, acompañados de mis tíos, otras dos parejas de amigos y yo, que en aquellos días acababa de cumplir veinte años. El propósito de la invitación era presentarnos a unos huéspedes tan especiales y compartir una velada con ellos.

Recuerdo con claridad aquella noche, valga la paradoja. El oscurantismo intelectual, político y religioso que vivíamos en esos días corría parejo con la iluminación del comedor. Cuatro candeleros de bronce sostenían otras tantas velas que arrojaban sobre las personas una luz mortecina y temblorosa. El mantel, de suyo rojo, había adquirido un tono violáceo, y sus franjas amarillas le daban un aspecto de casulla.

En ausencia de energía eléctrica, aquellas reuniones solían estar revestidas de una atmósfera de misterio, como de sociedad secreta o de capilla ardiente, alumbrada por un tono de luz que arrojaba cierta lividez funeraria a los rostros de las personas. Estábamos acostumbrados a ese entorno, pero no deja de causarme un respingo cada vez que lo recuerdo.

Acabada la cena, salimos al patio-jardín de la casa. La temporada de lluvias había concluido y hacía una noche espléndida. Por entre el verdor de las macetas, mi madre había dispuesto sillones de mimbre y ratán. Y mientras las mengalas servían a los invitados agua, licores y dulces, me detuve a observar con algún detenimiento a aquellos dos personajes que se desenvolvían con elegancia victoriana y hablaban un español más rápido que el nuestro, teñido de un remoto acento peninsular.

A Burke, el historiador, apenas se le veía la boca a causa de un mostacho torrencial que casi le tapaba los labios. Escuchaba a unos y otros con interés y aquiescencia. Tenía un mentón prominente y una

voz rica en matices que articulaba en el tono altisonante y doctoral que es propio de los británicos.

Por su parte Leatherby, el ilustrador, con su barba y su pelo escarolado, me parecía un dios antiguo. De no ser el gran artista que era, habría sido un narrador fascinante que hablaba hasta con las cejas, de tanto arquearlas y fruncirlas, como si quisiera poner con ellas admirativos, comas y acentos a todo lo que decía.

Nos habíamos levantado de la mesa, pero nadie parecía querer sentarse en los sillones de mimbre. A instancias de mi padre, algunos invitados empezaron a ocupar los asientos, pero ni aun así la cháchara, por regla general insulsa, tenía visos de interrumpirse.

El tema favorito de las tertulias y las sobremesas de aquellas reuniones solía ser «la situación». Nadie se libraba de ella, por más que uno sacara poca cosa en limpio del coloquio. Que si los liberales preparaban una revolución, que si al presidente le iban a apear del poder por las buenas o las malas, que si los guerrilleros de Serapio Cruz asolaban las Verapaces y el Quiché. Todo espeso y aburrido, cuando menos para mí que no entendía de política una papa.

Esa noche, sin embargo, el examen de «la situación» se vería estimulado por un oscuro suceso acaecido el año anterior en Chiapas que nos tenía inquietos a todos, pero del que tanto Burke como Leatherby, testigos presenciales de los hechos, habían estado renuentes a comentar. La noticia había llegado hasta nosotros sin detalles. Todo cuanto sabíamos era que, durante cinco días, los Altos de Chiapas se habían convertido en un infierno: saqueos de haciendas, pueblos cercados, miles de muertos y heridos.

En vista de que no había manera de que la conversación de sobremesa escapara de los temas locales, mi padre resolvió sin más dilación agarrar al toro por cuernos.

—Perdón si les interrumpo —dijo alzando la voz—. Quisiera pedirles algo a nuestros invitados. Señor Burke, señor Leatherby, como habrán podido apreciar, vivimos muy apartados del resto del mundo y la información que recibimos del exterior llega con retraso, incluso de un lugar tan próximo como Chiapas. Pero ustedes estaban allí cuando ocurrieron los acontecimientos y a nosotros nos gustaría escuchar su versión de lo ocurrido. Hay en el suceso un ángulo que quizás ustedes desconozcan. Y es la contaminación política y religiosa que la revuelta sufrida por nuestros vecinos pudiera ocasionar en Guatemala.

Burke fue el primero en contestar y lo hizo en el tono flemático y hasta cierto punto mordaz que era natural en él.

—No solo estuvimos allí, sino que por poco no la contamos.

Raspó un fósforo, encendió su pipa de arcilla y el patio se perfumó con aromas a vainilla, cacao y melaza.

Leatherby en cambio parecía más inquieto. Del bolsillo de su cazadora había sacado una moneda de dos chelines que hacía aparecer y desparecer entre los dedos con pasmosa habilidad.

—Quisiera en primer lugar disculparme —dijo Burke—. No es cortés evadir un tema tan controversial en una casa que nos ha recibido con tanto afecto. Pero lo cierto es que a ninguno de los dos nos atrae hablar de lo sucedido en Chiapas. Comprendo, sin embargo, su curiosidad y la imperiosa necesidad de conocer en detalle lo sucedido allí, así que trataré de complacerles.

Guardó silencio unos instantes en actitud reflexiva y luego continuó de esta suerte.

—La historia es compleja y será preciso simplificarla, pues ni James ni yo la vivimos al completo, pero con lo esencial bastará para que se hagan una idea. Todo empezó el Viernes Santo del año pasado. Habíamos salido temprano de San Cristóbal de Las Casas, en dirección a San Juan Chamula, con el fin de buscar allí algún monumento de interés y tomar unas notas sobre su cultura y sus gentes. Dos mulas con provisiones y dos indios auxiliares para las tareas menudas del viaje eran toda nuestra escolta. La niebla no se había alzado aún y apenas podíamos ver a cien yardas, pero, avanzada la mañana, la gasa de vapor se esfumó y, en las inmediaciones de un paraje que más tarde supimos se llama Tzajalhemel escuchamos un rumor de voces. Situado a escasa distancia de Chamula, el lugar del que les hablo está rodeado de pequeños cerros de los cuales era preciso descender hasta lo que parecía un asentamiento con algunas chozas. Y hacia allí nos dirigimos, orientados por los sonidos de lo que, a medida que nos acercábamos, parecían los rezos de una multitud.

»No habrían transcurrido diez minutos de marcha cuando, a la vuelta de un recodo, aparecieron unos hombres esgrimiendo machetes y profiriendo amenazas. En un principio creímos que se trataba de un asalto, pero los indios que venían con nosotros entendían la lengua tzotzil y nos dijeron que lo que aquellos hombres pretendían era que nos fuéramos de allí.

»Los tzotziles son gente agresiva que no consiente de buen grado a blancos, ladinos y cristianos, pero tanto James como yo íbamos armados con una carabina al hombro y un cuchillo de monte bajo el sarape. Podíamos defendernos con ventaja. No queriendo provocar,

sin embargo, un enfrentamiento que habría sido fatal para ambas partes, solo hicimos ademán de descolgar las armas de fuego. La maniobra detuvo a los tzotziles, en tanto nosotros retrocedíamos sin dejar de tenerlos a la vista.

»Tanto James como yo nos habíamos quedado no obstante con las ganas de saber. Y siendo ambos imprudentes, dispusimos averiguar qué misterio se escondía más allá del paraje donde los tzotziles nos habían cortado el paso. Preguntamos a nuestros indios auxiliares si conocían otro acceso a Tzajalhemel. Nos dijeron que no, pero que habían divisado una trocha en el bosque que parecía ir en el mismo rumbo del que procedían los tzotziles.

»Nos apartamos del camino y tomamos un atajo. Ascendimos por él con dificultad por espacio de media hora sin que nos llevara a ningún sitio hasta que, por entre la fronda del bosque, divisamos más allá de donde concluía la ladera de la loma una gran concentración de gente que daba alaridos y alzaba los brazos al cielo.

»Dejamos las acémilas con nuestros asistentes y empezamos a descender por la ladera, sorteando arbustos y árboles. Como unas doscientas yardas más abajo, dimos con un pequeño promontorio desde el que se divisaba con más claridad la multitud y escuchábamos más de cerca sus gritos, aunque no entendíamos una palabra de lo que decían. Nos dimos cuenta, eso sí, de que no podían ser únicamente los habitantes de San Juan Chamula. Era demasiada gente. Así que supusimos que se trataba de una concentración de personas venidas de aldeas y lugares cercanos.

»Sacamos los prismáticos y enfocamos el lugar. Y lo que alcanzamos a ver fue una escena espantosa».

Burke recompuso la postura en el sillón de mimbre, el cual crujió como enjambre de grillos. Le vi incómodo. Daba la sensación de estar arrepentido por haber aceptado la invitación a hablar de algo que no le atraía en absoluto.

—La multitud estaba aparentemente ebria —dijo.

Ninguno de los invitados se inmutó.

—Entre perplejos y absortos, observábamos aquella muchedumbre que se arremolinaba y gemía en torno a una enorme cruz de madera. Grupos de hombres, como los que nos habían interceptado en el camino, vigilaban los accesos al paraje armados de machetes y lanzas.

Su británica tiesura, así como la naturalidad con que intentaba contar el incidente, parecían resquebrajarse ante la presencia de una fuerte emoción.

—De un rancho cubierto de paja salió entonces un hombre de corte estatuario, ataviado con un negro sarape ceñido por un grueso cinturón. Se cubría con un sombrero de petate de cuyas alas colgaban varias cintas de colores y auxiliaba su prestancia con una especie de báculo de madera. Le abrían paso dos acólitos, portando sendos incensarios que esparcían un humo espeso y oscuro y, atrás de él, a paso ceremonial, caminaba una niña flanqueada por otras doce de edad parecida, todas ataviadas de blanco.

»El gentío se enardeció al ver a las criaturas y comenzó a recitar plegarias deprecatorias. Hombres y mujeres se arrodillaban al paso del cortejo que se abría conminado por el llanto de tres chirimías y el fúnebre ritmo de un destemplado atabal.

»Los gritos alcanzaron un frenesí inesperado cuando, en la puerta de la chinama de la cual había salido el oficiante, apareció un muchachito de facciones indígenas custodiado por seis adultos. Tendría diez o doce años y, hasta que no echó a andar, no nos percatamos de que llevaba las manos atadas a la espalda. La criatura se resistía a caminar e imploraba piedad a los sayones pero, siempre que se detenía o intentaba regresar a la choza de pajón, uno de sus custodios lo azotaba con un chicote y lo empujaba en dirección a la cruz.

»Sentí tal conmoción y tal rechazo que decidí abandonar el lugar y volver a donde estaban las mulas. Mas, al reparar en que James no se movía, seguí con los ojos pegados a los prismáticos, impelido por el morbo que había despertado la escena en mi espíritu.

»Los hombres ataron a la cruz las piernas y los brazos del niño y, acto seguido, lo crucificaron. Tal y como se los digo. Le clavaron al madero las manos y los pies. Insertaron en su cabeza una corona de espinas, alzaron luego la pesada cruz y la encajaron en un hoyo que habían abierto en la tierra».

«Santo Dios, qué están haciendo», murmuró a mi lado James.

»La sangre del pequeño crucificado brotaba de sus manos y sus pies, en tanto dos de las niñas vestales la recogían en sendas vasijas de barro. La jovencita que había seguido al oficiante del sarape negro bebió de ambas vasijas entre los ayes y chillidos de la delirante muchedumbre.

»El niño daba horripilantes alaridos, pero nadie parecía oírle; el sostenido griterío de la multitud lo impedía. Una especie de sacristán le sahumaba con ese oscuro incienso que los indios llaman pom. Las vestales rezaban oraciones, la multitud deliraba. El humo envolvía al muchachito, quien, con expresión desorbitada, elevaba los ojos al

cielo en un gesto de no comprender su infortunio.

»El oficiante del sarape tomó entonces una lanza y traspasó el sobaco del niño. Se escuchó un alarido espantoso. El niño abrió la boca como un Cristo en agonía y la mirada huyó rápidamente a sus órbitas. Luego desplomó su cabecita sobre el pecho y quedó inmóvil».

En el patio-jardín de la casa solo se oía el chorro adormecido de la fuente y el faldeo de las mengalas que ofrecían dulces y agua.

—Dios mío, qué horror —susurró mi madre, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Leatherby adoptó un expresivo gesto que sobre poco más o menos traduje como «Por eso no queríamos hablar de este asunto».

—Eso mismo pensé yo, señora —dijo Burke—, pero James tiene una opinión diferente.

Todas las miradas, unas inquisitivas, otras inquietas, la mayoría extrañadas, se volvieron hacia Leatherby. Había dejado de mover la moneda entre los dedos y su rostro mostraba una mueca con la que parecía invocar serenidad a los presentes.

—Es verdad que fue un sacrifico bárbaro y condenable —dijo al fin —, una horrenda imitación de la crucifixión de Jesucristo. Pero de ese día a la fecha no he dejado de meditar acerca de lo que vimos y he llegado a la conclusión de que «nosotros» —señaló a los invitados y después a él—, nuestra cultura, ha hecho cosas parecidas, si no peores. La civilización judeo-cristiano-romana comenzó con un acto parecido al que nosotros presenciamos en Chiapas.

Burke retomó la palabra, no tanto, me dio la impresión, para defender a su colega, sino para dar una explicación más sustanciosa al suceso.

—Lo que James quiere decir es que los indios de aquellos parajes no han salido aún de la condición teológica que es propia de las sociedades primitivas, dominadas por sacerdotes y guerreros, una etapa provisional y preparatoria de la evolución social que habrá de seguir como sabemos. La mayor parte de la humanidad aún continúa en ese estado y le llevará todavía algún tiempo pasar a la etapa siguiente, la filosófica y racional. Los europeos, en cambio, nos encontramos ya en la tercera, la etapa positivista, el estado último de la evolución intelectual de la especie, en el que se reemplaza la teología por la ciencia experimental y la sociedad se guía por los datos provenientes de la razón y el estudio de los fenómenos y las leyes naturales.

Mi madre le interrumpió.

—Lo que hicieron esos indios fue un acto de barbarie que ustedes parecieran condonar.

—No lo condono, señora. Solo trato de explicar por qué actuaron así.

—Fue un asesinato en toda regla —dijo uno de los invitados, don Ernesto Solís—, una atrocidad celebrada con aguardiente y sangre humana.

Ante la indignación que habían provocado sus palabras, Burke optó por guardar un silencio monástico. Succionó su pipa de arcilla y, cuando al cabo expulsó el humo, sentí que el tabaco no olía ya tan bien y que la presencia de aquellos dos hombres no despertaba en los invitados la misma simpatía que al principio de la cena.

—Yo estuve allí, señor —dijo Leatherby, dirigiéndose a don Ernesto—, y puedo asegurarle que no hubo celebración entre los tzotziles.

—Usted mismo ha dicho que estaban ebrios.

—La ebriedad tiene manifestaciones muy disímiles.

Volvió los ojos a Burke.

—George, por ejemplo, cree que la multitud se sumió en una catarsis colectiva. Yo en cambio tuve la sensación de que lo que sus rostros y sus gritos expresaban era una honda compasión por el niño crucificado. Y ahora estoy convencido totalmente de que fue ese sentimiento lo que hizo de aquella criatura sujeto de veneración. ¿O no es la compasión lo que ha acercado por siglos a cientos de millones de creyentes a Jesús de Nazaret? ¿No es el acto bárbaro de su crucifixión lo que cada año conmemora la Iglesia de Roma en ritos y procesiones con el fin de renovar esa emoción en los fieles? Ahora los tzotziles tienen un Cristo indígena al cual adoran por los mismos motivos que nuestra cultura venera a Jesús de Nazaret. Eso es todo lo que he querido decir, señora —dijo volviéndose a mi madre con expresión de respeto.

—Hay un comentario adicional que creo necesario hacer —intervino Burke—. Los tzotziles de San Juan Chamula necesitaban una fe que no les hiciera sentirse afrentados y sometidos por un dios de raza distinta a la suya. Y Pedro Díaz, el líder del sarape, se la entregó un Viernes Santo en el paraje de Tzajalhemel.

—Discúlpenme ustedes, si no lo entiendo —replicó don Ernesto Solís—. Pero matar a un niño para redimir a un pueblo, me parece algo atroz.

—No menos que utilizar a un crucificado para redimir a la

humanidad —rezongó Burke por lo bajo.

—No es lo mismo —protestó don Neto—. Hay una gran diferencia entre la intención y los fines. Los romanos al menos llevaron a cabo un juicio antes de la ejecución de Jesús. Los tzotziles de San Juan Chamula, en cambio, cometieron un horrible crimen con el fin de provocar una guerra entre indios y blancos.

—El color de la piel tuvo menos influencia que la teología —dijo Leatherby—. Hablamos en esos días con gente sensata, queríamos entender. Una de esas personas nos dijo que no era verdad que los tzotziles hubieran venido alimentando desde la Conquista el odio de los indios a los blancos. Para este hombre, las causas de la guerra de castas que en Chiapas tuvo lugar habían sido las mismas que las que impulsaron a las hordas asiáticas a combatir al Imperio romano. La insurrección de los tzotziles, en definitiva, había sido en sus palabras «la guerra del salvajismo contra la civilización, la de las tinieblas contra la luz, la guerra que los mochuelos querían librar contra el Sol». Eso nos dijo. No fue, pues, una guerra de castas, fue una guerra contra la civilización.

—Fue una guerra en toda regla, James —dijo Burke con flema británica—, una guerra sangrienta y cruel entre dos etnias, dominante la una, dominada la otra, parecida a la que ocurrió en Jerusalén en su día y que habría de desembocar en el conflicto entre judíos y romanos.

—¿Y era necesario sacrificar a un niño para iniciarla? —inquirió ofendida mi madre.

Leatherby se pasó las manos por las rodillas. Creo que lo hizo para calmarse y no precipitarse en la réplica.

—El tipo que provocó el crimen necesitaba un elemento religioso para desencadenar el conflicto —prosiguió—. No hay nada como el sacrificio de sangre para movilizar y exacerbar multitudes. El segundo paso consistía en convertir ese sacrificio en objeto de salvación, para atraer a los guerreros. Y el tercero, en exaltar a la víctima en homilías y discursos hasta encender la chispa de la guerra y las masacres. Ese fue el mecanismo que provocó la crisis en Chiapas, siguiendo la ley natural de la especie: sacrificar a un inocente para salvar al grupo, al clan, a la tribu. Tanto daba que ese sacrificio tuviese lugar en una remota provincia del Imperio romano que en una aldea perdida de la América Central. Nadie en su sano juicio se habría alzado contra ladinos y blancos pensando que podría ganarles una guerra, pero el sano juicio era lo que menos abundaba en Chiapas en esos días. El estallido tuvo que ver, pues, con algo más que la explotación de los

indios por parte de mestizos y blancos.

—Fue algo más, estoy de acuerdo —dijo Burke—. Mas no por los motivos que tú dices. Los tzotziles carecían de armas modernas y no tenían disciplina ni preparación militar. En su raíz, fue una rebelión contra la Iglesia y el Gobierno. La Iglesia quería imponer su ortodoxia; el Gobierno, su hegemonía. Y los tzotziles, llevados de un profundo sentimiento de injusticia, se rebelaron contra ambos. Una batalla perdida antes de empezar, pero que habría de causar una incontenible ola de fanatismo religioso y violencia. La insurrección de Chiapas solo sería una imitación de la guerra que la Iglesia había desatado contra los liberales de Benito Juárez. En aquel caso, lo que los clérigos pretendían era recuperar las propiedades y tierras que los juaristas les habían incautado. Eso lo saben ustedes mejor que yo. Pues bien, los chamulas utilizaban ahora las mismas injurias y los mismos anatemas que la Iglesia había usado contra Juárez y que habían escuchado en las iglesias por boca de los clérigos. Dicho de otro modo: lo que los indios hicieron en Chiapas fue revertir esos mismos argumentos en contra de una organización religiosa que detestaban.

—Todo eso es muy interesante —intervino mi padre—, pero yo quisiera saber más detalles sobre el culto religioso que el hombre del sarape negro diseñó y cómo logró ese culto encender la insurrección indígena. ¿Cuál fue a su juicio la conexión?

—¿Me permite, George? —dijo Leatherby con una sonrisa que parecía pedir permiso y perdón a la vez—. Esa me la sé yo mejor que usted. El hombre del sarape negro se llamaba Pedro Díaz, un tzotzil de muchos alcances y con un instinto natural poco común para llegar a ese recóndito rincón del alma donde las personas guardan sus más íntimas convicciones. Había sido fiscal en San Cristóbal de Las Casas, título que la Iglesia suele dar allí a los intermediarios entre indios y clérigos. Un tipo, en fin, que conocía de pe a pa la liturgia católica y algo más, su teología.

»Durante años, Pedro Díaz había asumido las esencias del cristianismo, pero su alma seguía siendo pagana. Una larga experiencia religiosa al lado de frailes y curas le había permitido intuir que el cristianismo importado no satisfacía las necesidades espirituales de los suyos y decidió llevar a cabo una renovación. Eligió el paraje de Tzajalhemel y moldeó un ídolo de barro. Difundió luego la noticia de que un adolescente, llamado Domingo, había hallado tres piedras caídas del cielo, las cuales metió en un cajón de madera. Vistió al ídolo con indumentaria chamula, lo colocó encima del cajón y,

misteriosamente, las piedras comenzaron a hablar en un lenguaje solo comprensible para Díaz y una joven pastora, llamada Agustina, hermana de Domingo, a quien Pedro le asignó el título de madre de Dios. Las piedras solo golpeaban las cajas, pero la niña y su mentor sabían "traducir" lo que decían. El tiempo era llegado, decían las piedras, de expulsar de Chiapas a blancos y mestizos. Y si no se iban de allí por las buenas, serían exterminados. La iniciativa se difundió como la niebla entre las aldeas y los caseríos cercanos. Y Tzajalhemel se convirtió de inmediato en un lugar de peregrinación.

»Ahora bien, la gente no iba a Tzajalhemel solo a oír hablar a unas piedras que se expresaban en un lenguaje incomprensible, sino para escuchar los incendiarios discursos políticos de Pedro Díaz, quien exhortaba a los chamulas a no adorar las imágenes cristianas ni asistir a los templos donde estaban expuestas.

»La Iglesia se percató del plan y, poco antes de la Cuaresma, el párroco de Chamula se acercó una noche al paraje y con ayuda de otras dos personas, robó las piedras y el ídolo. El jefe político de San Cristóbal prohibió las reuniones y el culto. Y con la excusa de que los tzotziles se habían pertrechado de armas, pólvora y municiones, detuvo a Pedro Díaz y lo encarceló. Con lo que no contaban el jefe político ni el cura era con que las leyes de la Reforma permitían la libertad de cultos y, de resultas, las autoridades de los blancos se vieron forzadas a liberar a Díaz.

»El exsacristán construyó entonces una especie de oratorio en el sitio donde habían aparecido las piedras parlantes y nombró nuevas autoridades civiles y religiosas en las aldeas convertidas al nuevo culto. Y cuando la Cuaresma estaba a punto de concluir, concibió dar el golpe de efecto que habría de coronar la teología que había venido madurando. Ya tenía a la madre de Dios, la niña, y tenía a los santos, pues había modelado otros ídolos. Solo le faltaba escenificar un remedo del misterio central del cristianismo.

»A tal efecto reunió en Tzajalhemel a cientos de indios y les dijo que españoles y mestizos habían sacrificado a Jesucristo para que les protegiera. Pero solo a ellos, a los blancos, no a los tzotziles, quienes por ser gente de raza oscura eran inferiores a la blanca y la mestiza. De ahí que, en secreto, les manifestara la necesidad de sacrificar a un tzotzil para que los protegiera a ellos lo mismo que Cristo había amparado a españoles y ladinos. Y fue en ese *oportuno* momento que nosotros aparecimos por Tzajalhemel».

—La glosa del suceso tiene miga —interrumpió Burke—. Quizás hoy nos horrorice a todos, pero la idea del sacrificio humano no se

limita a las culturas precolombinas. Los druidas, una secta sacerdotal europea, practicaban también ese rito. Los sacrificios humanos eran una ofrenda que agradaba a los dioses y que estos oficiantes llevaban a fin para proteger al clan o a la tribu. Una idea parecida a la de Pedro Díaz.

»Sabemos también que los galos, en su culto al dios Essus o Hessus, colgaban de un árbol con los brazos en cruz a una víctima propiciatoria a quien espetaban una lanza en el pecho. La semejanza fonética con Jesús ha sido utilizada por algunos teólogos para establecer una relación entre el cristianismo y el culto druida, pero es posible que se trate de una coincidencia. Essus era un dios de la fertilidad y de la vida, ligado a la naturaleza. De otra parte, sacrificar seres humanos con el fin de asegurar y proteger a personas y cosechas se repite en muchas culturas primitivas. Somos una especie desconcertante: primero sacrificamos una víctima y luego la veneramos.

»Pienso que este debió de ser el razonamiento intuitivo, si es que tal cosa existe, que Pedro Díaz siguió para que aquel pobre niño fuese crucificado un día de Viernes Santo. ¿Cómo convenció a los padres de la criatura de que lo entregaran para ser sacrificado? ¿Les hizo la promesa de convertirlo en un dios y a ellos la de ofrecerles la gloria eterna? Díaz había diseñado un ritual salvífico mediante el cual, tomando como modelo la muerte de Cristo, los tzotziles habrían de librarse de la servidumbre merced a un redentor de su etnia, un Cristo nativo, un dios de su propia raza. Y lo que yo concluyo del suceso es que no existe mayor diferencia entre el sacrificio humano que tuvo lugar en la Jerusalén del año I y el de Tzajalhemel en el siglo XIX».

Don Ernesto Solís, quien, mientras Burke hablaba, había estado moviendo suavemente la cabeza, comentó:

—No confundamos las ollas, señor Burke. Lo de Chiapas fue una ejecución, no un sacrificio.

—Desde niño he venido escuchando que la muerte de Cristo fue un sacrificio. Un sacrificio aceptado por la víctima con el consentimiento de su padre —replicó Burke recalcando la palabra *padre*—. ¿Qué diferencia hay con lo ocurrido en Chiapas?

Mi padre decidió intervenir de nuevo.

—Dejemos a un lado cuestiones que no conducen a ningún sitio. Hablamos de un asunto civil, de una cuestión de orden político, no teológico. Señor Leatherby, ¿podría, por favor, ilustrarnos al respecto y decirnos cómo terminó el conflicto?

Leatherby detuvo sus malabarismos con la moneda de dos

chelines y comentó:

—Estoy de acuerdo. Nunca debimos sacar a relucir ese tema —dijo mirando a Burke con gesto adusto.

Luego, hablando muy deprisa y sin mirar a nadie, deseoso seguramente de acabar cuanto antes con aquel asunto, agregó lo que sigue.

—Abandonamos Chamula sumidos en el horror. La escena nos había sacado de quicio. En algún momento pensamos denunciar el hecho a las autoridades de San Cristóbal, pueblo blanco y ladino situado a diez kilómetros de San Juan Chamula, pero cuando llegamos allí el hecho era ya *vox populi*. Y por buenos motivos. Se hacía prácticamente imposible que una multitud como la que habíamos visto mantuviera en secreto un crimen tan macabro. Algún desertor, algún espía del gobierno, había delatado a los tzotziles. Y lo que siguió fue espantoso. Pedro Díaz buscaba la voladura del sistema político por el que se gobernaba Chiapas, pero esa tarea no la llevaría a cabo él, sino un mestizo de apellido Fernández, un tipo que conocía muy bien ambas culturas, la pagana y la católica, y que convenció a los indios de poner en práctica las ideas que había predicado Pedro Díaz.

»Los tzotziles se alzaron en armas y comenzaron a atacar a la otra etnia, utilizando la consigna de Blanco visto, blanco degollado. Y desde el cerro Tzontehuit se dejaron venir a San Cristóbal con una algarada de tambores y pitos que a nosotros, que acabábamos de llegar, nos pareció el anuncio del Apocalipsis. En un fuerte estado de animosidad y exaltación, los tzotziles saquearon e incendiaron haciendas, degollaron sin piedad a hombres, mujeres y niños, y asesinaron al clérigo que les había robado el ídolo y las piedras.

»Nunca habíamos pasado tanto miedo. La ciudad estaba cercada. Dondequiera que miráramos y en cualquier dirección que fuésemos, había tzotziles armados con escopetas, cuchillos, machetes. Terminamos refugiándonos en una pequeña iglesia con otras doscientas personas y allí permanecimos varios días en estado de terror, hasta que finalmente el gobernador apareció con una tropa de mil quinientos hombres y consiguió romper el cerco. Hasta donde sabemos, todavía continúan tratando de reducir a los chamulas».

Leatherby alzó la mirada, le dio una última vuelta a la moneda que manipulaba entre los dedos, me hizo un gesto y me la arrojó con una sonrisa. Yo la atrapé en el aire y le di las gracias en silencio.

Burke no hizo comentario alguno a las últimas palabras de Leatherby. Se limitó a seguir limpiando su pipa de arcilla con una

navajita. Y mientras vaciaba los residuos de tabaco y ceniza en una maceta cercana, aprovechó la pausa de Leatherby para preguntar con total inocencia:

—¿Creen ustedes que aquí podría pasar algún día algo parecido?

Esa noche comprendí por qué el silencio puede ser a menudo la respuesta más elocuente. Nadie se hizo eco de la pregunta. Los invitados se levantaron de sus asientos de mimbre aduciendo que se había hecho tarde y comenzaron a despedirse. En cuanto a Burke, la perplejidad de su rostro denotaba la convicción de que acababa de formular una pregunta capciosa y a la vez molesta.

Así concluía el relato. Ningún comentario al margen, ninguna opinión. Ni siquiera una moraleja, probablemente a propósito, pues no se trataba de un cuento o una fábula, sino de una historia real que me dejó transido de horror. La imagen del adolescente crucificado me perseguía. Fue un trauma del que solo pude librarme cuando finalmente acepté que ciertos rituales eran semejantes en todas las latitudes del planeta.

Así las cosas, cierta mañana de sábado, volvió a aparecer por mi librería aquella bonita mujer acompañada por su esposo, un joven de buena presencia y mirada inteligente. Me contaron que les habían fascinado los libros de Roald Dahl y el de Zweig, y que venían a repetir la experiencia.

Los recibí con placer, pues no hay gozo mayor que observar la felicidad y la ilusión de dos jóvenes que empiezan juntos la andanza de la vida, y los conduje a un anaquel, al fondo de la tienda, en busca de un título que me parecía perfecto para ellos.

Al pasar frente a una mesa en la que suelo exponer libros de formato pequeño, llamó la atención del joven uno tan menudo que cabía en su mano. Lo tomó, lo examinó, lo hojeó y leyó en voz alta el título:

—*Imitación de Cristo*.

—Es un antiguo devocionario —le expliqué—. Lo escribió un monje agustino del siglo XV, llamado Tomás de Kempis, y ha sido un bestseller desde entonces.

—Todos imitamos algo de los demás —sonrió el joven—, pero esta es la mejor imitación de todas, ¿no cree?

—Sin duda —le dije—. Y ese fue el propósito de Tomás de Kempis al escribir el libro. Pero hay imitaciones de Cristo que son detestables. En especial una de la cual tengo un pésimo recuerdo y que prefiero

expresar con esa frase que aparece en las etiquetas de algunos productos: desconfíe de las imitaciones. A menudo el sacrificio y el amor, esos dos admirables sentimientos que llevaron a Jesucristo a hacer lo que hizo, se utilizan con fines retorcidos y perversos.

No supe qué más agregar. No le quise decir que el *gruyère* de la historia está lleno de agujeros parecidos al de Tzajalhemel, y que hay hechos y sucesos similares de los que nadie quiere hablar y se arrojan al olvido porque, entre otras cosas, nos atormenta reconocer ese lado oscuro de la especie que nos llena de horror y de vergüenza.

En cualquier caso, sentí que la seriedad había desplazado el talante inicial de la conversación y pensé que, de nuevo, estaba metiendo la pata.

Me volví a la estantería y extraje una vieja edición de *La voz de la ciudad*, de William Sydney Porter, quien escribía con el seudónimo de O. Henry.

—Su curiosidad —les dije— me ha traído a la memoria este libro. Contiene varios relatos, pero uno de ellos, titulado «El regalo de los Reyes Magos», nunca lo van a olvidar. Se trata de una historia tierna y hermosa, una historia de amor y sacrificio entre dos jóvenes como ustedes, un relato que llega al corazón, pero no lo hace sangrar como sucede con otras.

—Muchas gracias —dijo ella sonriendo—. Es usted muy amable.

—No se fíe, lo hago por interés —le contesté con un guiño—. Mi propósito es que continúen leyendo y que vuelvan pronto a mi librería. Tengo otras muchas historias que contarles.

O César o nada

¡Qué año tan fúnebre y triste
ya ni contarles quisiera,
mataron al presidente
con una bala cualquiera!

Romance anónimo, sin fecha ni pie de imprenta, compilado en la obra *El romance tradicional y el corrido en Guatemala*, de CARLOS NAVARRETE

No es sencillo dilucidar el misterio que ha rodeado mi muerte y menos aún explicar los motivos por los que fui asesinado. No desde el mundo en que ahora habito, este apacible lugar donde he vivido los últimos ciento cuarenta años de mi vida y que lleva por nombre los Campos Elíseos. No son los de París, por supuesto, que son creación humana, sino los de verdad, los que desde el principio del tiempo fueron destinados a ser morada de los héroes, los sabios y los mortales bendecidos por los dioses. No hay negras colgaduras aquí, no hay oficio de difuntos ni cosa que se le parezca. Solo la conciencia de inmortalidad palpita aquí noche y día. Nada cambia en este lugar, nada se altera, todo es eternidad sin reloj. Y vivir así, sin miedo a envejecer ni a morir, sin desear ni aspirar, sin pagar ni ajustar cuentas, no es vivir, es vegetar como un álamo en el baldío.

Tienen estos hermosos parajes, empero, una grata cualidad. Y es la de dotar a sus inquilinos de virtudes que no tuvieron en vida y de amortiguar los defectos que les aquejaban en tanto fueron mortales. Yo, por ejemplo, era terco, irreflexivo, brutal. Hablaba poco y no muy bien, a pesar de que había sido notario y soltaba palabras soeces (aún se me escapan algunas, pero solo cuando estoy muy enojado). Me irritaba fácilmente al perder los estribos y podía incluso ordenar la ejecución *in situ* del que me agredía verbalmente, como hice en cierta ocasión con un cura que me faltó al respeto.

No conocía mis límites. Decían de mí que era un hombre

elemental, arrebatado, cruel, que no sabía gobernar, que juzgaba a los hombres por su apariencia, como el corte de pelo, la estatura o las orejas, que no valoraba al pueblo llano ni a los indios y que resentía a la gente rica. No les faltaba razón. Mantuve siempre con la vida una relación exasperada que se traducía con frecuencia en desmesura. Como los grandes felinos, acostumbrados a vivir en la selva y a guiarse por lo que les advierten sus sentidos, respondía a las críticas ajenas con rugidos, zarpazos, dentelladas a la yugular. De ahí que me ganara toda suerte de alias hostiles: que si el patrón, que si el tirano, que si la pantera, que si el asesino.

La gente cree que el negocio de gobernar es fácil. Ignora que la virtud y el poder son incompatibles, que en la cima del poder se libra siempre una guerra que solo gana el más fuerte y que el rasgo más destacado del líder es que, simplemente, no se deja. No se deja engañar, ni arrastrar por los cantos de sirena, ni debilitar por la adulación o las presiones, ni caer en las trampas que le tienden. Y eso les arde a quienes, creyéndose más listos que quien manda, no pueden salirse con la suya y, a manera de consuelo, te ponen toda clase de apodos indignos.

Así es la gente de mezquina.

La baronesa de Wilson, sin embargo, que no era inglesa, por cierto, sino una dama española que visitó Guatemala cuando yo gobernaba el país, hizo una descripción de mi persona que no coincide con la que han dibujado mis enemigos.

Esto es lo que escribió sobre mí aquella encantadora señora que respondía al nombre de doña Emilia Serrano.

> *No solía Barrios prodigar sus visitas; pero hizo una excepción en mi favor. Se presentó vestido de paisano y acompañado por el cónsul general de España y el cura Arroyo, que gozaba de alto prestigio con el presidente. Era de estatura menos que mediana, ancho de hombros y un poco grueso; de ojos negros, vivos y sagaces. Según me dijeron, se levantaba a las seis de la mañana* [esto debo aclarar que es falso, yo me levantaba a las tres] *para ocuparse en el despacho de los negocios de Estado. En mi conversación con él, reveló su claro entendimiento natural y su gramática parda que suplía a falta de instrucción y que él mismo confesaba haber sido muy escasa; pero lo cierto es que, como pocos mortales, había visto someterse todo a su voluntad. Influyó poderosamente en aquel ciego vasallaje y su sistema de terror; pero de todas suertes es preciso que el hombre que consigue mandar, dominar y tener a una nación durante años y años sumisa como el perro que lame la mano del amo, aunque este le pegue o lo encadene, tenga no solo valor, no solo cruel energía, no solo fuerza moral incontrastable; para ese encumbramiento, para ese poder absoluto y arbitrario, existe siempre en el individuo cierta*

superioridad sobre los demás. Era suspicaz y desconfiado, por más que a veces hiciese alarde de la ruda franqueza del hombre leal y justiciero, y es indudable que siempre en aquel ser sostenían recia lucha el bien y el mal. Tócale a la Historia dar su fallo; pero siempre le deberá Guatemala la creación de la policía, el impulso a la instrucción pública, los códigos, la primera línea ferrocarrilera que unió la capital con la costa y otras innovaciones progresistas.

Es el retrato más ecuánime que se ha hecho de mí y confío que se valore mi humildad al reproducirlo. No escondo mis errores ni mis flaquezas porque he cambiado bastante desde que estoy en los Elíseos. Ahora soy una persona apacible y tolerante, tal vez por el roce diario con tantas personas sabias. Hasta me he vuelto elocuente y culto. Por mis muchas lecturas, claro está, las cuales, si han sido numerosas, se deben a que aquí no hay mucho que hacer.

De más está decir que no vine a este lugar por mi gusto, sino por designio de otros. Gente no muy limpia, por cierto. Historias como la mía son como una mata de papas: lo mejor de ella está bajo tierra, mas cuando se sacan las papas, están cubiertas de lodo. Algo así sucedió con mi muerte. Nadie sabe a ciencia cierta quién me mató. Lo que sí sé es que, cuando la bala que me quitó la vida entró por mi hombro y me llegó al corazón —explicaré esto más tarde—, mis aliados, mi Alto Mando, el Congreso, mis ministros, las papas que yo, en fin, había cultivado con tanto esmero, pusieron de lado el ideal que alentaba mi vida. En veinticuatro horas, y no miento, desarmaron cuanto yo había construido y el ejército en el que había puesto mis esperanzas abandonó la misión que yo le había encomendado.

De la noche a la mañana, eso sí, me convirtieron en héroe. Fui glorificado en estatuas, plazas, parques, avenidas. En pueblos y escuelas del país se impulsó una especie de latría hacia mi persona. Y como por arte de magia, dejé de ser el patrón, el tirano, el asesino. En otras palabras, me deshumanizaron.

Sucede con los grandes hombres y los santos: se les sube a un pedestal y se les convierte en estatuas. Muertas, frías, de expresión inerte. Una pena. Me quedaban tantas cosas por hacer, tantos planes por llevar a fin. Había cumplido cincuenta años, la edad canónica, acaso la mejor de la vida, y estaba en la plenitud de mis facultades físicas y mentales. Tenía el país en un puño y a mis enemigos en otro. Pero era un presidente provinciano y yo aspiraba a ser un César. Mis motivos eran parecidos a los del gran patricio romano, pero nunca llegué a percatarme de que aspirar a esa corona de laurel significaba firmar mi sentencia de muerte.

No me arrepiento de mis actos, en especial del último de mi vida. Lo hice por las mejores razones. A lo largo y ancho del Istmo corría el anhelo de una sola voz, un solo país, una sola bandera. Reunificar, agrupar, integrar cinco pequeñas repúblicas en una gran nación de medio millón de kilómetros cuadrados: ese era el desafío. Y me dije, ¿por qué no? La aventura había dado sentido a mi vida. Cuando me arrojé al monte para deponer al gobierno conservador; cuando me uní a la revolución de don Miguel; cuando abatí el poder de los clérigos y los recluí en sacristías y templos, que es donde deben estar; o cuando viendo que la revolución se desleía mandé a don Miguel a su casa. Estaba acostumbrado a apostar alto y discurrí que, si tantas veces me había ido bien, ¿por qué ahora me iría mal, cuando me sentía más sólido y más firme?

La reunificación del antiguo Reino era un sueño presuntamente compartido por los demás gobernantes de la América Central. Y digo presuntamente porque siempre abrigué graves dudas sobre que fueran sinceros. Nos decíamos hermanos y era cierto, pues desde antes de la Independencia ya nos llevábamos como perros y gatos.

Y no es broma. No había solidaridad entre nosotros, ni afán de unión. Solo desconfianzas y sospechas. A la hora de trenzar acuerdos, cada quien buscaba cómo llevar el agua a su diminuto molino. Vivíamos los cinco atrapados en un club de mentirosos compulsivos que celebrábamos reuniones sobre la unificación en las cuales practicábamos el ingenioso pasatiempo de ver quién era capaz de contar la mentira más gruesa. Escuchábamos la de cada miembro del club y luego votábamos para saber quién lo había hecho mejor. Al final, el ganador se iba a casa regocijado de ser el mayor mentiroso de todos, sin detenerse a pensar que los votantes eran, por maña y condición, unos embusteros y que, por tanto, su victoria no había sido más que una farsa. Un puñado de fariseos, por aparte, manipulaba a los socios de aquella honrosa tertulia. Estados Unidos, Francia, Inglaterra, México, metían cizaña entre nosotros, provocaban malentendidos y disputas y espesaban a cocción lenta el caldo del divisionismo.

Suelo decir a mis contertulios del Elíseo que si Francia no le hubiese ofrecido a Colombia construir un canal interoceánico en Panamá, provincia que por aquel entonces pertenecía al país andino, todo habría sido diferente. Pero las naciones pequeñas estamos condenadas a ser peones del ajedrez en el que juegan las potencias. Es algo que nunca he podido comprender: ¿para qué las universidades enseñan derecho internacional, si todo el que puede se

lo pasa por el ángulo obtuso de sus piernas?

Pero dejemos eso, porque, antes de seguir con los entresijos que llevaron a mi muerte, necesito describir, simplificado en lo posible, aquel complejo y oscuro tejemaneje.

A ver si me sale bien y no me enredo.

Diez años antes de la retorcida coyuntura en que me vi inmerso, Inglaterra se había asegurado el control del canal de Suez mediante la compra de la mayoría de las acciones de la empresa egipcia que lo administraba. A Francia no le gustó la maniobra y resolvió construir en Panamá un canal interoceánico semejante al que operaban en Egipto los ingleses. Le hizo una oferta a Colombia y ambas naciones acordaron realizar la obra bajo la dirección de Ferdinand de Lesseps, héroe nacional de Francia.

A Estados Unidos, la potencia emergente, eso no le gustó. En consonancia con la doctrina Monroe, «América para los americanos», Washington no podía consentir que un estado europeo controlara el paso de personas y mercancías del Atlántico al Pacífico y a la visconversa. Pero, no contando aún con el poder militar que llegaría a tener, le fue imposible impedir el inicio de las obras del nuevo canal interoceánico, las cuales, para 1885, iban ya bien avanzadas.

El Departamento de Estado se empezó a mover, lo mismo que algunas empresas. Todo a la chita callando. Y ese mismo año que digo, Nicaragua firmó un acuerdo con Estados Unidos para construir un canal parecido al de Panamá a través de territorio nica. Así empezó aquella desdichada y sorda pugna de los dos pasos al Pacífico, uno en Panamá y el otro en Nicaragua.

Al principio, yo estuve de acuerdo. La propuesta era ventajosa para todos, siempre que estuviéramos unidos. El canal debía construirse en un país fuerte y unido, llamado América Central, y no en uno débil y casi despoblado como lo era Nicaragua. Por eso apoyé la concesión a Estados Unidos. Yo admiraba a sus industriosas gentes y nunca pensé que fuese un pueblo conquistador. Creía que la inversión sería beneficiosa para las cinco repúblicas, pero había un requisito en el que no estaba dispuesto a ceder. Y era que la unificación política de América Central debía hacerse *antes* de que empezaran las obras del canal. No podíamos poner la carreta delante de los bueyes. Yo al menos no estaba dispuesto a permitirlo. No era justo que el paso beneficiara únicamente a Nicaragua, y en parte a Costa Rica, y dejara al margen a Guatemala, Honduras y El Salvador. Eso equivaldría a

romper el equilibrio político del Istmo y a segregarlo en dos regiones, una rica en el sur y otra más pobre en el norte. Si Nicaragua iniciaba las obras del canal antes de unificar las cinco repúblicas, les dije, que se atuviera a las consecuencias.

Para qué quise más. La región se dividió y las potencias se alebrestaron. Estados Unidos quería el control del Istmo, pues temía que lo hicieran Inglaterra o Alemania, las cuales se habían adelantado a Francia. Los intereses de América Central les traían sin cuidado.

En aquel club de mentirosos, cada quien iba a lo suyo. Porfirio Díaz, presidente de México, pongo por caso, rechazó el proyecto unionista. No le convenía tener en su frontera sur un país fuerte y hermanado y me amenazó con invadir Guatemala si yo forzaba la reunificación. Washington advirtió a México que una acción de tal naturaleza sería considerada una actitud hostil hacia Estados Unidos, al tiempo que a mí me amenazaba con sus barcos de guerra y sus tropas si osaba invadir Nicaragua. Solo los indios amagan y, aunque la amenaza me puso como cien mil jicaques, no le di a la coacción la importancia que tenía.

En esas andaban los bandazos de la geopolítica cuando la construcción del canal de Panamá empezó a languidecer. La empresa que lo construía había caído en una profunda crisis financiera y en Nueva York trataba de vender los derechos territoriales y las obras realizadas hasta entonces. Todo cambió a partir de ahí. Y cuando la noticia fue de dominio público, Estados Unidos comenzó a practicar en América Central una diplomacia sospechosa. No había que ser un lince para saber qué ocurría. Washington y Wall Street habían llegado a la conclusión, por demás está decir que propia de un Perogrullo, de que dos canales en la misma zona no podían ser un buen negocio. Y viendo que el canal de Panamá daba muestras de empantanarse, decidieron utilizar la estrategia de la coqueta: no decidirse por ninguno de los dos, pero seguir jugando con uno y otro hasta ver cuál era el que más le convenía.

El proyecto de un canal transoceánico por el río San Juan, frontera entre Nicaragua y Costa Rica, y luego a través del lago de Cocibolca, había traído otra vez la desunión y el separatismo entre nosotros, y todo parecía indicar que, por las buenas, la unificación no iría a ninguna parte. A nadie parecía importarle que América Central se unificara porque eso implicaba, o eso decían, que yo fuese el tirano de cinco países en lugar del de uno solo.

Pero así se escribe la historia. Yo era el lobo del cuento y ellos los corderitos. Recurriendo a la manipulación de la culpa, colgaron de mis

hombros el sambenito de la ambición personal y la tiranía para salvar la cara y que no se dijera que el fracaso de la unificación había sido culpa de ellos. Ninguno quería la unidad, eso era todo. En realidad, nunca la habían querido. Hoy se vanaglorian de haber detenido a un dictador y no les avergüenza haber aniquilado la última ocasión que tuvimos para consolidar una Patria Grande.

Sí, es cierto, yo quería ser presidente de la América Central. Sí, es cierto, yo quería ser un César. ¿Qué había de malo en ello? ¿No fue eso lo que hicieron en su día Qin Shi Huangdi, Hernán Cortés, Washington, Bismarck o Garibaldi? Hombres de esa talla no se encuentran con candela de santo ni naciones como las que ellos conformaron se hacen con agüita de calaguala.

Fue entonces que me dije hasta aquí. Me harté, se me agotó la paciencia. Estaba cansado de aquel jueguecito de engaños, evasivas y verdades a medias. Solo había una solución: reunificar las cinco repúblicas *manu militari*.

Hay un general aquí, en los Elíseos, que en largas e inspiradoras pláticas con él introduce frases e ideas que yo siempre había intuido, pero que nunca supe poner en palabras. Como, por ejemplo, afirmar que un reino dividido es un reino perdido o que toda guerra inevitable es siempre una guerra justa. No es mi intención compararme con él, pero la verdad es que cuando empezó el juego del que vengo hablando, yo había llegado a las mismas conclusiones. Sabía que sin una imponente fuerza militar sería imposible persuadir a las provincias de unirse ni de convencer a las potencias de que estaba hablando en serio. Yo no quería la guerra, pero ahora estaba claro que la única manera de reunificar la región era con un Remington bajo el brazo. Y resolví hacer lo que Alejandro dijo sobre el nudo de Gordias: era lo mismo cortarlo que desatarlo, pero cortarlo era más rápido.

Así estaban las cosas cuando decidí tomar el camino más corto. La reunificación necesitaba un líder fuerte. Y ese líder era yo. ¿No querían unirse por las buenas? Pues entonces lo harían por las malas.

Antes de meterme en harina, no obstante, dispuse tantear mi estrategia. Mas no entre mis subalternos, a quienes todo lo que yo ordenaba les parecía genial. Necesitaba un talento distinto, más ecuánime y menos sumiso, alguien que tuviese lo que un hombre debe tener para sostenerme la mirada, llevarme la contraria si era preciso o decirme que yo estaba equivocado.

No había muchos hombres de esa pasta en el país. Todos me

tenían miedo, lo cual no dejaba de ser un fastidio. En eso me acordé de cierta persona, un abogado prominente, antiguo revolucionario liberal, a quien no veía desde que ordené suavizarle las espaldas y las nalgas con varas de membrillo y colgarlo en una red por entrometerse en mis asuntos. Su nombre era Néstor Espinosa y había sido hombre de don Miguel García Granados. Combatimos juntos en Tacaná y debo admitir que, gracias a su conocimiento de los rifles de repetición que había adquirido en Nueva York, ganamos la primera batalla contra el gobierno de Vicente Cerna. Sabía, pues, de armas, de leyes, de números, de cobardes y traidores, y era un consumado actor. Me salvó la vida en Retalhuleu, y yo le perdoné la suya a raíz de una conspiración en la cual, supuse, y supuse mal, estaba implicado. Fue un error hacer lo que hice con él, pero en fin, uno no puede acertar siempre.

Conociéndole como le conocía, supuse que no le eran ajenos los problemas de América Central aquel año de 1885. De manera que, aun a sabiendas de cuánto me detestaba, resolví pedirle que se presentara en mi despacho. Con ello corría un albur. Espinosa tenía carácter y era un hombre entero y digno. Tenía una ventaja moral sobre mí, además. Yo le había perdonado la vida, pero él había salvado la mía. No se humillaría fácilmente a hablar conmigo después de haberle hecho lo que yo le hice.

Y lo que me sospechaba, sucedió. Espinosa no quería venir a verme. Una excusa seguía a la otra y así se estuvo varios días. Yo insistí con la firmeza de quien no deja de apretar un tornillo, hasta que finalmente una noche se presentó ante mí tan fresco, como si hubiese estado todo el tiempo disfrutando del tira y afloja.

Tendría entonces cuarenta y tantos años y, desde el triunfo de la revolución, catorce atrás, no se había entrometido en la política del país. Casi no le reconocí. Tenía los cabellos grises, barba y bigote del mismo color y líneas en las comisuras de los ojos. Escondido en sí mismo, pero sereno, se mostró ante mí sin asomo de temor y aquel su sello de elegante hombría que nadie osaba exhibir en mi presencia.

Rechazó mis cortesías, mi vino, mis habanos y, a un gesto que le hice, se sentó en una butaca del despacho. Cruzó una pierna sobre la otra y se me quedó mirando, imperturbable, sin temblarle un solo músculo de la cara, como si dijese: «Muy bien, aquí estoy, y no porque me agrade, sino porque no me queda más remedio, qué se le ofrece, Rufino».

—Sé que está aquí porque, de no venir, teme que le haga la vida imposible —le dije—. Reconozco que en eso no he cambiado nada

desde los días en que cruzamos el país a caballo, dormíamos al sereno y comíamos lo que encontrábamos en el camino. Pero no es mi intención hacerle daño. Si no está en su voluntad platicar conmigo, puede marcharse ahorita y le juro por mis hijas que no tomaré ninguna represalia contra usted. Necesito, sin embargo, su ayuda y le ruego que crea lo que le digo.

—Entiendo, señor presidente —contestó en el mismo tono—. Tengo una duda, no obstante. ¿Por qué habría de ayudarle? ¿Qué tengo yo que no tengan quienes han sido víctimas de su política de terror para no ser castigado o torturado o asesinado por mis opiniones políticas?

—Usted no está conmigo, pero tampoco está contra mí. Esa es la razón.

—¿Y qué seguridad tengo de que no me haga lo mismo que les hizo a ellos?

—No se fía de mí, ya veo.

—Dígame quién puede fiarse de usted. Dígame qué garantía puede darme de que al salir de su casa no me encerrará en una bartolina y me dará una paliza con un varejón de membrillo. Una persona como usted está condenada a escuchar lo que quiere oír y a recibir una información falseada por el miedo, a no disponer nunca de una opinión que no sea servil porque quien se atreva a hacer tal cosa sabe que se juega la vida.

Espinosa jugaba a propósito con carbones encendidos. Estaba coqueando al gallo por ver si este mostraba las navajas de sus espolones. Así era de fregado aquel hombre.

Me empecé a plantear si merecía la pena seguir intentando una plática constructiva con él cuando, de improviso, cambió su actitud.

—Pero ya que he venido hasta aquí —dijo, medio transigente, medio resignado—, estoy dispuesto a escucharle.

—Muchas gracias, licenciado —le dije con sorna.

Siempre le traté de licenciado, aunque con algún retintín. Sentía envidia de él, lo confieso sin pudor ahora, pues yo no había pasado de notario, de una parte, y porque él había estudiado en Inglaterra, de otra.

—El motivo de pedirle hablar conmigo es consultarle un grave asunto de Estado —le dije—. Sé que es hombre discreto, pero la información sobre la que voy a consultarle es de tal importancia para nuestro país, para la región y su futuro, que me veo obligado a advertirle que lo que hablemos esta noche no podrá salir de aquí.

El tono impositivo con que dije estas palabras, cosa que no pude

evitar, pues siempre fui así de agresivo, no le inmutó en absoluto. Espinosa hizo un gesto ambiguo a mitad de camino entre la aquiescencia y la sorpresa, y dijo:

—Cuente con ello, señor presidente.

—Bien, le cuento entonces. En unos días, será antes de que concluya febrero, la Asamblea Nacional promulgará el decreto de unificación de América Central y me nombrará jefe militar de las cinco repúblicas. Y acto seguido, pienso cruzar la frontera de El Salvador y, de común acuerdo con Honduras, obligar a Nicaragua y Costa Rica a firmar el decreto de unificarlas en un solo territorio y una sola nación.

—¿Así, por las buenas? —preguntó.

—No me han dejado otra alternativa. La construcción del canal interoceánico en Nicaragua, del que le supongo informado, dejaría a nuestro país desprotegido y fuera del progreso y de la historia.

Tuve la impresión de que un tinte de perplejidad afloraba en su rostro. De seguro no esperaba una noticia así ni que la invasión de Centro América fuese el motivo por el que deseaba hablar con él. Pero Espinosa parecía estar en perfecto control de sí y de sus emociones. Poseía el escudo mental propio de los abogados que no se dejan arrastrar por aquellas cuando escuchan de un cliente la confesión de un crimen o del asalto a un almacén.

El conato de perplejidad no duró. Espinosa enderezó el cuerpo en la butaca y con absoluta frialdad me dijo:

—La economía del país se encuentra postrada. No puede usted pagar la deuda contraída con los ingleses. Los ingresos tributarios están por los suelos y Hacienda no tiene un centavo. ¿Está seguro de que en estas circunstancias puede sostener una guerra?

—¿Quién le ha contado todo eso?

—Es parte de mi trabajo estar informado. Además, este es un país pequeño y chismoso. Todos sabemos lo que ocurre.

—El dinero no es problema —le dije con sequedad.

—Apuesto que eso es lo que le ha dicho su ministro de Hacienda por miedo a confesarle que las arcas del Estado están vacías.

Me empezaba a exasperar tanta impertinencia. No estaba el engreído abogadito hablando con cualquiera, sino con el hombre más poderoso de la América Central.

—Le he llamado para conocer su opinión sobre la guerra —le dije con brusquedad—, no sobre cómo financiarla.

—El dinero es el factor más importante de una guerra. Ambos lo sabemos. Libramos una juntos.

—No será una guerra muy larga —respondí a regañadientes—.

Son naciones pequeñas, no resistirán el empuje de nuestro ejército. Nicaragua es un país tan débil que su gobierno cayó en manos de cincuenta y ocho filibusteros llamados a sí mismos «los inmortales». Y Costa Rica, lo es aún más. No más inmortal, sino más débil. Honduras y El Salvador están con nosotros. Será un paseo militar, no una guerra.

—Hay casi mil kilómetros de distancia a Costa Rica. Mil kilómetros de malos caminos, ríos, selvas, obstáculos de todo orden. Sus hombres llegarán sin fuerzas. Y cuando lo hagan, no podrán salir de la trampa que les aguarda. Se convertirán en un ejército de ocupación, odiado y agredido a toda hora, como le sucedió al de Napoleón en Rusia y en España.

No le contesté, pero él percibió mi irritación.

—Señor presidente —dijo con más respeto—, entiendo que me ha pedido venir para interpretar ante usted el papel de abogado del diablo, es decir, para objetar los méritos y virtudes de su proyecto de invasión. ¿Es así?

Asentí de mala gana. Ese era el propósito, sí, pero me cargaba que fuera tan espabilado y tan crítico y que no hiciera una sola concesión a mi plan.

—En tal caso no puedo darle una opinión complaciente. ¿Y si el conflicto se prolonga y se complica? ¿Y si México nos invade, en represalia? Los mexicanos nunca han querido que nos unamos, excepto cuando pretendieron anexionar el Reino de Guatemala al imperio de Iturbide.

Hice una pausa. Dudaba si contárselo o no, pero no quería que me tomara por un estúpido que no había previsto el asunto del dinero. Así que me dije qué diablos y se lo solté.

—Venderé las islas de la Bahía.

—¿Cómo dice?

—Que si llegara a faltar el dinero, vendería las islas de la Bahía, Roatán, Guanaja y las otras.

—Usted no puede hacer eso. Esas islas pertenecen a Honduras.

—Convenceré a su presidente de hacerlo. Mejor dicho, ya le he convencido de ofrecérselas a Estados Unidos para que construyan allí una base naval. Les conviene a ellos y nos daría seguridad a nosotros. De este modo, Estados Unidos no intervendrá en el conflicto, y si lo hace, será para detener a México. El presidente Chester Arthur es favorable a la unificación.

—El presidente Arthur entregará el poder en unos días y el nuevo, Cleveland, es demócrata. Se nos echará encima para evitar la guerra.

¿Qué hará usted si esto llegara a ocurrir?

Era evidente que Espinosa no podía creer lo que oía. Demasiada información para absorberla en tan poco tiempo. Y demasiada complejidad la de las consecuencias que eso traía consigo.

—Le llamarán vendepatrias.

—Eso me importa un carajo.

—¿Se ha preguntado si el Ejército le es fiel y si está totalmente de acuerdo con sus planes?

Era una consulta perversa y eso me enchinchó.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Por supuesto que me es fiel!

—¿Está seguro de que, en una coyuntura incierta, no le daría la espalda?

—¡Claro que lo estoy!

—Yo no estaría tan seguro. Cuando la política penetra en las Fuerzas Armadas, comienzan los conflictos y aparecen grupos que disienten con el Alto Mando y el líder. La traición es una cuestión de tiempo. Llega un momento en que, si no te retiras, te retiran, esa es la regla. Lo hizo usted con don Miguel. De ahí al magnicidio, no hay más que un paso. Hasta a Cristo le traicionaron dos de sus discípulos. Nadie está exento de motines y desobediencias, ni siquiera usted. No sería la primera vez, además, que atentaran contra su vida y la de su familia.

—¿Ha venido a darme clases sobre cómo dirigir un ejército?

—Solo quiero prevenirle.

—Todo eso que dice es una estupidez —respondí.

—He oído rumores de un batallón, eso es todo, uno de los que están acantonados en el interior de la República.

El hostigamiento y las insinuaciones de Espinosa me tenían inquieto, pero al mismo tiempo comprendía que si él osaba decirme tales cosas, era porque no se consideraba un enemigo personal mío. Y esa variante de lealtad, fruto seguramente de haber luchado juntos durante la revolución, me sorprendió.

—¿De qué batallón me habla? —inquirí.

—Ignoro su nombre, pero me dicen que está conformado en parte por jóvenes que de niños fueron testigos de lo ocurrido en Jalapa.

—¿Y qué sucedió en Jalapa?

—No lo sé. Eso es usted quien debe decirlo.

Sí lo sabía, claro que lo sabía. Pero se hizo el papo para forzar su argumento. Jalapa había sido un baluarte reaccionario durante los días de la revolución. Y a lo largo de tres años mantuve intensos combates allí. La Pacificación de Oriente, se llamó la operación. A la

gente no se le había olvidado aquella guerra sangrienta y lo que Espinosa sugería era ¿quién podría estar seguro de la lealtad de unos hombres —niños en aquellos años— que habían visto las masacres contra sus vecinos, sus padres o sus hermanos y eran ahora parte del batallón sobre el cual recaían las sospechas de deslealtad?

—Un atentado en el campo de batalla sería el camuflaje perfecto para librarse de usted —sugirió el maldito con la mayor frialdad.

—Va a ser una operación muy sencilla, ¿por qué mi Estado Mayor habría de atentar contra mí?

—Le aventuro una hipótesis: porque son muchos los que no quieren esta guerra. Ni nuestros vecinos, ni las potencias, ni el Ejército. ¿Y qué me dice de la Asamblea Nacional? ¿Piensa que está con usted?

—No solo lo creo, lo afirmo. La Asamblea Nacional está conmigo en bloque. Su presidente, el padre Ángel María Arroyo, doctor le dicen ahora, es mi confidente y mi amigo.

—¿Cree que puede confiar en un cura renegado?

—Fue él quien consiguió el apoyo de Su Santidad León XIII para reunificar Centro América.

—¿Me quiere hacer creer que el papa está con usted, después de haber expropiado a la Iglesia guatemalteca buena parte de sus bienes, de expulsar obispos y órdenes religiosas, de secularizar conventos y de convertir templos en establos y cuarteles?

Me levanté del asiento, me acerqué al escritorio, tomé un documento que tenía sobre la mesa y se lo di a leer. Firmado por Juan Bautista Raull, administrador apostólico del arzobispado de Guatemala, se lo había enviado al cura Arroyo y decía lo que sigue:

> *Asegure a S. E., el señor presidente Barrios, en nombre del Santo Padre, que la Iglesia católica no le es hostil, que la Santa Sede está dispuesta a darle toda la influencia del apoyo moral de que puede disponer la Iglesia, no solo en Guatemala, sino en todo Centro América para que realice la unión que es el porvenir de aquellos países. Nos adherimos con franqueza y sinceridad al decreto de unión centroamericana y elevamos nuestros más fervientes votos al cielo para que sea coronada en medio de la paz y unión de todos los hijos de Centro América con el éxito más feliz para el bien de todos los pueblos.*

Me devolvió el documento.

—O sea, perdón y olvido —comentó—. Qué bien. Extraordinario puntal. Me pregunto qué fuerza tiene León XIII, comparada con la de las fuerzas que se oponen a la unión de Centro América.

Su mordacidad me enfureció, pero hice acopio de paciencia y

seguí escuchando sin decir palabra.

—Es una maniobra política del Vaticano, se ve a la legua —continuó—. En lugar de adoptar una actitud vengativa contra usted, ahora le perdona, le persigna y le dice estamos de su lado. Pues bien, ese apoyo, señor presidente, vale menos que el papel papal en el que está escrito. Los apoyos morales sirven de poco en una guerra. Me va a odiar y a encerrar por esto que le digo, pero la realidad le es adversa y usted no se da cuenta de ello. Existen hilos políticos dentro y fuera del país que no puede ver ni menos aún controlar. Yo tampoco los veo muy claros, pero sé que ningún poder es del todo absoluto, que siempre hay fuerzas que conspiran contra él y que ni siquiera la extensa red de espías que maneja ha sido capaz de detectar. ¿Qué estaba haciendo toda esa legión de informadores suyos cuando unos tipos atentaron el año pasado contra la vida de usted frente al Teatro Carrera?

—Estoy acostumbrado a estos trotes. No voy a renunciar a la unificación de América Central solo por temor a que me maten. Pero le haré caso y cambiaré al comandante del batallón de marras. ¿Qué le parece?

—No escucha, señor presidente. Ese es su mayor defecto, no escucha.

—¿Cómo que no? ¿No le estoy dando prueba de ello?

—Su plan de unificar Centro América excede los recursos económicos, militares y humanos con que cuenta. Le va a suceder lo que a Gaínza y a Filísola cuando quisieron hacer lo mismo que usted a raíz de la Independencia. No teníamos esos recursos entonces y no los tenemos ahora. Y así no es posible organizar el Estado que pretende. Edificar una gran nación demanda dinero, mucho dinero. Y mucha sapiencia política. Implica sobre todo la unanimidad de sus pueblos a unirse. Y usted no tiene ninguna de las tres cosas.

No le di un zurriagazo con el fuete que tenía sobre la mesa porque algún santo me contuvo, pero no me quedé callado.

—Se lo hice ver en más de una ocasión durante aquellas charlas que manteníamos de noche en pleno campo junto al fuego —le dije haciendo silbar mis palabras—. Una nación no se construye como usted y los ilustrados como usted desean. Si no queremos convertirnos en un país africano, el primer y más importante recurso para organizar y disciplinar un país es la fuerza. Después vendrán el derecho, la justicia y todo lo demás, pero lo primero es eso. Las personas como usted piensan que un buen gobierno es cuestión de inteligencia y virtud. Están equivocados. La virtud no tiene uñas ni el

intelecto dientes. Y en países como los nuestros, apenas recién estrenados, el poder necesita ambas cosas si quiere que la nación sobreviva.

—¿Es esa su justificación para unificar la región a la brava?

—No hay otra manera de hacerlo. Esto, mi querido amigo, no es cosa de soplar y hacer botellas.

—Tengo motivos para pensar que su intento será un fracaso. Las soberanías se han consolidado en América Central y el nacionalismo se ha convertido en una fuerza equivalente a diez ejércitos. Es muy tarde, demasiado tarde. Las repúblicas que usted piensa invadir no van a aceptar que un guatemalteco las una y las gobierne. ¿Sabe por qué? Porque tienen la conciencia de que Guatemala no pretende la unión, sino la anexión de todas ellas. No queda otra alternativa, me parece, que convivir de la mejor manera posible unos al lado de otros.

—Eso sería condenar la región a ser los Balcanes de América.

—Una guerra como la que usted pretende abrirá heridas que nunca se podrán cerrar.

—El tiempo todo lo cura.

—Esto no va a funcionar, Rufino. ¿No puede hacerlo paso a paso, con paciencia y mano izquierda? ¿Tiene que hacerlo todo a machetazos?

—Hay asuntos que solo se resuelven de este modo.

—Me da el pálpito que va de cabeza a una trampa y que, aunque ganara la guerra, le difamarán, le execrarán y siempre maldecirán su memoria.

—No hay grandeza sin sacrificio. Tenemos el deber de unir esta franja del continente y de mantenerla lejos del alcance de las águilas. La soberanía no es cosa que se pueda dividir en pedazos. La soberanía es una y, por lo visto, solo yo estoy dispuesto a defenderla. Pero juro que lo voy a hacer, aunque me cueste la vida.

Permítaseme hacer aquí un inciso.

Tener razón no es un estado permanente e inamovible de las cosas. Se puede hoy tener razón y mañana no tenerla. La vida se ha movido, las circunstancias se han alterado y una nueva lógica contradice la que prevalecía hasta ayer. Tienes razón si te creen, no si razonas. La credibilidad es, por lo común, la mejor de las razones. Y entre dos personas que arguyen, nos solemos inclinar, no por la más razonable, sino por la más persuasiva. Vivimos en un mundo donde convencer es sinónimo de tener razón y donde la credibilidad del

contrario no es el único escollo con el que choca el buen juicio. También están la belleza, la elocuencia, el carisma o una caída de ojos. Insistir y conmover pueden más que razonar. No digamos seducir, con frecuencia la mejor de las razones.

Yo carecía en vida de esas virtudes, pero que la razón estaba conmigo aquel 5 de marzo de 1885, cuando la Asamblea Nacional aprobó por aclamación el decreto de unificación de América Central, de eso no me cabe la menor duda. Los parlamentarios interrumpieron la lectura del decreto varias veces con frenéticos aplausos. Era yo quien había presentado el documento a la Asamblea, me apresuro a decir, pero eso carece de importancia. Lo que importa es que todos los diputados se pusieron de pie emocionados y lo aprobaron por unanimidad.

Esa misma noche, la multitud que abarrotaba los corredores del edificio de la Asamblea Nacional se dirigió al Teatro Carrera. Ese era su nombre antes de que yo se lo cambiara por el de Teatro Nacional. Actuaba aquellos días una compañía francesa de ópera y el teatro estaba a reventar. Mientras la multitud esperaba afuera, se alzó el telón y apareció un caballero que, en medio de un silencio solemne, dio lectura a mi decreto. La ovación fue escandalosa. Los músicos y los cantantes se contagiaron con el entusiasmo y mezclados con el público cantaron *La Marsellesa*, que era por aquellos días el himno de los liberales. El país no tenía otro. Y a renglón seguido, acordaron con el público suspender la representación y, unidos a los que esperaban fuera del teatro, se dirigieron a mi casa y allí volvieron a cantar el *allons enfants de la patrie*. Tuve que salir a saludar, estaba muy emocionado. Y si todo aquello no era tener razón, que se me diga qué es.

La fiesta se prolongó toda la noche en las calles y, a lo largo de tres días, la Banda Marcial no descansó ni un instante. El júbilo se había desbordado. Nunca había sido tan feliz. La unión de la Antigua Patria, como le decían algunos, estaba ahora a nuestro alcance después de haberla perdido años atrás.

Recibí telegramas entusiastas de Luis Bográn, presidente de Honduras, y de Rafael Zaldívar, presidente de El Salvador. Este último me decía entre otras cosas: «Correremos juntos la misma suerte y celebro ser su amigo, porque así podré demostrar que lo soy». Y si a tan positivas manifestaciones se sumaba la carta de León XIII, que entusiasmó a tanto cachureco, mi satisfacción no podía ser mayor.

Solo mi esposa Francisca se mostraba desconfiada y reticente. «Todo será en vano», me dijo. Tenía entonces veinticinco años y

supongo que se guiaba por lo que algunos llaman intuición femenina. Como es natural no le hice caso, porque, entre otras razones, era muy ignorante en cuestiones de alta política. Y en otros asuntos también.

Pero, como suele decirse, el presente dura tan poco que ya es pasado cuando se menciona. De golpe, todo cambió. Mi razón histórica y política comenzó a ser cuestionada por unos y rechazada por otros en tan solo siete días.

Zaldívar me traicionó. Nicaragua, Costa Rica y El Salvador firmaron rápidamente una alianza que, aún con la tinta fresca, llevaron a Porfirio Díaz para pedirle ayuda militar. Y el bueno de don Porfirio se despachó con un altisonante telegrama en el cual me soltó esta frasecita: «El derecho de conquista no puede prevalecer entre los pueblos libres de América». ¿Qué libertad le había dado el muy hijo de las cien mil al pueblo mexicano, si se puede saber? Y por si todo lo anterior no fuera bastante, agregaba en el escrito que había despachado un ejército de treinta mil hombres a la frontera de Guatemala, por si se me ocurría llevar a cabo la invasión.

También Estados Unidos me espetó una amenaza. Tal y como me había anticipado Espinosa, el presidente Cleveland se puso los moños, rechazó mi decreto y le dijo a don Porfirio que mucho cuidado con cruzar la frontera de Guatemala porque no estaba dispuesto a permitirlo. También a él le interesaba una América Central fragmentada.

Aquel fue el peor momento de mi vida. Estábamos solos Bográn, el obispo de Roma y yo. Bonito trío. Era esa sensación de orfandad que únicamente se siente cuando te dejan solo y te das cuenta de que ninguno de los que te habían prometido apoyo y solidaridad era sincero y que todos representaban ante ti la comedia de las adulaciones, del qué bien y el qué bonito.

Tuve entonces la premonición que había sentido en otras ocasiones antes de entrar en combate y percibí como nunca la proximidad de la muerte. Así que llamé a mi abogado e hice mi testamento. Fue muy sencillo. La última voluntad de una persona en vida no tiene por qué ser complicada.

A partir de ahí me sentí más tranquilo. No me detendría en la frontera ni derogaría el decreto de unificación. No seríamos el protectorado de nadie. Y en cuanto al canal, Estados Unidos tendría que negociar conmigo si quería que le diéramos paso por América Central. ¿Qué se creían aquellos fariseos, fueran grandes o chiquitos, que me iba a humillar ante ellos? No sabían con quién se la estaban jugando. No sería la marioneta de nadie ni mi destino era ser un

presidente provinciano más, como ellos deseaban que fuera. Buena parte de mis tropas se encontraba acantonada en las estribaciones del volcán de Chingo, en Jutiapa, a corta distancia del río Coco, línea de frontera entre Guatemala y El Salvador.

Y esto fue lo que pensé.

La historia no se repite, pero le gusta imitarse a sí misma. Cruzar aquel río era una encrucijada parecida a la que había vivido Julio César cuando pasó el Rubicón y declaró la guerra al Senado de Roma. En aquella memorable ocasión, César había pronunciado esta frase: «La suerte está echada». Acto seguido se dirigió a sus legiones y les preguntó por última vez si estaban dispuestas a seguirle. A lo cual, los legionarios respondieron como un solo hombre: «¡O César o nada!». Y en aquella fecha augural en que todo alrededor de mí parecía derrumbarse, resolví hacer mío ese lema.

La naturaleza hizo de mí un guerrero y la vocación del guerrero es el combate. Y la victoria, excuso decir. Si me habían quitado la razón, el ideal seguía conmigo. Y a él me atuve, por más que otros lo contaminaran con presuntas ambiciones personales. No me dejaría atropellar ni sería como el cangrejo que, queriendo salir de la olla, es arrastrado al fondo por sus mediocres hermanos. O sería un César o no sería nada. Y en estas condiciones llegó el día de la batalla, en las cercanías de Chalchuapa, la aldea salvadoreña que iba a ser nuestro primer objetivo.

Me había aseado esa mañana, vestido de punta en blanco, enfundado las botas de montar y retocado la barba. Me había mirado en el pequeño espejo que colgaba en la tienda de campaña y me había visto más viejo de la cuenta. El poder desgasta más que el papel de lija, recuerdo haberme dicho, y una de tres, o te engorda o te adelgaza o te destruye.

Isidoro Saralegui, diecinueve años, ojos muy vivos, párpados oblicuos, labios gruesos, mente ágil y ánimo predispuesto a toda hora, me alargó el correaje y, respondiendo a una pregunta que le había hecho, replicó:

—Sí, mi general, soy de Jalapa. De la aldea Miramundo, cerca de las cascadas de Tatasirire.

Le miré a sus negros ojos con fiereza.

—¿No serán de ahí también los que se han rebelado esta mañana contra el comandante Girón y no quieren combatir?

Isidoro me enfundó la casaca y tendiéndome el espadín respondió

con una sonrisa:

—No, mi general. Allí le somos todos leales.

Nunca me gustó el uniforme militar. Si me lo puse tres veces en mi vida tal vez esté exagerando. Una camisa garibaldina roja, cerrada al cuello y abotonada a un lado, hubiera estado mejor. Pero aquel 2 de abril de 1885 necesitaba llevarlo para entrar con solemnidad en Chalchuapa.

Nadie sabe cómo será el último día de su vida, pero el mío empezó así, de manera rutinaria, bajo una tienda de lona, alistándome para salir al campo de batalla. Fuera de la tienda, lo usual. Algún redoble de tambor, voces de mando, ruidos de caballos al trote, relinchos, olor a humo, frijol y tortillas, tintineos de algún yunque reparando herraduras. Y por encima de todo eso, y bien que me pesa decirlo, el mal sabor de la advertencia de Espinosa. Pues, a pesar de haber tomado todas las medidas del caso, el batallón de los jalapas se había rebelado contra su comandante y no quería combatir.

Hasta ese día, todo estaba en su lugar. Habíamos cruzado la frontera de El Salvador y en un par de encuentros le habíamos dado al enemigo por debajo de la lengua. Dos combates, dos victorias. El paseo militar que yo anticipaba.

—Así que de Miramundo —le dije a Isidoro—. ¿Y vos te acordás de lo que ocurrió en Jalapa durante la revolución?

Isidoro entendió mi pregunta como si fuese una reclamación o un reproche.

—No, mi general, no me recuerdo. Yo era entonces muy chiquito.

—Pero algo te habrán contado.

—No, mi general. A los niños no nos contaban esas cosas.

Mentiroso.

Quien no había olvidado lo ocurrido era yo, no sé si en Miramundo, en Mataquescuintla o al pie del volcán Jumay. No me siento orgulloso de ello, ahora que soy diferente. Durante la revolución, ocurrieron tantas barbaridades así que hasta he perdido la cuenta.

En aquella ocasión, un grupo de soldados había arrastrado a varios campesinos hasta el muro oriental de la iglesia de una aldea cuyo nombre no recuerdo. Habían sido torturados por mis soldados y caminaban con dificultad. Yo tenía el espadín en la mano y lo descargué sin piedad contra los infelices que malamente se alineaban frente a la pared donde iban a ser fusilados. Estaba encendido y no dejaba de insultarlos. Eran parte de una conspiración contra el gobierno liberal, gente financiada por la Iglesia para derrocar al recién instalado gobierno de don Miguel García Granados y había que darles

una lección.

En eso escuché unos gritos. Vi entonces salir de la iglesia a un cura, quien, sin quitarse la casulla ni el alba, era también arrastrado a tirones al paredón por dos de mis soldados. A un lado del pelotón de fusilamiento, un cabo y tres elementos hacían retroceder a culatazos a las mujeres de los campesinos, unas rabiosas, otras suplicantes, que pretendían detener la ejecución. Y atrás de ellas vi a un niño como de siete años, descalzo, de ojos vivarachos y muy negros, que lloraba en soledad, observando la escena. Sonó en ese momento una descarga y el grupo de campesinos y el cura se desplomaron en el polvo sin vida.

Una de las mujeres logró zafarse de los soldados y corrió dando gritos hacia el cadáver de su esposo. Dos de los soldados que conformaban el pelotón de fusilamiento se llevaron los Remington al rostro, hicieron fuego y cazaron a la mujer como si fuera un venado.

Volví el rostro a donde estaba el niño. Había dejado de llorar. El único líquido que salía de su cuerpo era el que fluía de su corto pantalón, le bajaba por la pantorrilla y le mojaba sus pies descalzos. Y ahora, mientras me ajustaba el ros y me miraba en el espejo de campaña, me decía que los ojos de aquel niño bien habían podido ser los de Isidoro Saralegui.

Me observé en el cristal de nuevo. Las canas blanqueaban mis cabellos y mi barba, pero tuve la impresión de que las bolsas que se habían formado bajo mis ojos endulzaban la mirada feroz que tenía en los años de la Pacificación de Oriente.

Salí de la tienda de campaña sin darme tiempo a pensar. Mi hijo natural, Venancio, nacido antes de casarme con Francisca, me esperaba con una pequeña tropa de a caballo. Le acompañaban mi sobrino José María, futuro presidente de la República, el general Andrés Téllez, el coronel Calixto Rodríguez y otros oficiales y asistentes. Uno de ellos me tendió la rienda de mi yegua blanca. Calcé la espuela y me subí a su grupa al tiempo que le decía a mi escolta:

—Les prometí almorzar hoy en Chalchuapa y lo voy a cumplir. Vamos allá, señores, y acabemos con esto de una vez.

Emprendimos el descenso desde el cerro de San Juan Chiquito, donde tenía mi Cuartel General, a eso de las ocho de la mañana de aquel dos de abril que para más inri era día de Jueves Santo. Yo iba adelante en la fila con mi flamante uniforme azul oscuro que

destacaba sobre el blanco pelaje de mi yegua. Tenía el propósito de arengar a los jalapas rebeldes y ponerme al frente de ellos para iniciar el ataque decisivo a las trincheras que defendían Chalchuapa. A aquella temprana hora, el pueblo estaba ya rodeado por un semicírculo de fusileros y cañones listos para entrar en acción, pero aún no se había abierto el fuego.

En medio de un silencio espectral, zigzagueamos por la angosta vereda que descendía del cerro. Una brisa revoltosa agitaba el ramaje de los árboles con silbidos y susurros. Pensé en Néstor Espinosa, en lo que me había dicho unas semanas atrás sobre que, al declarar aquella guerra, me encaminaba a una trampa. Pero nada hacía sospechar peligro alguno, ni para mí ni para los hombres que me custodiaban.

Al rato, alcanzamos un pequeño claro, casi llano y cubierto de zacate, desde donde presuntamente se debían divisar las posiciones del enemigo. Hice apoyo en los estribos y me erguí sobre la silla de montar, pero el boscaje era denso y no vi ninguna cosa. Ni soldados, ni trincheras, ni cañones. Seguramente estaban más abajo. No obstante, mientras me mantenía en pie sobre los estribos, y recordando de nuevo las palabras de Espinosa, tuve el pálpito de que alguien me estaba apuntando, camuflado entre los árboles o escondido tras alguna de las enormes piedras que había sobre terreno.

No estaba equivocado.

Había alguien en algún sitio, sí, con la culata apoyada en la mejilla, el dedo en el gatillo y un ojo en la mira de su rifle con el cañón dirigido a mi cabeza. Pero eso era algo que no descubriría de manera fehaciente sino hasta dos horas después, cuando comenzó el cañoneo y la balacera.

Poco antes del mediodía, Chalchuapa estaba a punto de caer. Había logrado que los jalapas se incorporarán a la batalla y observaba el progreso de mis tropas. Galopé detrás de las trincheras, dando órdenes y ánimos a la tropa, y ascendí de nuevo al puesto de mando donde se hallaba mi Estado Mayor. Espesas nubes de humo se alzaban sobre los árboles después de cada explosión y mi yegua presintió algo. Caminaba muy tranquila por la vereda que subía al altozano, pero de pronto se detuvo en seco. Levantó la cabeza y soltó un relincho. Le palpé el cuello para que se tranquilizara y continuó caminando. Llegamos al descampado de la loma y se detuvo de nuevo.

Escuché entonces un agudo silbido, luego un golpe en el hombro

derecho y acto seguido un intenso, pero breve, dolor en el corazón. Después, la nada, la oscuridad, el frío, el silencio. De acuerdo con los testigos que lo vieron, me incliné lentamente sobre el cuello de mi yegua y me desplomé muy despacio hasta caer en tierra, un saludo ritual que sería mi adiós a la vida cuando acababa de cumplir cincuenta años.

Desde la historia oficial hasta las fantasías más sensibleras, pasando por el romance anónimo que habría de correr de boca en boca, se asegura que mi muerte se debió a una bala perdida. Pero por más que los relatores del suceso, que son muchos y antagónicos, insistan en convencer a propios y extraños de que su versión es la buena, no se pudo averiguar de dónde vino, si del enemigo que tenía frente a mí o de alguno de los muchos que tenía detrás. Solo yo puedo dilucidar el misterio, el único que puede con absoluta seguridad decir quién me mató.

En mis conversaciones aquí, en los Elíseos, con el general al que he hecho referencia, le pregunté en alguna plática qué le parecía la hipótesis de que yo hubiese sido asesinado en el campo de batalla, a causa de una bala perdida. A lo cual me respondió que, en la vida pública y en el traicionero mundo de la política, nada ocurre por accidente y que, si ocurre, es porque se planeó de antemano. Y luego de algunas reflexiones al respecto he concluido que tenía razón. ¿O no fue una casualidad mayúscula que una bala perdida, una bala cualquiera, como decía el romance, haya hecho feliz a tanta gente?

A Rafael Zaldívar, en primer lugar, el traidor de los traidores, derrocado dos meses después por el ejército salvadoreño, y a quien el *New York Times* colocó en la picota pública del bochorno y la vergüenza. A los presidentes de Nicaragua y Costa Rica, gente sin dimensión ni grandeza, cuyo nombre no menciono porque ya nadie se acuerda de ellos. Al prepotente Grover Cleveland, antecesor preclaro de todas las prepotencias que su país habría de ejercer sobre el mío. A los conservadores de las cinco repúblicas, a los curas reaccionarios, a los caciques y oligarcas que no veían más allá de su visera.

¿Me falta alguien?

Sí, claro. Me faltan los hombres de mi Estado Mayor que no se atrevieron a seguir con la tarea que yo me había impuesto. En cuanto supieron que había muerto en el campo de batalla, se retiraron de Chalchuapa. Temían que el ejército de Porfirio Díaz invadiera Guatemala por el norte y ellos se vieran como el jamón del sándwich,

apretados también por el sur. Me traicionaron, no mientras estuve vivo, sino cuando ya había muerto.

Yo había marcado mi territorio de tal manera que solo un ataque conjunto podría sacarme de él. Y eso fue lo que sucedió. Sobrestimé la tolerancia de quienes me seguían y subestimé la perfidia de quienes me odiaban.

El ataque no fue coordinado, debo decir, pero todos estaban de acuerdo en que la única manera de evitar que América Central se uniese era el magnicidio. Mal que me pese decirlo, Espinosa tenía razón en sus temores. Quién tiró del gatillo es lo de menos. Todos tenían motivos para deshacerse de mí y entre todos me quitaron la vida. Prueba de ello fue el clamoroso silencio que siguió a la noticia de mi muerte. Solo veinticuatro horas después, ¡veinticuatro horas!, el ejército de la Unión, trece mil hombres sobre las armas, plegó sus banderas, en tanto la Asamblea Nacional derogaba de urgencia el decreto de unificación que tanta euforia había despertado.

Qué casualidad la de aquella bala, ¿no? Y qué poder tan destructivo el suyo. Doce gramos de pólvora y plomo habían borrado para siempre el sueño de una América Central unida. Pero ¿fue de verdad una bala cualquiera, como decía el romance? No lo creo. Las balas se fabrican con un fin y cada una tiene un destino. La mía sabía que el suyo iba a ser mi corazón: lo que ignoraba era el número de personas que querían hacer uso de ella.

Paseo por estos prados, respiro la pureza de su brisa, contemplo el arcoíris de sus surtidores… y me resigno. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Dice la historia oficial que mi muerte fue la de un héroe. De ahí los monumentos, las plazas, las avenidas y esa torre en la capital que tanto se parece a la de Eiffel.

Estoy agradecido, sin embargo. No fui un César, pero eso no importa. Hoy mi nombre lo recuerdan todos. Y no por ser el patrón, el dictador, el usurpador o el asesino, sino porque fui el único entre tanta gente ruin que defendió con su vida el ideal de la Unión. Ese fue mi legado. Por él viviré siempre en la memoria de estos pueblos desgarrados y pequeños que yo quise integrar en uno solo.

En cuanto a los que se alegraron de mi muerte e impidieron la unión política del Istmo, les digo, miren a su alrededor. Casi ciento cuarenta años después de aquel aciago Jueves Santo, aún seguimos siendo pobres y débiles. Así que ahora no traten de justificar con retóricas su perra conducta y púdranse en sus tumbas, cabrones.

El apagón

Vendrá el día del Señor como ladrón, y pasarán con estrépito los cielos, y los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra con las obras que en ella hubiere.

2 PEDRO, 3-10

Corrían los últimos años del desventurado siglo XX, cuando una suerte de cósmico temblor sacudió el espinazo del planeta. Un racimo de presagios a cual más lúgubre comenzó a correr por el mundo igual que cabras sin dueño. Oráculos, clarividentes, seudoapóstoles, echadoras de cartas y reconocidos augures esparcían con redoblado vigor el anuncio de que el fin de los tiempos se acercaba y que el mundo sería destruido la noche de San Silvestre de 1999. Libros de títulos apocalípticos como *El fin de la Tierra*, *El fin de la Historia*, *El fin del futuro* o *Antes del fin*, entre otros, reforzaban los augurios de los adivinos y arreciaban las vibraciones en el raquis de la humanidad. No faltaron hombres de ciencia que recordaran el hecho según el cual la Tierra había sido devastada cinco veces con extinciones masivas y que el mundo estaba en vísperas de la sexta, con la inevitable desaparición del planeta y de la vida tal y como hoy los conocemos. Se produjeron suicidios colectivos provocados por algunas sectas religiosas, la demanda de fortines y refugios caseros se desbordó y, a medida que se acercaba la temida medianoche del 31 de diciembre, otros indicios, como la progresiva desaparición de la capa de ozono en la Antártida, la proliferación de armas nucleares en manos de regímenes autoritarios o las películas de Hollywood simulando la catástrofe, aceleraban la aterradora cuenta regresiva. Que nadie se llamara a engaño: la batalla de Armagedón no tardaría en producirse y el mundo se iría a hacer gárgaras.

Sin embargo, nada ocurrió. Tras esperar la llegada de la bestia y sus tres seises (y 1999 los tenía, solo que boca abajo), ni llovió azufre

ni resucitaron los muertos. Las sectas se acabaron antes que el mundo, los libros de mal agüero fueron olvidados y la arrogancia de quienes a ciencia cierta sabían cuándo había sido el principio del mundo, y por tanto, la fecha de su final, se quedaron con tres palmos de narices. La vida siguió como si tal cosa y ha seguido así desde entonces, lo cual ya se sospechaba san Pedro cuando, ante el malestar de los fieles —y probablemente el suyo— porque la segunda venida no llegaba, debió pronunciar estas palabras que contradecían sus previos augurios: «Carísimos, no olvidéis que, delante de Dios, un día es como mil años, y mil años son como un día».

¿Qué había ocurrido en realidad? ¿Por qué el mundo no se hizo pedazos, ni se desbordaron las aguas, ni las aves cesaron sus trinos? Nadie se atrevía a dar razón de la pifia porque eso habría supuesto que sibilas, pitonisos y profetas confesaran su error. Nadie se lo echó en cara tampoco. Y lo curioso, lo verdaderamente increíble, es que no se habían equivocado. Sus profecías eran absolutamente certeras: la humanidad y el planeta iban a ser destruidos.

A punto de producirse la catástrofe, empero, sucedió lo inesperado: un sorpresivo apagón provocaría en la oscuridad una misteriosa y hasta hoy desconocida controversia que habría de salvar al género humano y al planeta del terrible fin al que estaban condenados.

El singular encuentro tuvo lugar la noche de San Silvestre de 1999, cuando Valerio Peirano, bonaerense, cincuentón, casado y agente de seguros de vida quien, sentado en un cómodo sillón y a la luz de una lámpara hojeaba *La Prensa* en espera de que su esposa terminara de arreglarse para salir a celebrar la despedida del año, escuchó de pronto una voz robusta que con ecos espaciales le decía:

—Buenas noches, Valerio, ¿sabes quién soy?

Sin dejar de mirar el diario y en un tono que mostraba escaso interés en la pregunta, Valerio replicó:

—Pues no, che, no tengo el gusto.

—Yo soy Dios, Valerio —dijo la voz.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Valerio, abstraído.

—¿Cómo que cuál de ellos? Pues Dios, el único, el verdadero.

—Ya, pero, este… disculpá, alguien dijo que habías muerto. ¿No es así?

—Eso fue una bobada de Nietzsche que todavía ignoro por qué tuvo tanta repercusión en su momento —replicó el Señor.

—No sabía.

—Tampoco es culpa tuya. Por eso estoy aquí, porque no he muerto, y porque he escogido esta noche memorable en que concluye

el II Milenio para dar testimonio universal de mi existencia.

—Qué bien, che, qué bien. Pues nada, encantado de verte por aquí.

Y Valerio Peirano, quien había interrumpido la lectura de un curioso reportaje sobre los problemas de tráfico que los alces habían provocado esos días en las calles de Anchorage, se sumergió de nuevo en *La Prensa* sin hacer más comentario.

—¿Pero cómo que encantado? ¿Es eso todo lo que se te ocurre decir? ¿No te conmueve mi voz? ¿Acaso no te asombra mi presencia?

Valerio alzó la mirada por encima de los anteojos, meció la cabeza hacia los lados y, pasando con displicencia la página del diario, dijo:

—Y bueno, ¿qué querés que te diga?

«La indiferencia del mundo que es sordo y es mudo…», pensó frustrado el Señor. Sus sospechas se confirmaban: los hombres ya no le temían. Más aún, habían empezado a olvidarse de él. Y para ratificarlo, ahí estaba Valerio Peirano, típica mediana del universo estadístico, soltando tibiezas y rebosando desdenes. Qué diferencia con aquel otro fin de milenio, el primero, cuando hombres y mujeres confesaban a gritos sus pecados ante la inminencia del Juicio Final. Era evidente que aquel miserable animalito se había vuelto a ensoberbecer. Y eso no iba a consentirlo. Si había sido comprensivo con Adán, ello se debió a que fue el primero de los hombres. El mayor despecho se lo habían causado los otros que creó después. En tan infausta jornada, se había arrepentido incluso de haber creado el Universo y hasta tentado estuvo de destruirlo. ¡Ojalá hubiera seguido entonces sus impulsos! Cuántos disgustos se habría ahorrado. Pero se compadeció de los hombres y solo les envió un diluvio. Los hijos de Noé, así y todo, le saldrían aún más depravados. Quiso hallar un hombre justo entre ellos, uno solo, pero no encontró ninguno. El último en darle esperanzas había sido aquel vendedor de seguros que tenía frente a él. Y a la vista estaba el resultado. Así que, ¡se acabó! Ni Novísimos, ni Anticristo, ni Apocalipsis, ni Juicio Final, ni otras coñas marineras. Al cuerno con la resurrección de la carne y todos los demás avisos que había enviado. El escarmiento sería terminal.

Y acto seguido, el Señor se aprestó a destruir el Universo, siguiendo la misma secuencia que había utilizado para crearlo. Adoptó entonces su figura antropomórfica y renacentista, alzó los brazos al firmamento, apuntó su iracunda mirada a las estrellas y, con voz estremecida, gritó:

—¡Váyase la luz!

Y la luz se fue.

Y todo el Universo quedó sumido en tinieblas.

A Valerio Peirano, que se había enfrascado en los comentarios del preparador de Boca Juniors acerca del último partido con River Plate, el apagón no le hizo ninguna gracia.

—¡Un momento, che, un momento! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué es lo que te proponés hacer?

La voz del Señor surgió de las tinieblas cargada de sarcasmo.

—¿Hacer? Nada, no voy a *hacer* nada.

—¿Y por qué entonces apagás la luz?

—Porque pienso *deshacer* el mundo que creé tiempo atrás.

—Sí, eso es lo que han estado diciendo algunos descerebrados en estos días, pero vos no vas a meternos en ese lío.

—Por supuesto que sí.

—¡Pero qué locura, che! ¿Y qué te hemos hecho nosotros para que nos arrebatés, así, por capricho, la existencia?

—A cuento de que los hombres habéis pagado mi amor con olvido.

Valerio Peirano se molestó.

—¿No será al revés, che? ¿No será que Vos te has olvidado de nosotros? No nos decís nunca una palabra, no nos das pruebas de tu existencia. Querés que lo adivinemos y lo único que se te ocurre es enviarnos de vez en cuando un tsunami, una pandemia o una crisis económica para que la gente se acuerde de Vos. ¿Qué te pasa, che, por qué nos hacés a cada poco esta clase de pavadas?

—No lo puedo evitar, es parte de mi temperamento —respondió el Señor.

—No me digás que destruir el mundo es también algo temperamental.

—Claro que no. Esto es algo que tenía planeado hace años, aunque deseaba de todo corazón no tener que hacerlo. Pero mis expectativas, por desdicha, eran falsas. ¿Qué mejor prueba que la de tu propio olvido? Tú, que debiste caer genuflexo y humillado ante mi voz y la cercanía de mi presencia.

—Yo jamás me olvidé de Vos.

—Pues no tuve esa impresión hace unos instantes. ¿O acaso estabas bromeando? —dijo el Señor con un esperanzado suspiro.

—No, no bromeaba. La razón por la cual no te he olvidado es que nunca tuve el gusto de conocerte. Hablando con toda franqueza, para mí, Vos siempre fuiste una hipótesis.

—Ya veo —respondió con sequedad la hipótesis.

—¿Ya ves qué? —inquirió Valerio, escudriñando las tinieblas que le sitiaban por los cuatro costados del sillón.

—Que los hombres sois unos veletas y unos desagradecidos.

El reiterado ceceo del Señor le chocó un tanto a Valerio.

—Me llama la atención una cosa, ¿por qué hablás en español? Quiero decir, ¿por qué hablás con acento peninsular? Ese favoritismo me ofende.

—Tu incultura no me asombra —suspiró el Señor—. ¿No te enseñaron de niño lo que Carlos V dijo a este respecto?

—Se me debe haber pasado. ¿Qué dijo?

—Dijo que, si Dios hablara a los hombres, lo haría en español. En español de Castilla, naturalmente, no en el español de Argentina, donde lo habéis corrompido con el lunfardo y lo pronunciáis con acento napolitano.

—¿Napolitano? ¿Quién dice?

—Lo digo Yo y es suficiente.

Valerio quedó atónito unos momentos. La situación era más grave de lo que pensaba. Un Dios que se creyera español era lo más peligroso que le podría ocurrir a un argentino. No podrían entenderse.

—Está bien, dejemos eso —dijo para desviar la atención.

—Me parece. Al fin y al cabo, habléis con un acento u otro, todos los hombres sois para mí iguales.

Valerio se volvió a alterar.

—No, viejo. No somos iguales. Yo soy diferente.

—¡Bah! Eso es teológicamente imposible. Yo hice a los hombres iguales ante Mí y en mis obras no cabe lo casual.

—¿Iguales ante Vos? ¿Dijiste iguales? Nos hiciste blancos, negros, indios, chinos, con rasgos y tonos de piel diferentes para que al mirarnos nos despreciáramos los unos a los otros. Hiciste la estupidez abundante, y precario y limitado el buen juicio. Distribuiste con notoria injusticia la inteligencia y la belleza. De hecho, solo una minoría son listos y guapos; la mayoría somos gente del montón, y así no hay manera de competir. Nada tenemos que hacer frente a ellos. No digamos los feos y los torpes. ¿Dónde está la igualdad de que hablás?

—No siempre la hermosura y la listura triunfan, Valerio. Las virtudes de carácter compensan las otras carencias. Tú me entiendes.

—No, no te entiendo. Nos creaste peludos y pobres. Tuvimos que aprender a hablar, pues solo sabíamos gruñir. Y cuando ya pudimos medio explicarnos, nos castigaste con la confusión de lenguas. Aún quedan como seis mil, imagináte. Tuvimos que inventar la escritura, el

alfabeto… qué digo, los alfabetos, pues son muchedumbre, y para que nos comunicáramos mejor, nos zampaste el quilombo de la política. ¿Y todavía querés que te entienda?

—Mi creación fue universal, mentecato —se enfadó el Señor—. Fui *Yo* quien hizo todo lo que existe y no hay otro creador que *Yo*.

Al Señor se le había empezado a contagiar el acento porteño y arrastraba la ye cuando decía yo.

—Tu creación ha de estar en otro lugar, che, porque yo no veo lo que Vos ves en esta. Ergo no te asiste ningún derecho para destruir el mundo y menos para cortarme la luz.

—No tienes salvación, Valerio. Ni tú ni ninguno de los de tu especie. ¿Cómo pretendes excusarte con una bobada como esa, de que no tengo derecho a destruir lo que es mío? ¿Conoces por ventura otro mundo que no sea esta porquería en que habéis convertido el jardín que yo construí?

—No me digás ahora que todo es culpa nuestra —se indignó Valerio—. No me digás que no sabías de antemano que todo esto iba a ocurrir. Esa es todavía una pavada más grande que la que te proponés hacer. Si estás en la industria del juguete y lo que fabricás son monitos de cuerda, de esos que solo tocan los platillos, chin, chin, chin, no les podés pedir que además toquen la viola, la gaita y el trombón.

—Estás blasfemando, Valerio, y eso no te lo voy a permitir.

—Pero aún mejores son las respuestas de tus acólitos —continuó Valerio haciendo que no había oído—. Ahora resulta que es por culpa del pecado que no somos como deberíamos ser y que del árbol torcido de la humanidad no puede salir nada bueno. Pero vamos a ver, como yo digo, ¿quién fue el que plantó el arbolito? ¿A quién se le ocurrió fabricar el mono de los platillos? Guerras, hambrunas, miseria, genocidios, terrorismo, deterioro ambiental, inflación: eso es todo lo que sabe hacer el bendito mono.

—Un momento, yo no creé la inflación. Eso es cosa de vuestros gobiernos.

—¿Y quién creó a esa casta de ladrones, corruptos y sinvergüenzas, si no Vos?

—Mucho cuidado con lo que decís… este, con lo que dices, Valerio.

—Y esa es otra —arguyó Valerio—. Nos diste la razón y el sentido común, pero cuando queremos usarlos, no te gusta, y querés imponerte recurriendo a tu autoridad. Un poco de respeto, che, que no venimos de arrear ovejas.

—Soy tu creador, tengo derecho.

—Mi creador, ya. Entiendo. Te diré algo. No entraré en el asunto de cuántos creadores ha tenido el planeta que reclaman lo mismo que Vos —replicó Valerio—, pero sí que me expliqués esto. La ciencia ha mostrado que el mundo y la vida no los creaste Vos, ni menos los otros dioses, sino que fue consecuencia de una gran explosión, un Big Bang. ¿Qué derecho podés tener entonces sobre mí? ¿Y quién te ha dado venia para destruir algo que no es tuyo?

—¿Ah, sí? ¿Eso dicen los «científicos»? —respondió el Señor subrayando con fingida petulancia el sustantivo—. Pues ahora se van a enterar de cuántos pares son tres botas, como *vos decís* —se burló el Señor, subrayando, ahora con intención, el acento porteño—. Si piensan que no fui yo quien creó el mundo, en cuanto empiecen los porrazos veremos cuánto tiempo tardan en dudar de que también puedo destruirlo.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que fuimos nosotros quienes te creamos a Vos y no Vos a nosotros? —dijo, envalentonado, Valerio—. Porque vamos a ver, ¿quién fue el que te creó a Vos?

—Esperaba esa tontería. ¡Dudar ahora de mi aseidad! ¿Acaso podrías tú o un millón de hombres como tú suprimir la luz del Universo?

Valerio no respondió.

—¿Lo ves? La luz y tú vivís a cuenta de Mí. Igual que las otras cosas. Lo Mío, además, quiere decir de-Mi-pro-pie-dad —silabeó el Señor, recalcando el posesivo—. Y en virtud del *ius abutendi* que me asiste, voy a consumir lo Mío como mejor me plazca. Ah, y respecto a los dioses que no son *Yo*, si hay tantos como dices, la culpa no es mía, sino de vosotros, que os los habéis inventado. No fui *Yo* quién los creó. Y si los otros no existen, *Yo* sí existo. ¿No estás acaso hablando conmigo?

—Sí, claro. Y te agradezco el privilegio. Por otro lado, admito que esta es una prueba irrebatible que dificulta la comprobación de mi hipótesis.

—Si me sigues llamando hipótesis, vamos a tener un problema.

—¿Qué querés que te diga? La oscuridad me impide verte. ¿Quién dice que, a lo mejor, solo sos una voz creada con inteligencia artificial, algo que, por cierto, no la inventaste Vos, sino los hombres, con lo cual la hipótesis seguiría en pie.

—Qué terquedad.

—Hago lo que haría toda persona racional: trato de confirmar algo que es solo una posibilidad, una conjetura.

—Deja de marear la perdiz, Valerio. Sé un hombre y confiésalo: eres simplemente un ateo, un creyente que cree en algo que no soy *Yo* y no cree en lo que debería creer.

A Valerio le dio rabia la respuesta.

—¿Y eso qué tiene que ver, che? Sería ateo si no creyera que Vos existís, pero estoy hablando con Vos, ¿no?, lo que, por cierto, me tiene bastante confundido. Con quienes no puedo hablar es con esa percha de boludos que son tus pastores. Y al respecto tengo una pregunta. ¿Es verdad, como ellos aseguran, que los terremotos, las pandemias, las sequías, las inundaciones o los huracanes son señales de tu descontento con los hombres?

—Eso es una boludez. Yo no hago burradas así, te lo he dicho ya.

—Pues ellos aseguran que no se mueve una hoja en el mundo si no es por tu voluntad.

En el éter se produjo un insondable silencio.

—Tal vez cometí algún error cuando creé el Sistema Solar. Es posible que se me pasaran algunos ajustes que debí hacer en su momento.

—Ahí te quería ver, Gulliver. Eso significa que no sos tan sabio como decís y que hay fuerzas naturales que no podés controlar.

—¿Y tú qué te has creído, que crear un universo es fácil? ¡Y por si fuera poco en seis días!

—Tenías todo el tiempo del mundo para hacer que la Tierra fuese un lugar menos peligroso de lo que es.

—Andaba con prisas, eso es todo. Creé unas energías y unas tensiones que, al entrar en acción entre ellas, superaron mis cálculos.

—Entonces tenés que admitir que hiciste una chapuza…

—Un respeto, Valerio, que no estás hablando con ningún estúpido.

—¿Cómo querés que te respete, si cada año esas fuerzas que decís causan la muerte de decenas de miles de personas y dejan sin hogar y desvalidas a millones? Creás un universo y te sale desobediente. Creás a la especie humana y te sale una bosta de gato. Te inventás luego mil frivolidades, algunas francamente ridículas. Porque vamos a ver, ¿qué necesidad tenías de crear el astigmatismo, la caspa o el mal de amores? Y ahora venís, y porque no te gusta la chambonada que creaste, escupís en el asado. ¿Qué querés que haga, aplauso, medalla y beso? Nuestro mundo es un desorden; la humanidad, un desastre. No hay discusión. Pero ahí nos vamos arreglando. Y mirá lo que te voy a decir: tu creación sería aún peor de lo que es si nosotros no hubiéramos invertido a lo largo de siglos sangre, sudor y lágrimas en corregirla. Te guste o no admitirlo, hemos

mejorado la vida de este planeta. ¿A cuento de qué vas ahora a destruirnos?

—A cuento de que ni me queréis ni me respetáis como lo hacíais antes.

—No, viejo, no. Así no vale. Tenés que darme una mejor razón.

—No tengo que darte ninguna.

—¿Y eso por qué?

—Porque no me da la gana.

—¿Qué clase de respuesta es esa? Sacate la gorra, che. Somos dos personas racionales.

—¡Yo soy un espíritu, no una persona! —estalló el Señor.

—Pues hasta donde a mí me dijeron, sos la primera persona de la Santísima Trinidad.

—Esa es una fantasía de los teólogos.

—Ya veo. Desde que se inventaron las excusas, se acabaron los pendejos.

—¡Hasta aquí hemos llegado, Valerio! —exclamó iracundo el Señor —. Esta conversación ha concluido. Tú mismo te has encargado de mostrarme que la humanidad no merece otra cosa que la extinción. Y eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

De golpe, Valerio comprendió su error. Se había dejado derrotar por un juego del cual se consideraba un experto. ¿Acaso su oficio como agente de seguros no le había disciplinado en los sutiles mecanismos de la paciencia, en saber aplacar primero y razonar después, en llamar a concilio las emociones y no apresurarse en el juicio? ¿No le habían enseñado de joven que el arte de persuadir exige como primer requisito el arte de conmover? ¿Había olvidado la regla de oro de la venta, según la cual, la pasión en el argumento del comprador es un aliado a usar, no un enemigo a combatir? ¿En qué estaría pensando? Un vendedor de seguros no se pelea con el cliente. Y menos aún a oscuras. En circunstancias así, sin el auxilio del gesto, la presencia, la corbata italiana y la camisa a finas rayas azules, no queda más recurso que la palabra, sobre la cual había construido su carrera de asegurador.

Desde su cárcel de sombras, Valerio comenzó a rastrear el perdido cabo suelto que le permitiera reanudar el diálogo, pero tal vez apremiado por el tiempo, cayó como un neófito en el más insulso, a la par que irreverente, de los artificios.

—Antes de seguir con tu plan y empezar con la demolición,

¿podríamos calmarnos y hablar como personas civilizadas? Al fin y al cabo sos Dios y no un cobrador de impuestos.

—Mi decisión está tomada. No tengo nada que esperar.

El Señor bajó la voz y refunfuñó para sí:

—¿Dónde demonios lo habré metido?

De la vasta oscuridad surgían golpeteos y ruidos metálicos, semejantes a los que hace un fontanero cuando busca la llave de tubo en la caja de herramientas. Luego el silencio volvió y su mudez sobrecogió la Tierra.

Valerio se atrevió a preguntar:

—¿Se puede saber que estás haciendo?

El Señor no contestó.

—Espero que no hagás nada de lo que luego te vayás a arrepentir —dijo Valerio, recurriendo al tópico.

—Precisamente porque me pesa lo que hice es que me propongo acabar con ello —respondió el Señor.

A Valerio le pareció oír entre la bruma un sofocado suspiro. No podía creerlo. ¿El Señor tonante vuelto melancólico y sensible? ¿Sería una señal o una trampa?

Valerio no se detuvo a meditarlo. La iracunda ciudadela había dejado al descubierto un portillo y hacia él se lanzó de cabeza.

—¿Estás todavía ahí?

Valerio obtuvo la callada por respuesta.

—Por lo que veo, tu decisión es irreversible —insistió.

Nuevo silencio.

—Y, desde luego, no negociable.

—Por supuesto —dijo al fin el Señor.

—Ufa —masculló Valerio, a quien, de improviso, se le había venido a la cabeza iniciar una maniobra de distracción que tenía como fin impedir que la plática se rompiera, cosa que se le daba muy bien.

—¿Mandarás alguna enfermedad, alguna peste? —inquirió.

—No, no pienso mandar ninguna peste.

—¿Y qué son el cáncer y el sida?

—El sida no es una peste. Es un síndrome. Y el cáncer, un problema que os habéis buscado por fumar y comer lo que no deberíais.

Valerio tuvo un presentimiento.

—Supongo que, si no vas a mandar el jinete de la peste, tampoco mandarás el de la guerra o el del hambre.

—No será necesario. ¿Quién va a pensar en guerrear o en comer cuando el fin de la historia está tan cerca?

—Me parece que eso ya lo dijo otro.

—¿Qué cosa?

—Lo del fin de la historia.

—Pues me da igual —farfulló el Señor por lo bajo.

—O sea que, en definitiva, vas a cancelar el mitin del valle de Josafat...

—Ni más ni menos.

—... y a acabar con los ganados, las ballenas, los quelonios y hasta el pájaro cantor.

—Así es.

—Y agostarás los pastos, los trigos, los frutales...

—Por supuesto.

—Y esquilmarás la tierra, secarás los mares, rajarás el firmamento, el Sol se precipitará sobre el planeta y extinguirás la humanidad.

—Ni lo dudes.

—Y descansarás el séptimo día, supongo.

—Tú lo has dicho.

—Mal día el domingo, che. Te lo digo por experiencia. Uno se deprime sin saber a dónde ir ni qué hacer.

—¡Aquí está! —dijo sorpresivamente el Señor en tono triunfal.

Y olvidándose de Valerio, restalló el divino látigo dos veces.

En las alturas piafaron los cascos del trueno en tanto un estridente relincho sideral se propagaba a los cuatro puntos cardinales. Olía a cera y crisantemo y de la paramera infinita, raseada por un aire helado, surgieron lejanos y roncos los primeros compases del *Dies irae*, entonado por los monjes del Monasterio de Silos.

Valerio se estremeció, pero siguió al acoso. Aquello tenía que resolverse con una negociación. Y en toda negociación, para que tenga éxito, ambas partes debían salir ganando. Era la regla. En caso contrario, la negociación terminaría en fracaso. Si lo sabría él que había hecho cientos de ellas.

—Comprendo tu estado de ánimo. Pero todo esto me parece, además de un escarnio, una falta de respeto a tu palabra.

—¿Qué dices, infeliz?

—Lo que digo. Vos prometiste no exterminar la carne ni destruir la Tierra. Está en el Génesis. ¿O vas a negarlo ahora, como los descerebrados que se creen al pie de la letra lo que dice el libro del Apocalipsis?

—No lo niego. Pero en la promesa había una condición: la de que me amaseis. En caso contrario, os devolvería al polvo.

—¿Y qué te vas a sacar volviéndonos pan rallado?

—Crearé un mundo y un hombre nuevos. Raeré de la faz de la Tierra todo vestigio del pasado. Haré un ser distinto, que me ame, me obedezca y me respete.

Valerio tuvo una corazonada.

—¿Empezar de nuevo? Pero, che, ¡eso te llevará millones de años! ¿O es que no creés en la evolución? —dijo.

—Yo soy un espíritu eterno. Para mí el tiempo no cuenta. Y aun en el caso de que contara, mi paciencia es infinita...

En la voz del Señor volvió a aparecer un imperceptible quiebro de emoción. Y Valerio, percatándose de que pisaba terreno firme, se apresuró a golpear en las zonas blandas.

—Si se te ocurre hacer semejante boludez, nadie volverá a creer en Vos. Tarde o temprano se sabrá que te equivocaste y que, por tanto, no sos infalible.

De las tinieblas llegó a Valerio Peirano el eco de un profundo silencio. Pero esta vez no le afectó. Creía haber encontrado el cabo de la madeja y, con él en mano, empezó a urdir el nido de aprensiones que era el alma de su profesión y el modo de ganarse la vida.

—¿Y qué me decís del arte que en tu homenaje plasmaron los hombres? ¿Vas a demoler el Vaticano, Notre-Dame, la catedral de Florencia? ¿Borrarás *La última cena* de Leonardo, *El entierro del conde de Orgaz* y la bóveda de la Sixtina? ¿Destruirás *La piedad*, el Cristo de Esquipulas y la Virgen de Guadalupe? ¿Y qué será de Jerusalén, Fátima, Lourdes y Santiago de Compostela? ¿Vas a pulverizar *La ciudad de Dios*, la *Suma teológica*, los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio, y las resoluciones del Vaticano II? ¿Destruirás las grandes obras civiles fruto del ingenio humano, como el puente de Brooklyn, el túnel bajo el canal de la Mancha, el acueducto de Segovia y el canal de Panamá? ¿No sería una ingratitud de tu parte borrar de la memoria humana a tus santos, a tus mártires, a tus teólogos? ¿Y qué me decís de las demás cosas que creaste? ¿Qué te han hecho las guacamayas, las truchas, las mariposas?

Valerio azotaba sin piedad y resolvió rematar su ofensiva con un ataque devastador.

—Y qué me decís de las grandes obras de los escritores que han enriquecido las vidas de los hombres: Cervantes, Shakespeare, Dante, Dostoyevski, Mark Twain, Borges…

—Borges no me tenía ningún respeto, aunque lo disimulaba muy bien. Pero un día se le escapó decir que la teología pertenecía al género de la literatura fantástica. Y eso me ofendió. Así que me

importa un rábano lo que pueda sucederles a su nombre y a su obra.

—Te vas a quedar solo, che, ¿te das cuenta? Como un viejo solterón, sin hijos, sin nietos y sin un perrito que mueva la cola al verte. «La tristeza de haber sido y el dolor de ya no ser —parafraseó Valerio—»: eso acabará con Vos. No es que vayás a dejar de ser lo que sos, es que ya no serás lo que fuiste. Y lo que fuiste, tu memoria, el recuerdo de ti, morirá con la demolición. ¿Cuántos inviernos te esperan, con la mente poblada de recuerdos, añorando el tiempo pasado y macerando tu corazón en el dolor?

Tras las apagadas galaxias, se agazapó un divino sollozo y de los barrios orilleros de Buenos Aires surgió, desgarrado, el rezongo de un lejano bandoneón.

—Pensá un poco, hombre de Dios…, perdón, Señor… No tendrás el afecto unánime de la humanidad, pues hay otros muchos dioses además de Ti, pero tienes, ¿cuántos?, ¿mil, dos mil millones de fieles? Es una cifra importante. ¿Vas a terminar también con ellos? ¿Qué culpa tienen tus fieles del desamor, del olvido, del desinterés o la indiferencia que otros sienten por Ti? Vamos, vamos, dejá de torturarte —dijo conmovido Valerio.

—Pero ¿qué puedo esperar de una humanidad —exclamó el Señor, hecho un vendaval de suspiros— que ni me viene a visitar ni me recuerda? Las discotecas y los campos de fútbol están más llenos que mis templos.

La voz del Señor se había enlutado y su ira, hecha girones, flameaba a media asta.

—Son los tiempos, así es la vida. Pero Vos sabés mejor que nadie que esto podría a pasar. Es solo uno de esos baches que tenemos todos. Aquí lo que ha ocurrido es una falta de comunicación.

—En eso sí estoy de acuerdo. Las plegarias que me llegan son cada día más infrecuentes —dijo el Señor.

—No me refiero a eso, pero en fin. ¿No te parece que podríamos buscar una nueva forma de entendernos?

—¿A qué te referís… este… a qué te refieres?

—Pues a algo así como otra suerte de arreglo entre nosotros, no como los que has utilizado para hacer convenios con los hombres, sino algo distinto, digamos un nuevo contrato.

Valerio tejía la malla con técnica impecable. El pajarillo estaba en la red: solo hacía falta enjaularlo.

—¿Un nuevo pacto? —dijo, sorprendido, el Señor.

—Sí. Algo sencillo. Algunos lo llaman «principio de no intervención». Y si Vos estuvieras de acuerdo, pues podríamos

convenir algo así. Aquí y ahora, ¿comprendés?

—Más o menos.

—Regio. La no intervención garantizaría una relación pacífica y amistosa entre nosotros. Sería algo así como una nueva alianza.

—Como la que hice con Noé, Abraham, Moisés.

—¡Precisamente! —exclamó, triunfal, Valerio—. Pero en términos distintos. La modernidad es la modernidad, no tengo que decírtelo.

El Señor tuvo que admitir para sus adentros que los pactos le habían salido mejor que los mandatos y, ya más distendido, preguntó en tono campechano:

—¿Y cuáles serían las cláusulas?

—Yo me atrevería a sugerir un arreglo con un par de considerandos, un punto único y un artículo transitorio. Los contratos con muchas cláusulas y mucha letra menuda solo sirven para enredar las cosas. Te lo digo por experiencia —dijo Valerio en tono profesional.

—A mí solo me interesa lo del punto único.

—Pues a ver qué te parece esta redacción: «Yo, Valerio Peirano, bonaerense, casado, con dos hijos, de cincuenta y dos años de edad, en nombre de todos mis congéneres, sin importar raza, origen, credo, etcétera, me comprometo a no opacar con mis palabras ni mis obras la luz que emana del Señor».

—Hasta ahí vamos bien.

—«A cambio —prosiguió Valerio—, Yo, el Señor, de edad y nacionalidad desconocidas, se compromete a dejar a los hombres vivir tranquilamente con la suya, en especial a los que no son tan fervorosos conmigo».

—¿Cómo que con la suya? ¿Qué es eso?

—Pues qué va a ser, con su propia luz —dijo Valerio—. Con las virtudes y defectos que Vos les diste. Lo importante aquí es que no nos molestemos el uno al otro y que mantengamos entre ambos una relación más serena de la que hemos tenido hasta ahora. Relación que, estarás de acuerdo conmigo, han prostituido todos esos que dicen sos su ventrílocuo.

—¿Ventrílocuo? ¿Has dicho ventrílocuo?

—¿De qué modo podrías llamar a quienes se arrogan saber la palabra de Dios: profetas, apóstoles, obispos, papas y pastores?

—Qué descaro.

—Y además la cambian según les conviene. Pero no perdamos el tiempo en menudencias y sigamos con el asunto de la póliza. ¿Por qué ha de haber amenazas de fuego eterno, castigos aterradores o

destrucciones atroces? Eso no es amor a tus criaturas, sino una crueldad propia de la edad de la barbarie. Vivimos en otro tiempo. Nuestro convenio no debería implicar posesión, extorsión, servidumbre o jerarquía. Ni Vos sos mi amo ni yo tu siervo. Los problemas se resuelven hablando y negociando, como estamos haciendo ahora. Ese es el pacto que te propongo. Y si estás de acuerdo con él, solo tenés que darme una señal de tu aquiescencia benevolente —concluyó, retórico, Peirano.

El Señor sonrió con agrado al comprobar que, a fin de cuentas, los hombres seguían estando hechos a su imagen y semejanza y que, les gustara o no, la creatividad, la chispa divina, seguía siendo parte de su naturaleza. Además, una concesión de tal índole no iba en menoscabo de su dominio sobre ellos y la historia. Pero ese sería asunto de otra negociación.

Y así fue que Valerio Peirano halló gracia a los ojos del Señor, los cuales rebrillaron en la oscuridad como fuegos de san Telmo, al tiempo que con atronadora voz, engalanada de ecos, retumbaba la bóveda celestial y decía:

—¡Hágase la luz!

Y la luz se hizo.

Y los colores se volvieron a posar sobre las cosas.

Y el Señor comprobó, una vez más, que la luz era mejor que las tinieblas.

Cuando los astros recuperaron su lustre, y la luz de la lámpara de pie volvió a iluminar la sala donde se encontraba leyendo Valerio Peirano, bonaerense, cincuentón, casado y agente de seguros de vida, miró en torno, pero no halló ningún cambio digno de consideración. Todo seguía en su sitio: el diario, el sillón, las cortinas, la alfombra, incluso el vaso de agua fría que acostumbraba a beber antes de una fiestecita donde abundara la comida y el alcohol, un socorrido remedio para no pasarse de la raya.

Valerio Peirano se incorporó del sillón, se retocó la corbata y fue a comprobar si su esposa estaba ya lista para salir a celebrar la despedida del último año del segundo milenio. Y al paso que se dirigía al dormitorio, iba considerando, con la modestia que era propia de su oficio y su persona, si alguien le llegaría a agradecer algún día el haber *asegurado* por otro milenio, como poco, la vida del género humano y del planeta.

¿Dónde están los payasos?

La guerra es la manera con que Dios enseña geografía a sus criaturas.

Dicho atribuido a AMBROSE BIERCE

Minutos antes de filmar el que habría de ser el reportaje más hilarante y a la vez más trágico de su vida, João Rubem Tomás Barbosa, veterano reportero de guerra de la CBS News, despertó sobresaltado en el cuartucho donde había pasado la noche. Boqueando como un pez, la espalda dolorida, el pecho agitado por la taquicardia, Barbosa buscó en la agrietada techumbre de cañizo al propietario de la estentórea carcajada que acababa de escuchar. Hubiera jurado que el sonido bajaba de allí, pero no podía asegurar si la risotada había sido principio de realidad o cola de pesadilla.

Atrapado en la semiinconsciencia de la duermevela, se frotó con vigor las encías y la saliva le empezó a fluir, pero al humedecer los labios con ella se le coló en el paladar el ácido sabor de la pólvora. Escupió varias veces revuelto de ascos, intentando vomitar de la memoria los silbidos, las explosiones y los gritos de muerte que, tras bullir toda la noche en su cerebro, pugnaban ahora por escapar como espectadores de un circo en llamas.

Una mescolanza de olores que en un principio no pudo distinguir sofocaba la desolada buhardilla en que había pasado la noche, pero pronto su nariz comenzó a destilar los que dominaban a los otros efluvios: maíz mohoso, polvo de cal, madera carcomida. De más cerca le llegó otro más familiar a sudor diluido en aguardiente de caña.

Los jadeos comenzaban a ceder, también los pálpitos. La realidad volvía sin prisas aplomando ángulos agudos, nivelando horizontes caídos, colocando cada cosa en su lugar y restituyendo a los sentidos el orden acostumbrado. Solo entonces, y con la medida lentitud que lo haría una cama ortopédica, volvió Barbosa a recostarse en el catre.

Separado de él por una cartuchera de videos y baterías, las mochilas de filmación y una gorra de beisbol impresa con la efigie de Mickey Mouse, Aidan Cork dormía con la expresión de quien estuviera próximo a la bienaventuranza tras una agotadora jornada filmando bombardeos y balaceras en las inmediaciones del cerro Cucurucho, a unos cuarenta kilómetros de San Salvador. El rubicundo asistente de Barbosa se había desplomado en el catre al tercer brindis con Tic Tack, una popular bebida espirituosa del país.

—La guerra es un circo sin gracia —había murmurado en tono gangoso.

Miró luego unos instantes a la techumbre del cuartucho e imitando de manera infame la voz de Judi Dench, canturreó:

—*Where are the clowns? Send in the clowns.*[1]

Aidan era un buen muchacho, quizá demasiado joven para un oficio tan duro como aquel, pero callado y eficiente, aunque a veces un tanto obsesivo. Llevaba dos días con aquella cancioncita adherida a su cerebro y la repetía desentonando como uno de esos chuchos melancólicos que les da por aullar a la hora del ocaso.

—*May be they're here*[2] —había canturreado por lo bajo momentos antes de quedar dormido.

Barbosa se sentó en el borde del catre y examinó con desidia el cuarto, el piso de tablones, las paredes de bajareque. Cerca de la ventana, un almanaque publicitario mostraba una foto aérea de San Salvador. En la porción inferior del cromo se leía Carnicería El Sagrado Corazón y, más abajo, la dirección y el teléfono.

Bostezó con ostentoso estrépito. Tenía la boca seca, el estómago vacío. Su cena la noche anterior había sido la misma de Aidan: un par de tragos de Tic Tack. Pero ¿dónde encontrar unos huevos revueltos en aquel pueblín y a aquella hora? ¿Dónde siquiera una taza de café, a pesar de que había matas de café por todos lados?

Doliéndose de la rabadilla, que ahora le traía a la memoria una estúpida costalada cuando bajaba del cerro Cucurucho con una cámara y parte del equipo de filmación encima, se incorporó del camastro, abrió la ventana del cuarto y echó un vistazo al reloj.

A las cinco y veinte de la mañana, la pequeña aldea de Zarzales no daba la impresión de pertenecer a un país en guerra. Por su quietud, más parecía que la creación del universo fuera a tener lugar allí, como la augural mañana en que el Formador y el Creador, los dos progenitores del mundo maya quiché, aguardaban ocultos entre plumas verdes y azules, mientras convenían que, en cuanto amaneciera, habrían de crear al hombre.

«Todo estaba en silencio, todo en calma —recitó mentalmente Barbosa, quien conocía veintisiete mitos sobre la creación del mundo y la mayoría de ellos empezaban así—, no había nada que hiciese ruido, ni cosa alguna que se agitara, solo el agua en reposo, el mar apacible, solo y tranquilo.»

El agua debía de ser, sin embargo, una de las pocas cosas inquietas en Zarzales, al menos la de la pila situada en el centro de la pequeña plaza del pueblo que el periodista contemplaba desde la buhardilla y cuyo raquítico chorro nutría con su mosconeo los primeros susurros del alba. Una pequeña iglesia ojituerta, sin atrio, florituras, capiteles ni imágenes en la fachada, daba la sensación de observar a Barbosa con los ojos de sus diminutos campanarios. De uno de ellos colgaba un esquilón; el otro estaba vacío.

Bajo la ventana del cuartucho, corría una fila de pequeñas casas de adobe pintadas de colores básicos, azul, verde, rojo, amarillo, y enfrente otra parecida en la cual destacaba la Municipalidad, un pequeño edificio de dos plantas cuyos soportales sustentaban una irregular alineación de pilotes de madera. El caserón albergaba además una abarrotería, la Oficina de Correos, el Juzgado de Paz, una cantina y un dispensario de salud.

Frente a los soportales del edificio municipal, cerca de la despoblada calle que daba entrada a la aldea, dormía el *jeep* en que viajaban Aidan y él cuando el toque de queda les obligó a pasar la noche en Zarzales. No fue sencillo encontrar posada en un lugar como aquel a esa hora. Hubo que suplicar al dueño de un almacén de granos que les permitiera dormir en la buhardilla del segundo piso mediante un pago de cuarenta dólares.

Barbosa se pasó los dedos por el mentón. La barba salpicada con partículas de piedra pómez tenía textura de papel de lija. Resolvió entonces bajar a la plaza y lavotearse en el chorro del pilón, pero un crujido tronó encima del cielo falso y se detuvo. Su cerebro y sus sentidos habían retomado un estado de alerta parecido al que se producía en el campo de batalla cuando un silencio inesperado se apoderaba del lugar justo antes de que las ametralladoras y las bombas de mano entonaran sus cantos de muerte.

Agitado como un papelillo de feria, esperó a que el ruido se repitiese, pero solo percibió los callados ecos de su memoria imitando el habla y el tono de Liberio Viseu, un mulato de cabellos blancos y ojos azules que llegaba cada día a la casa de Barbosa con su carreta de frutas, allá en Bahía de Todos os Santos.

—El Exú es igual que Dios, está en todas partes —decía el viejo

con sorna—. Se esconde en las gavetas de los muebles, se calienta en las cocinas, alborota los tapancos y se cuela por las cerraduras. Nunca se está quieto. Solo puede serenarse con *cachaça* —sonreía, pícaro, Liberio sin dejar de ordenar la fruta en los canastos—. Por eso anda siempre borracho, haciendo ruido y riendo a carcajadas.

Y abriendo mucho sus grandes ojos azules agregaba:

—Sobre todo al amanecer, cuando ya ha maquinado alguna fechoría. Un diablo hecho y bien hecho, un rufián cornudo y maldito que se ríe a carcajadas.

El recuerdo infantil alivió los temores de Barbosa. En los labios del corresponsal se había dibujado un apunte de sonrisa, entre descreída y nostálgica, al evocar los exús, las orixás y demás divinidades de la santería que habían nutrido su infancia.

Con la mirada puesta en la terrosa plaza de Zarzales, Barbosa volvía a su ser.

Al otro lado de la ventana, todo seguía callado, todo exánime a la tenue luz del alba. La única novedad en aquel escueto escenario era un viejo campesino y su carreta de bueyes que abandonaban a esa hora el pueblo por un camino blancuzco que se perdía a lo lejos en un bosque de matilisguates y bálsamos.

Barbosa experimentó un agradable escalofrío. Los trotes por el cerro Cucurucho le habían desajustado los nervios al punto de imaginar fantasmas donde solo podía haber una que otra rata inquieta o algún zanate madruguero. No sería la primera vez que la deformación profesional le indujera a despertar sospechas de los movimientos más habituales y rutinarios en una zona de guerra. Como, por ejemplo, las que le inspiraban aquella patrulla de soldados que ahora emergía del bosque en dirección a la plaza de Zarzales.

Un fin de semana en la playa La Libertad le vendría de perlas. Ser corresponsal de guerra tenía sus servidumbres, pero también sus privilegios, aunque en el fondo el oficio no hubiese resultado todo lo *exciting* que imaginaba cuando estudiaba Periodismo en la Universidad de Columbia. Desde entonces a la fecha, su vida profesional había sido la crónica inacabada, por inacabable, de una guerra tras otra, y cada vez le costaba más cubrir servicios como el que había aceptado llevar a cabo en El Salvador, pues siempre salía de ellos con un ánimo inestable y por más tiempo del que podía desear.

Lo que Barbosa daba en llamar su personal camino de Damasco había empezado once años antes, cuando la CBS le contrató como reportero asistente para filmar los combates que se libraban en las

colinas de Golán, al norte de Israel. Fue allí donde las temibles e interminables explosiones nocturnas comenzaron a alterar su sistema nervioso.

El deterioro se aceleró en 1975, cuando hubo de permanecer dos noches refugiado en los sótanos del Hotel Fenicia, de Beirut, en medio de una interminable batalla entre musulmanes y cristianos. Escapó al tercer día de entre los muertos por un milagro que nunca supo con certeza a qué divinidad atribuir.

Durante la anarquía callejera que siguió a la caída del *sha* de Irán, la excitación y los sustos se pasaron de tueste y allí sufrió su primera crisis nerviosa. Lo peor, sin embargo, le habría de suceder en un arrabal de Managua, ese mismo año de 1979, ya como enviado especial de la cadena, cuando presenció de lejos la ejecución de su colega Bill Stewart de la ABC News por los soldados de la Guardia Nacional de Nicaragua. Stewart fue obligado a salir de su vehículo, a ponerse de rodillas y luego a tumbarse en el suelo. Los guardias le dispararon en la cabeza, y Barbosa, que viajaba en otro vehículo detrás de Bill, filmó sin habérselo propuesto una escena que habría de dar la vuelta al mundo.

En Managua había sufrido por primera vez la angustiosa experiencia de verse desasido de la realidad, de sentirse como en un elevador detenido a cincuenta metros del suelo y a oscuras. Guardaba en su memoria buen número de horrores, pero ninguno le había dejado tan fuera de sí como aquel crimen. Todavía hoy le costaba creer que lo visto y filmado aquel día hubiese sido real, pero así es la realidad a veces. Se parece demasiado al cine. Y al revés: la semejanza del cine con la realidad es con frecuencia asombrosa. De hecho, el vídeo del asesinato de Stewart podría haber pasado fácilmente por una escena de alguna película de Rambo-Stallone.

Logró escapar del suburbio y huir de Nicaragua dos días más tarde por la frontera de Costa Rica, pero desde entonces, sus nervios navegaban a la deriva y no hacía más que pensar en dedicarse a otra cosa, tal vez al periodismo doméstico, con una vida más ordenada y tranquila. O tal vez debía regresar a Brasil, aunque no estaba seguro de poder aclimatarse después de tantos años fuera.

Estiró los brazos y volvió a bostezar. Cerca del bosque de bálsamos y matilisguates, los soldados que se acercaban al pueblo estaban a punto de cruzarse con el campesino de la carreta de bueyes. Su avezado ojo de corresponsal captó de inmediato aquel plano encantador, la estampa idónea para crear un ambiente distendido entre dos escenas bélicas o como fondo visual del

noticiario de la noche, la pausa y el contraste indispensables, en fin, de un buen reportaje de guerra.

Barbosa se fue hacia las mochilas que guardaban las cámaras y tomó una de ellas, la que había llevado con él en el cerro Cucurucho. Revisó la carga de la batería, ajustó los mandos de luz y color y echó un vistazo al casete. Todo en orden. Entrecerró las dos hojas de la ventana y apoyó la cámara en su hombro izquierdo. Dirigió el visor al campesino y los soldados y empezó a filmar.

En la pequeña pantalla aparecieron unas sombras difusas y móviles. Barbosa giró el anillo del enfoque y el campesino apareció en el momento en que saludaba a los soldados. Serían alrededor de diez y se dirigían a la plaza en dos columnas, una a cada lado del camino. Traían el andar cansino, pero se notaba en ellos la cautela.

Barbosa corrió el zoom y apuntó el visor a sus rostros y a sus ropas. Y lo que vio le dejó atónito. Ninguno iba de uniforme verde olivo y su marcialidad distaba mucho de ser castrense. El periodista notó además que solo uno de ellos, un muchacho de ojos turnios que, por la levita que llevaba puesta, parecía ser el jefe de la tropa, vestía calzado de campaña. Los demás llevaban chanclas, botas de hule, zapatos tenis.

Fue justo en ese instante que Barbosa experimentó uno de los síntomas del trastorno nervioso que venía padeciendo desde la caída del *sha*: un fogonazo en los ojos, una especie de deslumbramiento que, por una fracción de segundo, le dejaba la vista en blanco, como si estuviera frente una deslumbrante pantalla de cine. Era molesto, pero no aterrador, pues luego de quedar encandilado unos instantes, todo volvía a la normalidad.

En esta ocasión, sin embargo, algo había cambiado cuando posó de nuevo la mirada en el visor. Unos pasos atrás del líder de ojos turnios, se balanceaba un individuo de andar algo patoso, baja estatura, frente estrecha, nariz roma y un bigotito muy negro. Llevaba el rifle en bandolera, la cintura del pantalón por encima del ombligo y, como detalle curioso, cubría la cabeza con un sombrero hongo, un bombín parecido al que portan los banqueros londinenses.

A la cabeza de la otra columna, venía un joven más alto que los demás, de gafas redondas y aspecto más refinado. No se protegía del sol con un bombín, sino con un sombrero *canotier* con cinta negra y ala rígida, parecido al que usaba cierto actor que, por los años veinte, escalaba la fachada de un edificio y se quedaba colgado de la aguja

del reloj.

Le seguía un individuo de aspecto distraído, rostro serio y alargado, párpados a medio cerrar, ojos tristes, uno de esos tipos que dan la impresión de no reírse nunca por nada. Una venda blanca manchada de sangre que rodeaba su frente le daba el aspecto de un luchador de artes marciales.

Cerrando la formación, caminaba una muchachita de travieso semblante, con un bolsón cuya correa le cruzaba el busto y resaltaba sus senos. No era muy alta, pero caminaba como una modelo de pasarela, bamboleando las caderas y cruzando un pie por delante del otro a fin de resaltar su atractivo. Quizá se veía más voluptuosa de lo que en realidad era, pero el contraste de sus movimientos con los de la desmañada tropa que la acompañaba, la hacían parecer extremadamente sexy.

—Aidan, Aidan —susurró Barbosa sin dejar de filmar la escena.

El irlandés seguía tan quieto como una momia en su sarcófago.

Barbosa le arrojó un zapato y Aidan Cork despertó aturdido, circulando en silencio la mirada por los ocho rincones de la buhardilla.

Cuando se acercó a Barbosa, este le preguntó:

—¿Estás viendo lo que yo veo?

—¿Qué es lo que ves?

—¡Despierta, Aidan, despierta! Viene hacia aquí un grupo de insurrectos. Prepara la otra cámara y un casete nuevo. ¡Vamos, rápido, muévete!

Los insurgentes estaban ya en el umbral de la plaza y miraban en silencio a un lado y otro, al tanque de agua, a la iglesia, al ayuntamiento. El bizco de la pequeña tropa agitaba los brazos e impartía órdenes con gestos nerviosos y rápidos.

Dos de los rebeldes se apartaron del grupo, se dirigieron a los soportales, echaron un vistazo, corrieron a la pila de cemento y se atrincheraron tras ella.

Otra pareja, de la cual formaba parte el joven de las gafas de aro y sombrero *canotier*, inició el mismo movimiento, al tiempo que los compañeros que les habían antecedido abandonaban la fuente, cruzaban la plaza y corrían a situarse bajo la ventana desde la que filmaba Barbosa.

Ligeramente agachados y a rápido pasitrote, una tercera pareja se fue a guarecer tras el vehículo de los periodistas.

—Ahora sí que la jodimos —masculló Aidan Cork—. Si algo le pasa

al vehículo, vamos a salir de aquí en Navidad.

El bizco dio instrucciones a la muchachita, quien se deslizó bajo los soportales y se apostó tras uno de ellos. Extrajo del bolsón dos granadas de mano y le hizo al bisojo una seña de conformidad.

Los dos últimos elementos de la tropa, el de aire distraído con expresión cadavérica uno de ellos, se situaron en la calle de acceso a la aldea y allí se quedaron al cuidado por lo visto de la retaguardia.

En menos de un Jesús, la pequeña plaza de Zarzales había sido ocupada por los insurrectos.

Barbosa especuló que, como de costumbre, tomarían el edificio municipal un par de horas, sacarían a la gente de sus casas, organizarían un mitin, pronunciarían un discurso desde el balcón, distribuirían algunos panfletos y luego de gritar algunas consignas y dar vivas al FMLN se llevarían toda la comida y la ropa que pudieran cargar con ellos.

La inactividad, sin embargo, se prolongaba. Barbosa trazó con la cámara una línea invisible sobre la fachada de la alcaldía en dirección a la pequeña iglesia, pero un bulto en la cumbrera le hizo volver el visor con brusquedad. Había detectado un par de cascos militares y luego otros dos que emergían de la vertiente oculta del tejado.

Movió la cámara de nuevo hacia la iglesia y reparó en dos soldados más, que al parecer habían estado ocultos hasta entonces tras el ojituerto campanario. En todos los tejados que Barbosa podía ver desde la ventana de la buhardilla asomaban ahora rostros de soldados regulares apuntando hacia la plaza.

El líder de los rebeldes, ajeno a cuánto sucedía en los tejados, levantó un brazo con gesto resoluto y acentuando la bizquera de sus ojos, debido seguramente a la emoción del episodio que estaba a punto de protagonizar, ordenó asaltar la Municipalidad, casi en el mismo instante en que, encima del cuartucho en el cual se encontraban los periodistas, crujía una teja y una voz enervada y rasposa gritaba ¡fuego!

Solo entonces João Rubem Tomás Barbosa cayó en la cuenta de que ni el demonio de Bahía, a quien el viejo Liberio llamaba el Exú, ni las ratas ni los pájaros, habían tenido nada que ver con la carcajada y los ruidos que le habían despertado aquella turbadora madrugada.

Las armas automáticas retumbaron al unísono y un estruendo pavoroso estremeció la pequeña plaza de Zarzales.

El primero en caer fue el insurrecto de ojos turnios. Segundos después, una ráfaga destrozaba el rostro de la sensual jovencita.

—*Oh, my God!* —exclamó Aidan, quien observaba la escena a

espaldas de Barbosa.

—¡Al suelo, al suelo! —gritó este.

Las paredes de bajareque se estremecieron con una explosión que hizo vibrar como un vidrio los tímpanos de Barbosa. El periodista sintió un agudo escozor en la muñeca y cuando, ya repuesto del zarandeo, pudo enfocar de nuevo la plaza, vio tendidos sobre el terral los cuerpos de los dos rebeldes que se habían escondido minutos antes bajo la ventana del cuarto.

Herido por una ráfaga de metralla, el esquilón de la iglesia de Zarzales repiqueteó un fúnebre ángelus. Uno de los soldados que se habían parapetado tras el campanario *cum* campana abrió los brazos en cruz y se precipitó en el terral de la placita donde quedó inmóvil como una paca de ropa usada. Su compañero, oculto en la torrecilla sin campana, exhaló un corto gemido, cayó hacia atrás y no se le volvió a ver el pelo.

Cerca de la pila, el polvo se levantó de súbito. El insurrecto oculto tras ella se inclinó suavemente hacia un lado, con una sien perforada por un proyectil. El otro intentó huir medio agachado, pero una nueva ráfaga le dobló sobre el pilón y, en instantes, el agua se tiñó de color fresa.

Barbosa aproximó el objetivo a los dos jóvenes que se parapetaban tras el automóvil, pero no pudo fijar la imagen. Una granada explosionó bajo el vehículo e hizo volar a los insurrectos por los aires como si fueran peleles.

La onda expansiva obligó a Barbosa a dar un paso atrás. El movimiento situó entonces en pantalla a la pareja de centinelas que, apostados en la calle de acceso a la plaza, cubrían la retaguardia. Corrían los dos en zigzag, hacia la arboleda de bálsamos, huyendo de las descargas que bajaban de los tejados.

A uno de ellos se le doblaron las piernas y cayó de bruces, muerto, sobre un oscuro desagüe a flor de tierra.

Su compañero, el tipo serio de rostro taciturno y ojos a medio cerrar, todavía alcanzó a dar unos pasos más, pero un proyectil debió de rozar la granada que le colgaba en la cintura y la brusca explosión descuartizó al muchacho cerca de una buganvilia escarlata.

Hubo después tres o cuatro disparos aislados.

Se escucharon algunas toses.

Ruidos metálicos.

Y de nuevo, el silencio regresó a la plaza de Zarzales y todo quedó inmóvil y sumido en una profunda calma.

Barbosa arrojó la cámara sobre el colchón de guata. Las manos y

las piernas le temblaban y por su muñeca derecha corría un garabato de sangre.

—¿Estás bien? —le preguntó, solícito, Aidan.

Barbosa no contestó. Prestaba atención, como ausente, a un traqueteo metálico cuyo origen no podía identificar, pues las explosiones y los disparos le habían taponado los oídos. Pero si le hubieran dicho que el ruido venía del interior de la cámara, habría dicho que sí sin dudar.

—Estoy bien —respondió—. Tenemos un buen material. Baja a la plaza y lleva tu cámara para las tomas finales. Busca un teléfono y trata de comunicarte con San Salvador para que vengan a recogernos. Haremos el comentario final y el cierre junto a la pila de agua. Bajaré enseguida. ¿Tienes por ahí el botiquín?

Cuando Aidan salió del cuartucho, Barbosa extrajo de la mochila un pequeño bote de aspirinas, se puso dos en la lengua y se las tragó sin agua. Y ya con el ánimo más sereno, procedió a revisar el material que había filmado.

Retrocedió la cinta, la detuvo, repitió la operación una y otra vez, hasta dar con el campesino de la carreta de bueyes.

La pantalla de la cámara reproducía las imágenes en un blanco y negro de baja calidad, pero Barbosa advirtió enseguida algo insólito.

Había un intruso en la escena.

Según podía recordar, aparte de los soldados, el viejo y los bueyes, no había visto a ningún otro ser viviente en el camino. Así que la presencia del *extra* era inexplicable. Aunque siempre cabría la posibilidad de que la bruma matutina le hubiera impedido verlo bien o que su atención estuviera centrada más en la panorámica que en los detalles. Como fuese, lo cierto era que allí, frente a sus ojos, en la pantalla del video, sujeto por un lazo a la carreta, cabeceando con parsimonia, moviendo sensualmente sus atributos, barbado y cornudo, marchaba un macho cabrío defecando pelotitas negras.

Alterado por la imagen, Barbosa pulsó el retroceso de la cinta para examinar la escena de nuevo. Sucedió, sin embargo, que en la cámara se produjo un chasquido. El contador marcó dos pies y se detuvo. Luego la proyección se avivó, aunque a otro ritmo. La máquina arrojaba a la pantalla doble número de imágenes por segundo que un vídeo normal e inyectaba a la tropa rebelde un ajetreo semejante al de una película de cine mudo.

En un primer plano aparecía el jefe de la patrulla rebelde, su ojo izquierdo inmóvil, casi incrustado en el lagrimal, y el derecho inquieto y como desorientado, girando sin rumbo alrededor de la córnea. Tras

él, a paso vivaz, venía el rebelde de bigotito recortado, balanceando el cuerpo con la cadencia de un péndulo invertido.

En la esquina de la plaza de la que partía el camino que llevaba al bosque de bálsamos, el líder de los ojos turnios se detuvo y procedió a ejecutar un electrizante movimiento de brazos, quién sabe si para demostrar su excelente estado de forma o bien para ejecutar una desopilante versión de la «Entrada de los gladiadores», esa marcha que suele tocarse en el circo cuando salen los payasos. Con una curiosidad añadida. Y era que, cuanto más movía los brazos, más se concentraban sus pupilas en sus respectivos lagrimales.

Barbosa decidió no trastear más la cámara. Había comenzado a sentir un inesperado regocijo al contemplar aquellas imágenes en las que solo echaba de menos el sonido de una pianola. En especial ahora que los primeros rebeldes, siguiendo los nerviosos ademanes de su líder, corrían medio encogidos al pilón de la plaza dando saltitos y haciendo gestos vivarachos. Su curiosidad, su deseo de divertirse un rato, los mismos resortes que le llevaban al cine de niño, tomaban ahora el relevo a la pasión del corresponsal de guerra por informar sobre la destrucción, los bombardeos y las muertes en el campo de batalla.

Corría ya la segunda pareja de insurrectos detrás de la primera, cuando un nuevo chasquido modificó la secuencia visual. Los primeros insurgentes regresaron a los soportales y los segundos al pilón. Nuevo chasquido y nuevo ir y venir, de los soportales al pilón, del pilón a los soportales, persignándose al derecho, volviéndose a persignar al revés, avanzando y retrocediendo, como si una fuerza invisible tirara de ellos hacia atrás cada vez que llegaban a la fuente.

Barbosa reía a placer, sin moderación ni escrúpulos. Se daba cuenta de que el oscurecimiento del cuarto se debía al humo de las explosiones, pero él tenía la sensación de hallarse en la atmósfera lejana de otro tiempo, acomodado en la butaca de un pequeño cine de Bahía de Todos os Santos, y en ese espíritu seguía la película con atención infantil.

El pálido rostro de la sensual jovencita apareció unos segundos en la pantalla, pero se volvió enseguida negro, como si le hubieran arrojado a la cara un frasco de tinta china. La muchachita puso los ojos en blanco, arqueó las cejas, aparentemente muy sorprendida, y cayó despatarrada hacia atrás, como una muñeca de trapo. El bolso que llevaba colgado en bandolera se abrió y las granadas de fragmentación que albergaba en su interior rodaron, pizpiretas y saltonas, en dirección a la pila.

El rebelde que había recibido el balazo en la sien bostezó deprisa, recostó la cabeza en el pilón y sin más se durmió como un bendito.

Su compañero, el joven espigado de gafas redondas y sombrero *canotier*, parecido al actor de cine que se había quedado colgado de la aguja de un reloj, no tuvo mejor suerte. Una de las granadas estalló cerca de su posición. El insurrecto alzó los brazos, como si despegara de un trampolín y, con olímpico estilo, se zambulló en el medio metro de agua que debía de tener la pila, donde, luego de un pataleo convulso, las piernas se le quedaron rígidas: una doblada sobre el caño de donde brotaba el agua y la otra apuntando al cielo.

Las carcajadas de Barbosa subieron inopinadamente de volumen cuando una prolongada descarga alcanzó el cuerpo de otro insurgente. Los impactos le zarandearon de manera tal que parecía estar bailando el «Mambo no. 8».

Del campanario de la iglesia despegó un bulto ovillado que, en un principio, dio la impresión de querer alzar el vuelo, pero que solo alcanzó a ejecutar un planeo fugaz, si bien muy vistoso, y acabó rebotando de panza en la plazoleta.

—Qué buen truco, ¿no? —codeó Barbosa a un costado, como si hablara con un amigo en el cine de su infancia.

En la pantalla apareció entonces la explosión del *jeep*. Uno de los insurrectos que se guarecía tras el vehículo salió aventado por el aire y se estrelló en la ventana del juzgado de paz. El otro fue a caer como un muñeco roto frente al dispensario de salud.

Siguiendo el fatal curso de su narrativa, el vídeo mostraba ahora a los dos rebeldes que habían cuidado la retaguardia y que huían ahora, dando respingos y haciendo regates, hacia la lejana arboleda. Uno de ellos giró como un trompo y se desplomó en el suelo con la rapidez que pudo haberlo hecho la ropa del hombre invisible. Al que le había estallado la granada en la cintura, el rebelde de expresión seria e inmutable que daba la impresión de no reír ni llorar por nada, sencillamente desapareció. Se evaporó en la pantalla sin dejar rastro.

—Increíble, ¿cómo lo hacen? —palmeó Barbosa, entre hilarantes sofocos.

Un nuevo chasquido del vídeo encendió los chivatos de la cámara y la proyección quedó congelada en una siniestra foto fija de la plaza de Zarzales.

Un gallo entonó una alborada. Los perros ladraban sin parar. En la plaza, un oficial del ejército salvadoreño ordenaba a sus hombres reunir los cadáveres de los rebeldes y atender a los heridos.

Barbosa se frotó las manos sudorosas y frías. Arrojó la cámara

sobre el catre, se subió a él de un salto y comenzó a patear el aparato.

—¡Mientes, mientes, no está muerta! —le gritaba—. Tiene los ojos abiertos por el susto del tintero, pero ya se va a levantar. ¡Ahí vas a ver! Y los demás, lo mismo. ¿Sabes por qué? Porque lo que han hecho ha sido representar un acto circense para divertir a los niños de un pueblo azotado por la guerra. «¿Dónde están los payasos?», preguntan los pobrecitos a cada poco. «¡Que salgan los payasos!». Y esta mañana los payasos les han concedido la gracia de venir a entretenerles. Pero claro, tú no entiendes de estas cosas. Cómo las vas a entender si no eres más que un pobre diablo que no conoce a los cómicos como Charles Chaplin, el tipo que se cubría con sombrero de bombín y andaba a paso de pato. O como Buster Keaton, el tipo de cara pasmada y los ojos a medio cerrar. O como Ben Turpin, el turnio bajito que hacía girar las pupilas como si tuviera una mosca en cada ojo. O como Harold Lloyd, el de gafas y *canotier* que se quedaba colgado de las agujas del reloj de un edificio. ¿Y qué decir de la supersensual Clara Bow, que enamoró a medio mundo*?* Para que lo sepas, un cómico es un rebelde que, por no gustarle la realidad, se burla de ella. Hoy ganaron los malos. ¿O fueron los buenos? Bueno, eso no importa. Mañana será al revés y todos felices. No hay que preocuparse. Esto no es más que un circo mediático, una película donde el público contempla desde sus casas cómo unos jovencitos matan a otros. ¿O no son eso las guerras? Es difícil ver en ellas soldados viejos. Todos son muchachitos. Y no me digas que no. Lo he visto en tres continentes.

Su voz se desgarraba cáustica y dolorida.

—Pero eso sí, después de esta, ¡reportero estrella! Se les van a caer las pestañas cuando vean el *special* esta noche por la tele.

Barbosa pateó otra vez la cámara.

—¡Responde! Sé que estás escondido ahí, gran cornudo. ¿Te ha divertido el *show*? ¿Sí? Pues se me ha ocurrido un título estupendo. No, no te lo pienso decir… que no, que no… Va, está bien, te lo digo. Se llamará *Asmodeo en el video,* con acento en el déo.

Se encasquetó la gorra con la figura de Mickey Mouse que Aidan había dejado en el camastro y tiró de la visera hacia abajo como si quisiera colgarse de ella.

—¿Para qué querrá la gente ver estas cosas, si nadie se conmueve, si todos permanecen sordos ante los gritos de los heridos y ciegos ante los estertores de los muertos?

Se secaba las lágrimas con el dorso de la muñeca y emporcaba su

rostro con churretes negros y rojizos.

—Se han vuelto de palo, hermano Formador. ¡Hombres de palo! Hay que probar otro material y hacer al hombre de nuevo. Pero no de madera, ¿eh? Ni de barro. ¿Qué te parece la plasticina?

El polvo de poma que le blanqueaba el rostro y la frente, las manchas de sangre en las mejillas, las grises ojeras acentuaban el patetismo de sus gestos. Tal parecía el payaso triste, tantas veces admirado en el circo de su infancia, que utilizaba su exagerado maquillaje para ocultar la pérdida de seguridad en sí mismo, la alegría de vivir o el interés por su profesión, la cual practicaba como una tediosa rutina.

—¡Está bien —dijo molesto—, lo admito! El público se horroriza cuando ve estos espectáculos, pero solo cuando se percata de que lo rojo no es jugo de fresa. Además, es solo un horror pasajero, porque enseguida aparece ese anuncio de la bebida fría que alegra tu día para recordar a la gente que estas cosas suceden muy lejos, en un lugar donde los jóvenes se matan unos a otros sin saber por qué. Pero no quiero seguir hablando de cosas desagradables. No echaré a perder un momento tan grato como el que he vivido esta mañana. ¡Qué payasada tan genial! —reía y lloraba a un tiempo.

Las paredes de bajareque vibraron de pronto y el cromo piadoso de la carnicería revoleó agitado por una súbita turbulencia. Barbosa volvió los ojos a la ventana. Un enorme pajarote de manchas pardo verduscas, alas silbadoras, ojos sin pupilas, barriga de manatí, uñas de acero y bramando como una bestia, descendía sobre Zarzales.

Barbosa se echó aterrado las manos a la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! ¡El Exú, el Exú!

Cuando una hora después, el Huey del ejército salvadoreño se elevó sobre la pequeña plaza, el humo y el polvo se mezclaron en una oscura tolvanera. Sedado y adormecido en una camilla, Barbosa hablaba entre dientes, balbucía y, de vez en cuando, soltaba alguna frase sin ton ni son.

—¡Qué dice? —le gritó a Aidan Cork un enfermero.

Aidan se encogió de hombros.

—No entiendo el portugués —contestó.

A medida que el helicóptero ganaba altura, Zarzales se fue disolviendo en una bruma cenicienta que emborronaba las casas, los árboles, los caminos, hasta que, al cabo, todo el paraje adquirió el aspecto inmóvil y apacible que pudo haber tenido el universo la

mañana de su creación.

1 ¿Dónde están los payasos? Que vengan los payasos (N. del E.).
2 Tal vez estén por aquí (N. del E.).

Apóstata, zascandil, delator, espía

Ofrezco a Su Excelencia un Nuevo Mundo y pensaré
que he empleado bien mi tiempo y mi pluma,
como los espías que Dios envió a las tierras de Canaán.

THOMAS GAGE,
Viajes por la Nueva España y Guatemala

…their hearts wore got out of their dublates
into their breches, and was nothing but shiting.

Del diario de HENRY WHISTLER,
marino de la expedición *Western Design*

I

A la hora en que las gaviotas dormitaban con el pico entre las alas y las callejuelas de Portsmouth destilaban su nocturno hedor, un esquife de cuatro remos con una luz amarillenta en la proa se abría paso, fantasmal, por entre la neblina del puerto. A corta distancia del farol, con la bota derecha apoyada en la primera banca del bote, se perfilaba la silueta de un hombre vestido totalmente de negro, a excepción del enorme cuello blanco que le bajaba hasta el esternón. En su cabeza, un sombrero de ala ancha y copa de maceta invertida, y sobre los hombros, una capa que le protegía parcialmente de la llovizna, débil, pero obstinada, que caía desde primeras horas de la tarde.

Con mirada de ave rapaz y bruscos giros del cuello, magro, erguido, arrogante, los pulgares hundidos en un cinturón de cuero crudo, el hombre escudriñaba cada uno de los grandes navíos, treinta y ocho en total, de la flota anclada en la bahía de Portsmouth aquel 26 de diciembre de 1654. Por entre las filas de fragatas, galeones artillados y barcos mercantes, se esforzaba en identificar uno de nombre *Swiftsure*, el más arbolado de todos, en cuyo palo mayor

debía ondear la bandera blanca con la cruz escarlata de san Jorge.

La disposición en que las naves estaban alineadas, casi a la misma distancia unas de otras, en formación parecida a los dientes de una peineta, despertó su entusiasmo. Nada igualaba el esmero y la prestancia de la marina inglesa, no, señor. Ni en los puertos ni en el mar. Y sin saber de dónde ni cómo le vino a la mente aquella curiosa palabra que, expresada en diminutivo, había utilizado en otro lugar y otro tiempo de su vida para describir la manera como se ordenaban ciertos objetos. *Jateaditos*, esa era la palabra. Así estaban dispuestos los barcos de aquella imponente flota.

No era una locución de su idioma natal, sino de otro que había hablado y escrito mejor incluso que el propio y que, cuando lo evocaba o escuchaba, le traía a los sentidos el sabor a chocolate con canela, el aroma del corozo en Semana Santa y los años de juventud vividos en una callada y devota ciudad de la América Central, Santiago de Guatemala, cuando todavía era fraile dominico y se llamaba fray Tomás de Santa María.

El inesperado recuerdo le encogió el estómago, pero de inmediato recobró el dominio de sí, la expresión halconera de su rostro y el gesto huraño y ceñudo que era natural a su semblante. En la hora más trascendente de su vida, no iba a andarse con sensibleras memorias. Su país natal, Inglaterra, se disponía a tomar el control de la historia al conjuro de dos voces sagradas, *Western design*, expresión que, a su juicio, pronto sería tan universal como alguna vez lo había sido la de «Dios lo quiere». A partir de aquella fecha augural, Inglaterra dejaría de ser un país sometido a los embates y caprichos de las grandes naciones del continente europeo. Ante sí se desplegaba ahora un destino claramente manifiesto: el de ser una nación oceánica e imperial por voluntad de la Divina Providencia.

No le había sido fácil llegar a aquella cima. Hasta diez años atrás, dos tensiones luchaban desde niño en su espíritu. Por cultura, tenía más de español que de sajón y, aunque predicaba en inglés, lo hacía mucho mejor en castellano. ¿Quién soy yo?, se había preguntado muchas noches, pecho por tierra, ante el altar mayor de la iglesia de Santo Domingo, en Guatemala.

—Ayúdame, Señor —imploraba—. Conviven dentro de mí dos modos de ser irreconciliables y no salgo de mi confusión ni mis íntimas querellas.

Por eso había huido de Guatemala. Necesitaba recabar una identidad estable, dejar de ser el hombre dividido por dos culturas que desgarraban su vida. Había llegado a la conclusión de que solo podía

alcanzar ese propósito cuando la parte de sí mismo que odiaba, la del rey de España y la Iglesia de Roma, fuese derrotada por la que personificaba el rey de Inglaterra y su férreo compromiso con la doctrina anglicana. La decisión había sido providencial y oportuna. Y es que una vez sabedor de cuál debía ser su camino, logró finalmente articular el genial proyecto de cómo arrebatar a la Corona de España el imperio de las Indias, y a la Iglesia de Roma, el rebaño que detentaba y pastoreaba en aquel paraíso.

Genial, sí, señor, imaginativo, astuto. No podía calificar su plan de otro modo, para qué andarse con recatos. Nadie se había percatado hasta entonces de que las posesiones españolas en las Indias estaban escasamente pobladas y débilmente defendidas. Únicamente él había tenido la clarividencia de diseñar un plan, el más grande y glorioso que hubiesen visto los siglos, con el fin de apoderarse de aquellas.

Oh, Dios, qué momento, qué momento. Nada menos que arrebatar al Imperio español, el más dañino, el más amargo enemigo de la causa anglicana, sus principales posesiones del Caribe con un audaz golpe de mano. Un nuevo Canaán aguardaba en las Indias a aquella lucida flota repleta de marinos, soldados, cañones, pertrechos y armas. Una misión redentora que erradicaría del Nuevo Mundo la idolatría y la superstición y transformaría Inglaterra en la gran potencia militar y económica que estaba destinada a ser.

La isla de Santo Domingo sería la primera en tomar, y tras ella, Puerto Rico, Cuba, Cartagena, *you name it*. Una vez en poder de Inglaterra, esos centros estratégicos servirían de base para acechar el paso de las flotas con destino a Cádiz y Sevilla, en especial la del Tesoro, desvalijarlas y hacerlas suyas. Y cuando el Imperio español colapsara por la crisis financiera generada por la carencia de oro y de plata, Inglaterra asaltaría la tierra firme desde el Caribe y se apoderaría de virreinatos, capitanías y provincias hasta dominarla toda.

Cuando pensaba en tamaña epopeya no podía dejar de sentir un insigne escalofrío. Sí, insigne, porque, dicho con toda humildad, él era eso, un hombre preclaro y egregio. Su talento y sus luces no los había usado aún la Divina Providencia para que él, valiéndose de tan precioso bagaje, pudiera orientar a los ejércitos británicos en tan justa y noble empresa. Así lo había descrito en su difundido libro de viajes por Nueva España y Guatemala. Porque ¿a cuento de qué debían de privarse los ingleses de unas tierras que Dios destinó a la humanidad desde el principio de los tiempos? La Corona de España había

recibido del papa la donación de aquellos lejanos lugares hasta el siglo XVI desconocidos, pero ¿quién era el papa para andar regalando tierras que no eran suyas solo por el hecho de que alguien las había descubierto? Inglaterra tenía el mismo derecho que España a poseerlas y asunto concluido.

Existía un problema, no obstante. Y era que para alcanzar el estatus de imperio, Inglaterra debía quitarle esas tierras a otro imperio. Lo cual provocaría con seguridad una guerra larga y sangrienta. Pero eso carecía de importancia, porque también sería una guerra justa, una guerra que era necesario librar y que Dios aprobaba con certeza, ya que a quienes emprenden una guerra en obediencia al mandato divino y de conformidad con sus leyes no se les podía achacar maldad ni pecado alguno.

Tal era la fuerza moral que nutría la expedición inspirada y propuesta por él a Oliver Cromwell, abolicionista de la monarquía, regicida imperturbable y actual Lord Protector de la nueva *Commonwealth,* integrada por Inglaterra, Irlanda, Escocia y, muy pronto, por los territorios ultramarinos usurpados por el rey de España sin derecho alguno.

II

Cuando los bogadores divisaron el *Swiftsure*, enorme barco de guerra con tres puentes de cañones, treinta y seis por cada banda, giraron el esquife a estribor y enderezaron el rumbo hacia el casco de la nave. El bote se arrimó a su costado y el hombre de negro y su escueto equipaje fueron izados a cubierta, donde un oficial le pidió identificarse.

—Soy Thomas Gage, capellán y asesor espiritual de la expedición —dijo el hombre de negro, entregando sus credenciales.

El marino las comprobó a la luz del farol que portaba en su mano y saludó:

—Bienvenido a bordo, reverendo. El almirante Penn y el vicealmirante Goodson le esperan.

Un marinero le condujo a la sala de mandos del *Swiftsure*. La estancia era más bien exigua. Las paredes estaban forradas de madera, su altura era de poco más de seis pies y tenían tres ventanales de diseño vertical a través de los cuales se podían distinguir las mortecinas farolas del puerto.

La decoración era igualmente austera: dos sables cruzados en una

pared, la pintura de una fragata con las velas hinchadas en otra, una repisa con cartas marinas, media docena de libros y un escritorio sobre el que yacían papeles en desorden, una bitácora abierta y un recado por escribir.

Dos hombres con camisas de mangas abullonadas, pantalones negros a la rodilla, medias blancas y zapatos con hebillas relucientes se levantaron de sus sillas al ver a Gage en la puerta. Uno era joven, de aspecto epicúreo, papada abundante y párpados a medio cerrar, de los cuales no se podía decir si eran así por nacimiento, por la altivez que suele otorgar la alcurnia de su dueño, o bien porque simplemente no había dormido bien la noche anterior. Su nombre era William Penn, tenía treinta y tres años y era el almirante de la expedición.

Gage se quitó el sombrero puritano y se volvió a presentar.

—Bienvenido, reverendo —le dijo Penn en tono campechano—. Estábamos hablando de usted. Temíamos que no llegara a tiempo.

—Lamento el retraso, señor. Todo ha sido tan apresurado. La inesperada carta del Lord Protector, ordenando incorporarme a la misión, el viaje desde Dover, los malos vientos…

El otro caballero se adelantó para estrechar la mano a Gage. Su nombre era William Goodson y era el vicealmirante de la flota. Todo lo que Penn tenía de orondo y sonrosado, lo tenía Goodson de magro y huesudo. De nariz afilada y mejillas prominentes, tapaba su ojo derecho con un parche y peinaba abundantes canas en la espesa cabellera que le caía sobre los hombros. Había cumplido cuarenta y cinco años, era un veterano de la guerra civil inglesa y entre sus pares gozaba de ser un arrojado hombre de mar, pero a la vez persona reflexiva e ilustrada que decía lo que pensaba y pensaba lo que decía.

—Nunca nos habríamos ido sin usted —le dijo a Gage en son de broma—. Cromwell nos habría encerrado en la Torre de Londres.

A Goodson se le escapaban con frecuencia estos sarcasmos. Era uno de los muchos militares y marinos que, habiendo luchado contra el absolutismo real persiguiendo la causa de un gobierno representativo, debían soportar ahora que Cromwell hubiese disuelto el Parlamento e instituido una dictadura puritana que, entre otras cosas, había prohibido las Navidades, cerrado teatros y tabernas, suprimido las carreras de caballos y, a la hora de entonar canciones de amor y de guerra, solo permitía cantar salmos.

El rostro de Gage no se alteró con la broma. Sus duras facciones, sus labios apretados, su intensa mirada enrojecida fueron suficiente respuesta para dar a entender que la salida del vicealmirante no le

había hecho ninguna gracia.

—Lo que el señor Goodson quiere decir —intervino Penn, tratando de aliviar la pausa— es que estamos encantados de tenerlo con nosotros. A fin de cuentas fue usted quien inspiró y propuso esta magna expedición.

—Fue el Señor quien lo hizo por medio de mi persona. Yo me limité únicamente a ver lo que nadie había visto.

—Será una expedición arriesgada y peligrosa —comentó Penn—, una declaración de guerra al imperio más poderoso del planeta. ¿Cómo logró usted convencer a Cromwell de que hiciera semejante cosa?

Gage humilló la mirada y aguardó unos momentos antes de contestar.

—Fue sencillo—dijo al cabo, alzando de nuevo los ojos—. Solo tuve que prometerle un mundo nuevo, ese paraíso oculto y prohibido al que no nos permite entrar el rey de España.

Penn y Goodson se miraron de través. Más allá de sus valoraciones personales, aquel hombre desprendía tal tufo a calvinismo, espolvoreado con sus acostumbrados delirios de grandeza, que aconsejaba guardarse de él.

—Quien no haya estado en las Indias Occidentales —prosiguió Gage— no puede hacerse una idea de sus tierras feraces, sus abundantes frutos y cosechas, sus hortalizas listas para ser consumidas solo veinte días después de haberse plantado, su azúcar, su jengibre, su cera, su ámbar, su carne casi regalada, sus minas de metales preciosos y unas gentes tan bondadosas y dóciles que aceptarán sin conflicto ser liberadas de las garras de la superstición y la idolatría para convertirse en súbditos de la *Commonwealth* creada por el señor Cromwell. No será difícil tomar ese Edén. Lo sé porque lo conozco. La Divina Providencia, que es antipapista y desea corregir los errores y las crueldades cometidas allí por los españoles, está además con nosotros.

—Veintiséis años en este oficio me dicen que la Providencia suele ser bastante errática y que casi siempre se pone del lado de los ejércitos más poderosos —dijo Goodson, socarrón.

—Sé lo que me digo, señores. Viví en Guatemala doce años, y otros ocho entre México, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y el Caribe. Tiempo suficiente para dar fe de lo que allí observé y viví.

—Como espía de la Corona.

—Eso es absolutamente falso —dijo Gage con voz ronca—. Estuve allí como fraile de la Orden de Predicadores. Pero ya que lo plantea

así, me surge una curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Sobre usted.

—¿Sobre mí?

Las facciones de Gage se habían endurecido. Inquisitivas, desafiantes, parecían las de un juez que, en plena posesión de su poder y autoridad, dictara a un infeliz su sentencia de muerte.

—¿Qué tiene usted contra Cromwell, el calvinismo y la fe presbiteriana? —le dijo.

Goodson palideció. No se esperaba algo así, aunque debería haberlo imaginado. Los agentes de la tiranía calvinista no se andaban con chiquitas a la hora de aplicar la represión. Una respuesta directa, como a él le hubiera gustado dar al reverendo, le habría costado la vida; y una respuesta indirecta, su carrera y el exilio. Así estaban las cosas aquellos días. Toda opinión adversa al régimen y a su credo era perseguida y castigada con la reconocida crueldad de los «cabezas redondas» de Cromwell.

—Asumo que no tenéis nada en contra —prosiguió Gage, dulcificando el gesto—. Pero me parece justo recordaros que hay en esta expedición en juego algo más que la victoria militar. Algo tan importante como para que el propio John Milton haya escrito una carta al Lord Protector estimulándole a enviar esta armada a las Indias Occidentales y con ello rescatar el jardín que echaron a perder los españoles. Tenemos ante nosotros una tarea mucho más importante de la que usted imagina. Y es reducir a la católica España a potencia de segundo orden y convertir a la verdadera fe a todos los habitantes de aquellas desdichadas tierras.

A sabiendas de que el disimulo era la mejor barrera en el trato con gente tan peligrosa como aquel petulante clérigo, Goodson dijo sin ningún asomo de cinismo.

—Que así sea, reverendo, si esa es la voluntad de Dios.

Penn volcó más hielo sobre la plática.

—Gracias, reverendo. Vamos a necesitar de su auxilio, sus oraciones y su consejo en esta auspiciosa travesía. Pero le imagino fatigado por el viaje. Vaya a descansar ahora, si os parece. Mis hombres os mostrarán el camarote que le hemos reservado. Habrá pleamar a medianoche. Daré la orden de zarpar a esa hora. Que ello no le sorprenda. Buenas noches, reverendo.

—Estoy a su disposición, señor, para lo que gustéis y a toda hora. Pero he venido aquí para algo más que para impartir oraciones —dijo Gage, en un tono con el que parecía hacer oídos sordos a lo que

Penn le había dicho—. Os supongo informado de ello.

Goodson agazapó el mentón en el pecho y lanzó una inquisitiva mirada de abajo arriba al clérigo, explicitando con ese gesto un augurio de lo que aquel le iba a decir.

—Durante meses he venido asesorando al Consejo de Estado del señor Cromwell —replicó el hombre vestido de negro—. Poseo información que podría ser muy útil a los propósitos de esta expedición. Nuestro Lord Protector lo sabe. Por eso estoy aquí, para darles asesoría estratégica, geográfica y militar acerca de las posesiones españolas en el Caribe. Y ahora si me permiten, iré a rezar con la tripulación.

—No sé si necesitarán palabras —se adelantó Goodson, mordaz —. Es gente poco habituada al sermón y al rezo. En todo caso, daré la orden para que el cómitre los reúna en cubierta.

El clérigo hizo una ligera inclinación y mirando a Goodson con fijeza, se despidió así:

—Buenas noches, señores, y que la Providencia nos acompañe.

Acto seguido, caló el sombrero, recogió su capa sobre el pecho y abandonó la estancia con un «caballeros, buenas noches».

III

William Penn enrolló la carta marítima en la que había estado trabajando con Goodson y la arrojo junto a otras que yacían en la repisa. Se dirigió al escritorio, abrió una gaveta y extrajo una frasca de brandi y dos vasos pequeños. Regresó a la mesa de trabajo y, al tiempo que escanciaba la bebida, preguntó en tono jovial:

—Bien, señor Goodson, ¿qué os parece el «consejero» espiritual, estratégico, geográfico y militar de la expedición?

Goodson dio un sorbo de brandi y chasqueó la lengua.

—Un tipo astuto —rezongó, alzando el vaso y observando el licor a la luz de la lámpara de aceite que iluminaba la estancia—, un perfecto hijo de tantas, nacido del incesto entre el protestantismo y la Iglesia de Roma.

—Un hombre de Dios en todo caso.

—Será todo lo religioso que usted quiera, pero no deja de ser un renegado de su fe que ha forjado su vida en el doblez y la mentira. ¿No le ha sonado raro un inglés cuyo acento no se escucha en ninguna parte de las islas? ¿Y qué me dice de su cabeza, recortada casi al rape, como todo un puritano radical?

—Lo dice porque usted lleva el cabello largo —rio Penn.

—No, no es eso. Son los fanáticos como este los que me sacan de quicio. Ni siquiera es educado. La buena educación sabe disimular sentimientos e intenciones. Pero este tipo es transparente. Todos los extremistas son así: no ocultan lo que son ni lo que quieren y creen poder hacer lo que se les antoja.

—¿También Gage?

—Es un tipo insignificante, William. Hágase a la idea. Está aquí porque a alguien en Whitehall se le ocurrió a última hora que podía ser útil. Para ellos y para nosotros. Se libraron de él hace tiempo y en pago a sus servicios le dieron una pequeña parroquia, lejos de Londres, en el condado de Kent, y una modesta asignación para vivir. No querían tenerlo cerca.

—El nombramiento de «asesor» de la expedición ha de ser entonces la causa de sus ínfulas.

—Por supuesto. Llevaba varios años marginado. El tipo es un infeliz que un día creyó haber descubierto la pólvora. Escribió un libro que encandiló a Cromwell y le hizo pensar que la pólvora la había descubierto él también. Usted y yo sabemos que buen número de las posesiones españolas en las Indias no están bien defendidas. También lo saben las cortes europeas. Ahora bien, quien quiera tomárselas a la Corona de España va a tener que enfrentar dos obstáculos insalvables. Por un lado, la población de las Indias es leal a España. Puestos a elegir entre dos imperios, prefieren el español al inglés, y puestos a elegir entre dos religiones, prefieren la católica a la anglicana, la calvinista o cualquier otra que nosotros les podamos ofrecer.

—Si alguien de Whitehall le escuchara, no dudaría en mandarle al patíbulo.

—Pero la verdad no sería diferente.

—Los tiene entre ceja y ceja, señor Goodson, admítalo —volvió a reír William Penn.

—Detesto la dictadura puritana y no me gusta nada esta expedición nacida de gente ilusa, como ese tipo que acaba de salir de aquí. Soy tan patriota como usted, como el que más. Me enorgullece pensar que hemos puesto a Inglaterra a la altura de Europa y que nuestro país tiene un destino manifiesto. Pero no somos el número uno. No todavía. España nos supera en armamento y recursos.

Goodson apuró el brandi y lo saboreó como si paladeara el jugo de un faisán al horno.

Penn volvió a llenar los vasos.

—Comprendo su posición y la de quienes piensan como usted —dijo—, pero no somos nosotros quienes hacemos la política exterior.

—No podemos ir contra España, William. El objetivo no está todavía al alcance de nuestros medios. ¿Qué clase de expedición es esta a la que le falta de todo, empezando por un ejército de tierra como es debido? Queremos llevar la guerra a las Indias, pero en lo que esto va a acabar va a ser en una guerra con España aquí, en Europa. Y eso sí son palabras mayores.

—He escuchado esa opinión. Lo de la zorra y las uvas, quiero decir.

—Sí, pero nadie se atreve a decirle a Cromwell que en este momento deberíamos decir lo que la zorra y alejarnos de la parra, aduciendo que, de momento, las uvas no están maduras.

—La zorra, sin embargo, está en Whitehall. Allí están quienes deciden por nosotros. Y nuestra obligación es obedecer sus órdenes, aunque no estemos de acuerdo con ellas.

—Soy un militar obediente y lo seguiré siendo hasta el fin de mis días, pero también soy un hombre práctico. Y pienso que esta decisión ha sido tomada en Whitehall sin medir las consecuencias. Cuando los iluminados como Gage inducen a tomar decisiones a fanáticos como Cromwell, el resultado no puede ser otro que el desastre. Nuestro problema es tener un régimen dominado por el fanatismo religioso y por ratas exaltadas como Gage, un individuo que ha sido apóstata dos veces, espía de la monarquía inglesa, delator de sus hermanos de hábito, zascandil de la Corte británica y mucho me temo que agente secreto del Consejo de Estado, enviado aquí a sus instancias para que les informe de cuanto sucede en la expedición. Cuidado con lo que dice en público, señor Penn: llevamos un alacrán en la camisa.

—No hay que exagerar. Cromwell confía en nosotros.

—Son puritanos, William, calvinistas de rompe y rasga. ¿Qué otra cosa puede esperarse de ellos, sino seguir matándonos unos a otros con la excusa de que tu dios no es el mismo que el mío? Nuestra guerra civil fue una guerra de religión. Nos llamamos cristianos, pero somos peores que los hijos de Mahoma. Siempre hay por ahí un monje loco o un obispo exaltado que se encarga de poner a Dios por delante para atizar una guerra. Llevamos más de cien años así. ¿Debo recordarle los nombres de Knox, Lutero, Zuinglio, Calvino y compañía?

—Esta es una operación militar, no una intriga de palacio.

—No estoy de acuerdo. Esta es una idea demencial, William,

propuesta por el chiflado que llevamos a bordo y que nos han enviado con el presuntuoso título de consejero, dizque porque conoce al dedillo la ruta de los galeones que llevan cada año a España la plata de México y el Perú. Apoderarse del Imperio español, así, de un sopapo, ¿a quién se le podría ocurrir tal insensatez, si no a un cerebro mal alambrado? Sin las connotaciones religiosas con que ha sido ungida, esta expedición no tendría ningún sentido. ¿Le parece a usted razonable que debamos partir esta noche en las condiciones de escasez y de penuria que afrontamos? Nada tiene aquí pies ni cabeza.

—Según los informes de Gage, la ciudad de Santo Domingo tiene poco más de tres mil habitantes y nosotros seremos alrededor de diez mil.

—No me fío de los informes de Gage. Nadie debería fiarse de un traidor a su credo. Yo creía que las guerras de religión habían concluido hace seis años, con la paz de Westfalia y el final de nuestra guerra civil. Pero veo que estaba equivocado. Ahora somos nosotros quienes llevamos a las Indias una guerra santa, muy parecida a la que hemos librado en nuestra casa. Católicos contra protestantes, anglicanos contra calvinistas, me da igual. Al final, hemos de ser los militares quienes tengamos que resolver el entuerto.

—Me ha convencido, Goodson. Pondré a Gage bajo su ala para que no cometa ninguna imprudencia. Veo que lo conoce bien y eso me tranquiliza.

—Conocer a quién, ¿a Gage? Es la primera vez que lo veo en mi vida.

—¿Y cómo es que sabe tanto de él? —dijo Penn desconcertado.

—He leído sus libros, me he interesado en su vida. Siempre pongo atención en los tipos ambiguos.

Goodson llenó de nuevo los vasos.

—Cuénteme entonces lo que sepa de él, por su vida. Nada me podría interesar tanto ahora como saber quién es en realidad ese hombre.

IV

—Sé que tiene cuarenta y cinco años —dijo Goodson, tras dar un largo sorbo al licor— y que, cuando tenía once, sus padres lo enviaron a Flandes, al colegio jesuita de Saint-Omer.

—Una familia católica, imagino.

—Así es. Aquellos fueron los días en que los papistas eran más perseguidos que hoy en Inglaterra. Los jesuitas ingleses dispusieron entonces fundar ese colegio en los Países Bajos para preparar allí jovencitos e infiltrarlos después en nuestro país como misioneros encubiertos. Incluso les cambiaban el apellido para que sus familiares no sufrieran represalias en caso de que los detuviéramos. Gage fue enviado a Flandes con ese propósito y allí empezó su fecunda carrera de dobleces y traiciones.

—Si no estoy mal informado, Gage nunca fue jesuita.

—Cierto. Pero el muchachito desarrolló muy pronto un profundo desprecio hacia los hijos de Ignacio de Loyola. El Consejo Real, que era entonces anticalvinista, tenía agentes en Flandes para seguir los pasos de los jóvenes enviados allí a estudiar la teología romana. Entonces se les ocurrió una idea maquiavélica: reclutar a los seminaristas que mostraran alguna debilidad hacia la fe católica y persuadirles de que se convirtieran en espías de la Corona. Y Thomas fue, mucho me temo, uno de los elegidos.

—¿Está seguro?

—No encuentro otra explicación al curso que siguió su vida. Tampoco puedo creer que su cambio haya sido tan radical, al extremo de abjurar hace unos años del catolicismo en la catedral de San Pablo. Pero déjeme que le cuente la historia completa.

»Los jesuitas enviaron a Gage a Valladolid, al colegio inglés de St. Omer, para completar allí su preparación católica. El colegio, sin embargo, no iba bien. A cada poco tenían lugar allí escándalos y desórdenes. De manera que, a la primera oportunidad que tuvo, y traicionando sin consultar los deseos de su familia, se escapó un día de St. Omer y tomó el hábito de los dominicos. De manera que, antes que Cromwell ejecutara al rey Carlos, los agentes del Consejo Real habían logrado algo más que infiltrar un espía en la Compañía de Jesús: habían situado un doble agente en el corazón de la monarquía española. Y aunque Gage perdió en ese viaje todo contacto con los hombres del Consejo, nunca abandonó su misión ni dejó de tomar nota de todo lo que veía y oía. Como sus hermanos de hábito, llevaba un diario personal donde iba recogiendo los secretos de una cultura y un país, España, acerca de los que Inglaterra sabía muy poco. Me han contado, entre otras cosas, que terminó hablando un castellano tan perfecto que parecía el de un niño de Valladolid. Y aunque estoy lejos de saberlo con certeza, sospecho que, con el paso de los años, empezó a cuajar en su persona una doble identidad que aún no ha logrado evadir».

—Y su familia, ¿qué dijo? ¿No lo buscó, no intentó rescatarlo y obligarlo a volver a Inglaterra?

—Todo lo contrario —respondió Goodson—. Estaban tan ofendidos por que el joven Thomas, quien había cambiado su nombre por el de Tomás, hubiese abandonado el colegio jesuita que lo desconocieron, lo desheredaron y nunca quisieron saber más de él. En especial su padre, por quien siempre sintió un odio jarocho, como dicen en la Nueva España.

—Tremendo. Tantos cambios a esa edad…

—Deduzco de ello que fue el problema con su familia lo que le impidió regresar a Inglaterra.

—Se volvió un expatriado, pero tengo la sospecha de que nunca le importó mucho serlo. Se encontraba bien en España. No había nacido para el martirio, cosa que era lo que le esperaba aquí, si volvía como sacerdote encubierto. Ahora, William, hágase esta reflexión. ¿No cree que, a medida que en su ser la cultura inglesa iba cediendo terreno en favor de la española, y él se volvía poco a poco un hombre de alma mestiza, se empezó a dar cuenta de la trascendencia que tenía ser el único inglés que podía tener acceso al «reino prohibido» de las Indias y que eso podría ser para él un recurso de valor incalculable?

—¿Reino prohibido?

—El paraíso del que nos hablaba hace un momento, los dominios del rey de España en América, donde a nadie que no sea español le es permitido entrar.

Envalentonado por el brandi, Goodson decía cosas que tal vez no se habría atrevido decir antes a nadie y que ahora arrojaba de sí tal y como las sentía, movido no tanto por su antipatía hacia un fraile renegado, como a todo lo que oliese a puritanismo.

—La oportunidad de penetrar en aquel jardín escondido le llegó a Gage cierto día en que un hermano del convento dominico de Jerez de la Frontera, donde el tránsfuga había ido a parar con el tiempo, le propone viajar a Manila para liberar del demonio las almas de los filipinos. Era la oportunidad para entrar en el jardín secreto que España cultivaba en Oriente. Parece que el otro fraile y él estuvieron libando *sherry* hasta bien entrada la noche. Y no dudo que fue el vino jerezano el que lo animó finalmente a que, con veintitrés años de edad, se embarcara unos días después en dirección a Nueva España. Desembarcó en Veracruz y se dispuso a atravesar México para tomar en Acapulco el galeón que lo llevaría a Manila. Pero fray Tomás de Santa María no era ningún Espartaco. Y llegada la hora de embarcarse para las Filipinas, se escabulló de su hermano de

misiones y se quedó una temporada en México. Así es de confiable este tipejo.

—Dijo haber vivido veinte años en aquellas tierras —comentó Penn.

—Pero fue en Guatemala donde pasó más tiempo. Allí se daría gusto espiando a los frailes dominicos, predicando a los indios moral y doctrina, enseñando a los jóvenes por el día y escribiendo difamaciones por la noche. No me detendré a describir todo lo que cuenta en su libro, un compendio de diatribas contra los criollos, las órdenes religiosas, el clero secular, los funcionarios de la Corona española, pero sobre todo contra sus hermanos de hábito. Son lascivos, dice en su libro, holgazanes, glotones, codiciosos y cantineadores de viudas para que estas les hereden sus dineros y sus tierras. Las monjas no salen mejor libradas, por la opulencia en que vivían y por lo que tenían de lujuriosas. En especial una tal sor Juana de Maldonado, amante de un obispo, que había tenido la ocurrencia de, con solo veinte años, convertirse en superiora del convento. Y yo me pregunto, ¿cómo se puede vivir tantos años en el seno de una orden religiosa, disimulando su odio a las personas que se tiene alrededor? Solo el desprecio y el asco que muestra por los dominicos, parecido al que había mostrado antes por los jesuitas, sugiere que Gage era ya un apóstata *in pectore*, no obstante que se comportaba del mismo modo que sus hermanos y disfrutaba de los mismos placeres y privilegios de ellos. El tipo es un cínico de siete suelas. Mala gente, William, mala gente.

—¿Cabe la posibilidad que solo sea un hombre atormentado y confuso?

—Le contaré algo de él que podría responder a su pregunta. Pasa veinticuatro años fuera de Inglaterra sin hablar una palabra de su lengua nativa y cuando regresa se encuentra que la ha perdido casi por completo. Así lo confiesa en su libro: «Solo podía decir unas pocas palabras sueltas en inglés». A qué extremo había llegado esta carencia que un pariente le llegó a decir que hablaba inglés como un indio de nuestras colonias del norte de América. Ahora, dígame usted cómo puede preservarse la identidad británica cuando se ha olvidado casi por completo hablar su lengua. Eso es perder parte del alma, ¿no? Sucede lo que a la crisálida que ha llegado a mariposa. No puede repetir el proceso al revés, no puede volver a ser crisálida para convertirse en la mariposa que hubiese querido ser en lugar de la que es ahora. No se puede regresar a los once años cuando ya se han cumplido treinta y cinco, que es la edad a la que regresó a Inglaterra.

—Entiendo.

—Y si alguien trata de regresar a su identidad original, lo más probable es que le suceda lo que a Ulises al regreso de Troya, que se pierda en el camino.

—Siento lástima por él.

—Para mí no es más que una sabandija. Un hombre que traiciona a los suyos será siempre alguien de quien no se puede uno fiar. Visto lo visto, ¿quién podría dar fe de que este fulano no es un papista infiltrado en el gobierno inglés para llevar esta expedición a una trampa? Un traidor es siempre un traidor.

—Pero un traidor útil. La mayoría de quienes se cambian de trinchera suelen serlo. Útiles, quiero decir.

—Yo no estaría tan seguro. Gage escribe y actúa con la pasión del converso que desea probar a sus nuevos compañeros de viaje, en este caso los puritanos, la coherencia y el vigor de sus convicciones. Y lo hace muy bien, dicho sea de paso. Todo lo que tiene de reseca su persona, lo tiene de jugosa su escritura.

—Puede que haya tenido una crisis de fe.

—Si usted quiere creer que, al regresar a Inglaterra, veinticuatro años más tarde, después de haberse ido a los once, se cayó del caballo y vio la luz, está en su derecho. Pero a mí me parece una farsa.

—Trato de explicarme quién es Gage y qué pretende. Y me fijo en su reiteración de la palabra *paraíso*. Yo el único paraíso que conozco es el de mi infancia. Tal vez él esté tratando de reencontrarse con el que perdió cuando se fue de aquí. La gente hace cosas sin saber por qué.

—Demasiado sublime, me parece. Él no es así. Gage retornó a un país donde el anglicanismo impuesto por el rey Carlos perseguía a los católicos. ¿Qué iba a andar huyendo y escondiéndose de los agentes de la religión oficial? Para eso, mejor se habría quedado en España. Así que debió de decirse: mejor me rebautizo y mando a la Iglesia de Roma a escardar cebollinos. Y una buena mañana, en la catedral de San Pablo, como le digo, se suelta una fogosa declaración desde el púlpito en la que apostata del cesaropapismo y sus intrigas. Una interpretación dramática admirable, según testigos. Pero la historia de su profesión de fe inquebrantable a la Iglesia anglicana duraría poco. En eso estalla la guerra civil. Los puritanos de Cromwell se alzan contra los anglicanos del rey Carlos. Y cuando nuestro hombre ve que el conflicto se empieza a inclinar de lado de los puritanos, abjura del anglicanismo y se vuelve calvinista.

Goodson apuró las últimas gotas de brandi que contenía el vaso.

—Este es el «consejero» espiritual, geográfico, político y militar de nuestra expedición, con su cabeza pelada, su sombrero de maceta invertida, su vestimenta luctuosa, su babero blanco y su hipocresía.

—Y usted teme que aparente lo que no es.

—¿Qué otra cosa quiere usted que crea? Lo ha venido haciendo desde que tenía once años. Es un hombre que ha sido muchos hombres y todos ellos distintos. A mí me recuerda a Proteo, aquel dios marino hijo de Poseidón, poseedor del don de la metamorfosis, capaz de transformarse a voluntad en la especie que le convenía según la situación. Gage es un hombre de mil caras y, en un mundo de cambios como lo es hoy el nuestro, el transformista es el rey. Se hacía pasar por español cuando era necesario y se declaraba inglés cuando le convenía. Ha sido católico y anglicano, ahora es calvinista. Traicionó a los jesuitas y renegó de los dominicos. Todos le tenían por un predicador compasivo, pero cuando regresó a Inglaterra resultó siendo asesor político militar del Consejo de Estado de Cromwell. ¿Cuántas cosas no habrá sacado de quicio en sus libros, entre ellas la supuesta debilidad defensiva de las posesiones españolas en las Indias Occidentales? ¿Y sobre cuántos otros asuntos y denuncias no habrá cargado las tintas a fin de borrar su estigma de traidor a su primera fe?

—Por eso publicó su libro de viajes.

—Para mí no es un libro de viajes. Es un minucioso informe que fue escribiendo durante veinte años de agente secreto. Pero cuando regresó a Inglaterra, el país ya no era el mismo. No era la monarquía que había dejado de niño y, por lo tanto, no tenía un interlocutor válido, ni podía rendir cuentas al Consejo Privado de la Corona del cual había sido espía desde que fue adolescente. El monarca había sido ejecutado por Cromwell y el país era gobernado por un Parlamento. Se dice entonces esta es la mía. Y ni corto ni perezoso les ofrece su informe geográfico político-militar a los vencedores de la guerra civil. De hecho, el libro está dedicado a lord Fairfax, capitán general de los ejércitos de Cromwell, más de quinientas páginas repletas de «un nuevo y exacto descubrimiento de la navegación española, de su gobierno, religión, fortificaciones, castillos, puertos, fondeaderos, comportamiento de los españoles, sacerdotes, frailes…».

—Espabilado, el reverendo. ¿Y qué hay de cierto en que fue también un delator?

—De eso no hay ninguna duda: él mismo lo confiesa en su libro.

Sin que nadie se lo pidiera, se ofreció a prestar testimonio en contra de sus hermanos jesuitas del St. Omer de Valladolid. Del mismo modo que los conversos al catolicismo tienen que demostrar que son más papistas que el Papa, los conversos al calvinismo tienen que demostrar que son más calvinistas que Calvino. Y con la mayor desfachatez y aplomo, este miserable acusó a cuatro correligionarios suyos —Holland, Bell, Wright y Middleton eran sus nombres— de haber celebrado misa en territorio inglés. Por su causa, los cuatro fueron colgados, eviscerados y descuartizados en la prisión de Tyburn.

—Caray.

—La familia de Gage enloqueció. Su hermano intentó asesinarlo. Y en respuesta, él quiso hacer lo mismo con su hermano. La locura, la depravación, el esperpento. ¿Cómo entonces confiar en un hombre que llega a esos extremos, que cree lo que le conviene y descree de lo que no le aprovecha?

V

Sonaron unos golpes en la puerta del camarote.

Penn tomó la frasca de brandi y los vasos y los escondió en el gavetero.

Goodson se levantó de la silla y abrió la puerta.

Ante ambos apareció un hombre de cuarenta y tantos años, esbelto como un ciprés, muy pálido, cabellos sobre los hombros, negros bigotes y expresión un tanto despectiva. Sin dignarse a mirar al vicealmirante, dio varios pasos hasta situarse frente a William Penn, quien se encontraba al otro lado de la mesa. El recién llegado apoyó los puños en ella como lo haría un gato a punto de saltar y, con vozarrón robusto, dijo en tono amenazador:

—Acabo de saber que ha dado usted la orden de partir esta noche y que ocho navíos destinados a transportar munición, vituallas y armas para mis soldados no saldrán con el resto de la flota. ¿Qué significa eso, señor Penn?

—Está claro, general Venables. Significa que se quedarán anclados en la bahía de Portsmouth.

—¿Y qué es lo que pretende con eso? ¿Boicotear la expedición?

William Penn movió la cabeza y arqueó las cejas en actitud paciente. No era la primera vez en los últimos dos meses que tenía un rifirrafe con Robert Venables, el jefe de las tropas de tierra de la

expedición, y no quería tener otro justo el día de la partida.

—Por supuesto que no, Robert, pero comprenderá que la espera se ha alargado más de lo razonable.

Con el rostro encendido, Venables se puso a dar voces.

—Me faltan soldados, al menos quinientos. Todavía no han llegado las picas. Tengo las llaves de chispa, los gatillos y los cañones de los mosquetes, pero faltan las culatas y los guardamanos. No tengo suficiente comida ni bebida y solo cuento con quince proyectiles por soldado. ¿Qué clase de ejército cree usted que puedo organizar con estas carencias?

—No es culpa mía, Robert, pero yo tengo órdenes precisas de partir a media noche.

—¿Se da cuenta de las consecuencias de una decisión así?

—Me doy cuenta, general —replicó Penn, cambiando el trato casi amistoso que había venido utilizando por otro más firme y jerárquico —, pero no puedo seguir posponiendo la salida de la flota. El invierno tropical se nos echaría encima y las tormentas y los huracanes serían un peligro mayor que los cañonazos de los baluartes españoles. Todo lo que puedo hacer por usted es lo que le he dicho: dejar ocho barcos en la rada de Portsmouth en espera de los hombres y suministros que faltan.

—¡No, no, no! Usted no puede hacer eso.

—Lo siento, general, pero las órdenes están dadas y no voy a detener el despliegue de las naves esta noche.

—Si llegara a hacer eso, no solo pondría en peligro la vida de mis hombres, sino también el honor de Inglaterra y la sagrada misión que nos anima. ¡En nombre de la patria le pido que detenga esta locura!

Goodson no se pudo contener.

—Necesita un ejército de al menos nueve mil hombres y solo ha conseguido reclutar mil quinientos. Los otros mil que llevamos a bordo son nuestros marinos. Tenemos lo justo para sostener a esa multitud por un par de meses. Necesitamos harina, carne de res y de cerdo, queso, salazones, avena, arroz, vino, vinagre, cerveza, aceite, polvos medicados, pero usted no ha sido capaz siquiera de reunir la cantidad imprescindible de brandi que su tropa necesita.

—¿Y qué pretende, que dirija un ejército de borrachos?

—Un día de estos, esa moral puritana le va a costar al ejército mucho más que hacer el ridículo —replicó Goodson.

—¿Cómo os atrevéis a decir tal cosa?

—El brandi es el único antídoto que hay para aliviar la disentería. Y créame, esa es una enfermedad peligrosa que, en los trópicos, puede

diezmar su ejército así —dijo Goodson, chasqueando los dedos—. Así que deje de excusarse con palabras hinchadas de aire caliente, como el honor y la gloria de Gran Bretaña.

Venables levantó los puños que apoyaba en la mesa y se volvió, airado, a Goodson.

—¡Usted no se meta!

—Nos reagruparemos en Barbados, general —intervino William Penn—. Esperaremos allí las naves que lleguen retrasadas y reclutaremos en la isla los hombres que aún le faltan y que son la mayoría.

—Y tenga la seguridad de que la gloria de Inglaterra seguirá intacta —volvió a la carga Goodson.

—Y ustedes dos la certeza de que Dios y su Divina Providencia les pedirán cuentas un día por este despropósito.

—Ahora va a resultar —dijo Goodson con sorna— que, además de la pérdida del honor y la gloria de Gran Bretaña, el problema de la expedición es nuestra ceguera para ver el carácter salvador y providencial de la expedición.

—¡Así es! —retumbó la voz de Venables.

A William Penn se le agotó la paciencia.

—General —dijo muy serio—, no podemos declarar una guerra al Imperio más grande del planeta con ventosidades de esa índole. De esa puerta para fuera, puede decir, si así le parece, todo eso de la gloria y la grandeza británicas y los designios de la Providencia. Lo que es más, no estaría mal que lo hiciese. Pero de esa puerta hacia adentro, más vale que pongamos los pies en el suelo. Yo no estoy menos irritado que usted con todo este desastre que estamos enfrentando, pero usted mejor que nadie sabe que esta no es una expedición misionera, ni obedece a un mandato de Dios Padre, ni a un designio providencial. Así que hablemos claro y pelado. No vamos en busca de ningún paraíso. Vamos a abrir un negocio, un gran negocio, en el que la *Commonwealth* pone los barcos, pero los gastos de los soldados, las vituallas y las armas corren por cuenta de una asociación de mercaderes de Londres que se han repartido entre ellos los gastos de la expedición con el propósito de romper el monopolio comercial de España con sus colonias en ultramar y sacar de ello tajada. Si a última hora a estos señores les han entrado reticencias y dudas sobre el propósito de la expedición y no han aflojado el dinero que debían para organizar el ejército de tierra, eso no es cosa mía. Ni de la Marina. Ni de Dios Padre. Ni de su Divina Providencia. Ni de toda la retórica que usted y los intereses que representa vienen

manejando como fachada de la expedición.

—Pasaré por alto esa blasfemia, pero en modo alguno…

—¿Y qué me dice de los hombres que ha reclutado? —rechinó de nuevo Goodson—. ¿También representan el honor y la gloria de Inglaterra? Los conocemos bien, los tenemos a bordo, en nuestros barcos. Estafadores, carteristas, ladrones, prisioneros de guerra del bando monárquico, gente infame extraída de los barrios más canallas y nefandos del país.

—No hubo tiempo ni manera de reclutar gente de otro origen, debería saberlo —bramó Venables—. El Consejo de Estado y el señor Cromwell apresuraron la leva para evitar que España tuviese conocimiento anticipado del ataque.

—¿Y cree usted que en Barbados, ese estercolero donde Inglaterra arroja su basura humana, podrá conseguir algo mejor y organizar allí un ejército? ¿En solo dos meses? ¿Sabe qué va a encontrar allí? Todo el desperdicio bípedo e implume de nuestras islas, además del de Holanda, Irlanda, Escocia. Sobre todo negros, miles y miles de negros esclavos. ¿Piensa usted que con toda esa chusma, además de la que llevamos en los barcos, puede llevar a buen fin su *Western Design*?

William Penn volvió a terciar a fin de rebajar la tensión.

—No hay nada que nosotros podamos hacer, Robert. El mismo Consejo y el propio Lord Protector me han ordenado partir esta noche —dijo, mostrando a Venables el documento llegado ese día de Londres.

—Usted no va poner en peligro la vida de mis soldados —clamó Venables.

—Mientras «sus» soldados estén en «mis» barcos, la responsabilidad de sus vidas es mía —replicó William Penn—. Solo cuando desembarquen en tierra firme, el mando sobre ellos será totalmente suyo. Esas son las instrucciones que usted y yo hemos recibido. La mayor parte de la flota partirá a medianoche y no tengo más que decir. Todo lo que falte por hacer, se hará en Barbados. Por algún motivo que ignoro, Cromwell ha dispuesto dividir el mando de la expedición. Pero en tanto no toquemos tierra, en tanto «sus» hombres estén en «mis» barcos, aquí se hará lo que yo diga.

—No sé por qué estoy aquí —dijo Venables, mirando con desdén a la cristalera.

—Es muy sencillo. Está aquí por las mil doscientas libras que le han pagado para que organice y dirija el ejército de tierra —dijo Goodson—. Y porque la Oficina de la Marina le ha permitido traer con

usted a su esposa rodeada de confort. ¿Dónde y cuándo se ha visto semejante privilegio en una guerra?

—¡Cómo se atreve…!

A Venables le temblaba el belfo y, siguiendo un reflejo natural de todo hombre de armas, empuñó la espada que llevaba al cinto.

Pero no pasó de ahí. Un motín, un incidente con el almirante Penn o con el vicealmirante Goodson le haría perder el dinero que un recién casado como él necesitaba, eso sin contar el mando de la expedición. Incluso perdería su carrera, si el conflicto se agravaba. De modo que, en lugar de hacer una escena reivindicativa de su honor, giró bruscamente sobre sus talones y, dando un sonoro portazo, abandonó la sala de mandos del *Swiftsure*.

Penn se quedó unos momentos inmóvil, con los brazos en jarras y mirando a la puerta. Volvió al mueble donde había guardado el brandi y escanció licor en los vasos.

—Quizá piense, señor Goodson, que por mi edad no entiendo la posición de Venables. Por supuesto que la entiendo. A él también le han engañado. Lo mismo que a usted y a mí.

—Le agradezco que le haya puesto frente a la realidad. Había que pararle los pies.

—Lo que me cuesta entender es la posición en que me encuentro. No hay espacio para dos águilas en un mismo nido. Diré algo más, señor Goodson, y el cielo sabe cuánto me cuesta decirlo. Si los Austrias españoles son grandes en la tierra y en el mar es porque, a diferencia de nosotros, sus fuerzas navales y terrestres son coordinadas por un mando único. No mandan al otro lado del mundo una expedición con dos cabezas. Sería bueno aprender esto, si queremos algún día que ese presunto imperio que la palabrería de Gage le ha vendido a Cromwell sea inglés.

VI

Situada a las afueras del arco de las Antillas Menores, la diminuta isla de Barbados era una colonia de bandera británica con unos veinte mil habitantes. Era también la última del Caribe y la primera del Atlántico, y viceversa, sobra decir, siempre que se la mirase desde el este. De ser cierta la leyenda, Filípides, el mensajero de la victoria ateniense en la batalla de Maratón, no habría tardado más de dos horas y media en cruzarla corriendo de norte a sur, aun con el fortísimo calor que recocía los sesos y freía las meninges. Su

población blanca estaba integrada por agricultores venidos de Europa, huyendo de las persecuciones políticas y religiosas de la época. Cultivaban algodón, tabaco y caña de azúcar con auxilio de mano de obra esclava, tan desidiosa y zanguanga como lo eran sus amos.

Aquella madrugada de abril de 1655, sin embargo, parecía desmentir todos los malos augurios que Goodson había anunciado en Portsmouth. La fresca brisa del amanecer hacía olvidar el ardiente resol del día antes y el bochorno de la noche. La aurora se desperezaba sobre la línea costera de la isla, iluminando sus blanquísimas playas, pintando de verdor las palmeras cercanas a la arena y decorando de rosa las suaves colinas donde crecían los cerezos, los baobabs y unos ficus enormes, de los que milagrosamente colgaban, a modo de larguísimas barbas, sus aéreas raíces.

Acodado en la borda de babor de la fragata en la que viajaban también Goodson y Venables por orden de William Penn, Gage contemplaba ensimismado el pequeño puerto de Bridgetown, al suroeste de la isla, y el enjambre de navíos anclados en torno a la bahía de Carlisle. Cuatro meses después de que la flota hubiese abandonado Portsmouth, el número de barcos ascendía ya a cincuenta y ocho, luego de que Penn hubiese incautado veinte más a unos comerciantes holandeses que hacían escala en la isla. El propio Gage le había dado su bendición al almirante para que lo hiciera. En su contexto moral, confiscar veinte barcos con su tripulación y su respectiva carga de ropa y comida a unos mercaderes de poca monta no era más que un mal menor comparado con el bien que eso implicaba. ¿Y qué bien podría ser ese, sino el éxito de una expedición que había sido inspirada por Dios?

Hasta la nave llegaban lejanas fragancias a selvas y flores. Sin embargo, su cabeza estaba en un lugar diferente al de sus cinco sentidos. Y ese lugar era la íntima cueva donde jadeaba la zozobra. La incautación de los barcos había estado bien. Fortaleció la flota con vituallas y nuevos medios de transporte. Pero no podía llamarse a engaño. El reclutamiento de siete mil hombres, negros en su mayoría, en una isla tan pequeña, había sido un martirio, y darles una instrucción militar adecuada, un calvario. Venían de la esclavitud, no habían combatido jamás, ni visto un mosquete en su vida. Aquella tropa distaba mucho de ser un ejército como los que Venables había dirigido durante la guerra civil: disciplinados, solventes, diestros en el arte de la guerra. La mayoría de los reclutas habían sido arrancados por la fuerza de las plantaciones de caña y tabaco, y solo se logró

establecer un mínimo de disciplina y obediencia cuando les tranquilizó la promesa del saqueo de Santo Domingo, así como el dato, según el cual, la proporción de defensores de aquella ciudad era de uno por cada nueve de ellos. Aun así, había sido necesario recurrir a los habitantes de otras diminutas islas cercanas, que también eran británicas, como Montserrat, Saint Kitts y Nevis para completar la cifra final.

La flota estaba dividida en dos. Una pequeña parte, la de mayor poder artillero, la mandaba Penn. El resto de los navíos dependían de Goodson. En cuanto a las naves dejadas en Portsmouth y que debían abastecer de provisiones y armas al improvisado ejército, habían ido llegando con cuentagotas. Los barcos decomisados a los holandeses eran ahora un alivio, pero faltaba de todo: alimentos, vestimenta, municiones, pólvora.

Lo que más le preocupaba a Gage, sin embargo, era la enemistad entre Penn y Venables, la cual había ido creciendo con los días hasta ignorarse uno al otro. Sencillamente no se hablaban. Con todo y eso, siempre le quedaba la fe. Las dificultades en que se veía la expedición eran, a su juicio, solo apariencias que tenían el propósito de extraer lo mejor de quienes se habían embarcado en aquella extraordinaria misión. Era por tanto necesario hacer de la necesidad virtud y esperar de la Divina Providencia el auxilio que sin duda habría de llegar en su momento.

Floreaba la mañana, el calor comenzaba a apretar. Y ocurrió que su memoria, estimulada quizá por la relativa inquietud que sentía, voló hasta Santiago de Guatemala, la ciudad dormida en un pequeño valle entre volcanes, en el corazón de la América Central. Doce años de vivencias allí durante los cuales había perfeccionado el arte de la narrativa y la retórica, aprendidas en el colegio de San Gregorio de Valladolid, habían hecho de él otro hombre. En aquel recoleto valle, entre las paredes del convento de Santo Domingo, solía declamar de memoria y con recio acento español textos de clásicos castellanos y latinos ante sus hermanos de hábito. Textos épicos, dramáticos, líricos, como uno de origen sefardí cuya primera estrofa golpeaba su memoria sin cesar: «A tierras ajenas, ¿quién me trajo a ellas?».

A tierras ajenas… Habían sido tantas. Flandes, Castilla, Andalucía, Nueva España, Guatemala, que habían terminado por hacer de él un hombre disperso, un transterrado sin amarre y sin afecto por ninguna de ellas.

Yo vivo muriendo, por verme extranjero,

y al ver que no muero, más muero viviendo.
No alcanzo ni entiendo a contar mis penas.
A tierras ajenas, ¿quién me trajo a ellas?

Cada recital ante los frailes del convento lo interpretaba con voz y gesto de crucificado en agonía. Detestaba vivir en aquella congregación de frailes holgazanes, rijosos y pancistas, según él, pero debía ser reservado, fingir, disimular. Era imperioso cumplir el compromiso de permanecer diez años en las Indias, si quería regresar a Europa. Y de otra parte, debía ganar el dinero suficiente para salir de Guatemala y regresar a Inglaterra. Cómo llegó a detestar aquella ciudad levítica y barroca. Aunque no menos que Valladolid, Jerez de la Frontera y todo lo que oliese a España, a su rey, a ajo y a queso de oveja.

Un ser ajeno que aborrecía vivía dentro de él. Un tipo que le recriminaba ser más infiel que los hijos de Mahoma. Un indeseable que le despertaba por las noches y le susurraba al oído:

—Traidor.

Así era aquel maldito. César había traicionado a la República, Jesús a las leyes de Moisés, Lutero al papa, ¿y quién podía negar que lo que vino después fue mucho mejor de lo que antes había? ¿Miseria moral la suya? Bienvenida sea la traición, si con ello se consigue el triunfo de la verdadera fe. El instinto le advertía aquella mañana, sin embargo, que estaba muy cerca de purificar su espíritu y de enterrar su pasado, sepultando en un magno sacrificio la memoria, la literatura, los símbolos y toda dependencia del parásito que vivía dentro de él, incluida su adicción al queso manchego.

A sus espaldas, sonó una campana. Y de improviso, una turba de marinos que corría de un lado a otro hizo aparición en cubierta. Se encaramaban en los mástiles, desenrollaban las velas de la fragata. Las voces de mando arreciaban. La gruesa cadena del ancla tronó como el carraspeo de un atlante.

Un lejano disparo de cañón, procedente del *Swiftsure*, estremeció la bahía y la flota comenzó a desplazarse sobre las verdosas aguas que bordeaban la isla de Barbados. Comprendió entonces que debía alzar su corazón como se alzaba la bandera de san Jorge en el palo mayor de la nave capitana. Una señal de lo alto, sin duda, una fuerza vigorosa que llegaba hasta él en un momento de debilidad. Ahora más que nunca le resultaba evidente que Dios había elegido a Inglaterra y a su pueblo para cumplir un papel ejemplar en la historia de la humanidad y que, solo por vivir aquel momento, merecía la pena

haber nacido.

Desde el alcázar de proa, Goodson supervisaba la operación. Y desde el de popa, Venables no perdía ojo al despliegue. Y aunque ninguno de los dos lo invocara, primero porque Goodson era un descreído, y segundo, porque Venables era un imbécil, a partir de aquel preciso instante, Dios sería su testigo. Inglaterra empezaba a señalar la marcha del mundo y de la historia.

La mar espejeaba a lo lejos, el velamen desplegaba sus poderes, delfines y merlines blancos nadaban a la par de los navíos. Tal parecía que los cielos hubiesen elegido aquel día para expresar su complacencia por una guerra sagrada que se declaraba a España en honor de aquellos. E impelido por el alud de emociones que se cobijaban en su pecho, cayó de rodillas sobre las maderas de cubierta y, doblado por la cintura, recitó: «Desde lo más profundo te invoco. Señor, oye mi voz, el clamor de mi plegaria… Pues de ti viene la misericordia y la abundante redención, y porque tú nos redimirás de todos nuestros delitos».

Se incorporó con lágrimas en los ojos. Extendió una mano sobre las cejas para protegerse del sol. Los navíos artillados, cada uno con cuarenta bocas de fuego, se alineaban en la espectacular formación que habrían de guardar durante doce días, el tiempo que duraba el viaje hasta la isla Española. Trompetas y tambores atronaban el aire con marchas que hinchaban el orgullo de marinos y soldados. Y el «malvado y despreciable pecador», improperios que él mismo se había adjudicado alguna vez en sus escritos, sintió que su alma cabalgaba, ligera, sutil, hacia los collados eternos.

VII

Los habitantes de la ciudad de Santo Domingo no podían creer que pudiera existir en el mundo una flota como la que, sin haberse anunciado, apareció ante sus ojos aquel viernes 23 de abril de 1655, al mediodía. La mirada humana era incapaz de abarcar el distante arco de navíos, arboladuras y banderas que casi ocluían la línea del horizonte. Su silenciosa presencia llamaba al desasosiego. Nadie podía comprender que armada tan colosal fuese necesaria para tomar una pequeña ciudad que, si bien reclusa entre murallas, acogía una población de tres mil personas, de las que solo cuatrocientas podían disparar un mosquete o sostener una espada. Estaban habituados a la constante presencia de piratas ingleses y holandeses. Habían sido

invadidos y saqueados por el más infame de todos, Francis Drake, quien prendió fuego a la ciudad, quemó vivos a un par frailes y se llevó cerdos, vestimenta, campanas y gallinas.

No parecía, sin embargo, que aquella fuese una escaramuza al uso de la piratería del Caribe. La amenazadora quietud de los barcos estaba presidida por la bandera de san Jorge. De ahí que, desde las almenas, contemplaran con expectante temor a la bestia marina que tenían frente a ellos.

Poco después de las doce, una banda de tambores y clarines anunciaba el estado de sitio y el inevitable toque de queda a partir de ese día. Mas, para sorpresa de los sitiados, los barcos no se movieron de su lugar el resto del día ni la noche que le siguió, como si sus capitanes estuvieran maquinando hacer lo que las manadas de depredadores: observar sin apremio la posición y los movimientos de sus víctimas antes de saltar sobre ellas.

A la mañana siguiente, apenas clareando el día, por delante de los barcos y sorteando los embates de las aguas, vieron un esquife de ocho remos que se esforzaba por cruzar de este a oeste la formación de guerra. La estación de lluvias había comenzado y los vientos alisios alborotaban el mar con imponentes soplos que mecían los navíos de uno a otro costado lo mismo que juguetes de madera. La pequeña embarcación se elevaba sobre las rizadas crestas del oleaje y se volvía a abismar entre una ola y la siguiente.

Desde la nave del vicealmirante, Goodson observaba, preocupado, los subibajas del esquife y hacía votos a los dioses para que alguna de aquellas enormes montañas de agua no lo volteara bocabajo. La batalla del pequeño bote aún duró un cuarto de hora hasta que, finalmente, logró llegar al navío.

Un joven oficial abandonó el esquife y subió por una escala de sogas a cubierta donde el vicealmirante le esperaba. Ambos hombres se dieron un abrazo y, tras un breve intercambio de palabras, se dirigieron rápidamente al salón de mando. En su interior, de pie, en torno a una pequeña mesa donde yacía desplegado un mapa elemental, casi un dibujo infantil, de la ciudad de Santo Domingo y sus alrededores, aguardaban los demás oficiales del navío, el general Venables y el reverendo Thomas Gage.

Goodson cerró la puerta tras de sí y anunció:

—Caballeros, les presento al señor Daniel Haddington, asistente personal del almirante Penn, quien nos trae una información

importante.

El oficial se despojó de su capote empapado y con olor a salitre, se pasó un pañuelo por el rostro salpicado de agua de mar, compuso la figura y procedió a dar razón de su embajada.

—Debido a las dificultades para obtener informes fiables de la situación y posiciones del enemigo, el señor Penn dispuso anoche acercar una de nuestras naves menores a la línea costera de la isla. Dos esquifes con seis hombres cada uno fueron botados al agua a fin de averiguar lo que buenamente pudieran. El faro de la muralla estaba encendido y eso les facilitó el trabajo. Uno de los botes se acercó a la boca del río Ozama y el otro se dirigió al oeste con el fin de inspeccionar el terreno donde el mando conjunto de la expedición había decidido realizar el desembarque.

—¡No me diga que el señor Penn ha cambiado otra vez de opinión! —saltó Venables.

El joven oficial no respondió. Tampoco volvió la mirada a Venables. Daba la impresión de haber recibido instrucciones precisas de no confrontar al jefe de la expedición en tierra.

—Por favor, señor Haddington —dijo el vicealmirante, en el mismo tono que podría haber dicho prosiga usted y no haga caso a ese idiota.

—Los hombres del esquife que se dirigieron a las murallas y a la boca del río descubrieron un galeón artillado con dos filas de cañones, que lleva el nombre de *Concepción* y es de construcción reciente.

—¿Y eso qué? —volvió a interrumpir Venables—. Nosotros contamos con más, muchos más. Lo podemos destrozar de dos trompadas. ¿Es esa la importante información que nos ha venido a dar, señor Haddington?

—No, señor, la noticia importante es que ya lo sabían.

—¿Que ya sabían qué?

—Que veníamos a La Española. Lo confirmó un pescador que apresamos en la madrugada. El galeón llegó a Santo Domingo hace dos semanas desde Cádiz con hombres, armas y provisiones. Han reunido cuatrocientos matavacas, han reparado la muralla y están en posición defensiva con armas de fuego. También lograron sonsacarle que los defensores de la plaza no pasan de setecientos.

—¿Matavacas? ¿Qué es eso? —preguntó Venables.

—Son lanceros de a caballo. Gente que se dedica a cazar el ganado cimarrón que se ha multiplicado en la isla. De eso viven —dijo Gage con petulancia.

—Los dos meses que perdimos en Barbados —reflexionó Goodson

—. Tuvieron tiempo de adelantarse.

—¿Y qué hay con eso? —dijo Venables.

El general de la infantería inglesa comenzaba a dar muestras de una jactanciosa y molesta suficiencia, pero el vicealmirante se había propuesto no agitar las aguas más de lo que ya estaban.

—Muy sencillo, que los servicios de inteligencia españoles son más eficientes que los nuestros. Conozco al embajador de España en Londres. Es un husmeador, un tipo ajetreado y astuto. Debió de tener noticias de la concentración de navíos en Portsmouth. Y Madrid no dudó en enviar ese galeón a Santo Domingo para reforzar la defensa de la plaza.

—Sesenta navíos contra uno, nueve mil hombres contra ochocientos. Por todos los demonios, ¿cómo pueden Penn y usted siquiera dudar de que los españoles no tienen nada que hacer contra nuestras fuerzas?

Esta vez Haddington no esperó a que Goodson le cediera la palabra.

—Nuestros marinos descubrieron otra cosa que, por cierto, no está en ese plano —dijo señalando a la mesa—. Hay una barra de arena en la boca del río y, más adelante, dos cadenas tendidas de una orilla a otra, que impedirían a nuestros barcos acceder a la ría del Ozama. La muralla tiene además un baluarte.

Dijo *baluarte* en español, si bien con acento escocés, lo que provocó la extrañeza de todos.

—Un baluarte —dijo Gage, pronunciando la palabra en perfecto español y arrogancia pedagógica— es un castillete de cinco lados que se suele construir en las murallas españolas para instalar allí una batería de ocho a diez cañones debidamente dispuestos para disparar en un arco de doscientos setenta grados.

—La instalación se encuentra justo en la boca del río —prosiguió Haddington mirando a Gage con gesto de sorpresa—, lo que sería letal para nuestros barcos en el caso más que probable de que se enredaran en la cadena. De ahí que el señor Penn haya dispuesto cambiar la estrategia de desembarco aprobada anteayer. Una parte de la flota, la del almirante Penn, continuará cercando Santo Domingo, pero el asalto a la ciudad lo hará el ejército de tierra por la muralla de poniente. Las naves del señor Penn iniciarán a las once horas de hoy una maniobra de distracción, con un intenso cañoneo al baluarte y a la muralla del este. El resto de la flota deberá dirigirse entretanto al oeste para desembarcar el ejército de tierra en algún punto de la costa.

Haddington extrajo de un bolsón una carpeta de cuero y se la

entregó al vicealmirante.

—Estas son las órdenes, señor.

—¿Y ha dispuesto el señor Penn algún lugar específico para el desembarco? —preguntó con sarcasmo Venables.

—Él sugiere la playa de Haina, pero, dado el estado de la mar, deja la decisión final a criterio del señor Goodson.

—¿Haina? ¿Ha dicho Haina? Según ese «detallado» plano, eso queda a veinte millas al este de Santo Domingo —saltó Venables, señalando con un dedo el ventanal del despacho—. ¿Están ustedes locos? ¿Tienen acaso una idea de lo que significa mover más de nueve mil hombres a pie desde Haina a Santo Domingo, por una zona boscosa, sin caminos y sin guías, y con agua y provisiones limitadas?

La abrupta respuesta de Venables no sorprendió a Goodson. La Marina era por tradición un cuerpo más selecto que la tosca infantería y eso era visible entre la educada actitud de Haddington, su joven yerno, y la ordinariez de Venables.

—No me diga que sus hombres no son capaces de caminar veinte millas en tres días.

—Trate usted de moverlos a través de esa jungla que se alza antes de llegar a la muralla y después me dice.

—No seré yo quien lo haga, sino usted.

—No desembarcaré a mis hombres a esa distancia de la ciudad.

—¿Y qué quiere, que demos media vuelta y nos regresemos a Inglaterra? —le espetó Goodson.

Los ojos del vicealmirante echaban chispas, su nariz estaba más enrojecida de lo habitual y daba la impresión de que respondería a la provocación del militar de modo más contundente. Pero la serena voz de Haddington lo contuvo.

—Los hombres del segundo esquife inspeccionaron una parte de la costa que rodea Santo Domingo. No hay playa frente a la ciudad, solo una roca porosa que sobresale del agua y dificulta el acceso a tierra. Habría muchas bajas entre los soldados que no saben nadar. Por eso, el almirante Penn recomienda buscar un lugar hacia el oeste y desembarcar allí cuando baje la marea, que será dentro de cinco horas.

—¡Y al brillante señor Penn no se le ha ocurrido otro lugar que la desembocadura del río Haina, a tres o cuatro días de distancia de Santo Domingo! —exclamó Venables.

—Llevamos dos días con un oleaje que no augura una suave llegada a la costa —intervino el reverendo—. Hay, sin embargo, un espacio donde puede hacerse el desembarco sin desgracias.

Todos se volvieron hacia Gage. Que un predicador diese una opinión de aquella naturaleza era del todo irregular, pero que lo hiciera con el aplomo y la seguridad que lo había hecho era todavía más sorprendente.

—Hay un sitio mejor que la playa de Haina. Sir Francis Drake pudo comprobarlo aquí hace setenta años, cuando saqueó Santo Domingo. Se trata de la Punta de Nizao que está aproximadamente aquí —señaló en el mapa.

Haddington no movió una ceja. Venables y los demás oficiales estaban atónitos.

—¿Aproximadamente, dice? —preguntó Goodson—. ¿Qué distancia hay entre Nizao y Santo Domingo?

—Unas veinticinco millas.

—¿Está loco, por ventura? ¿Sabe lo que me pide, reverendo? —dijo Venables—. Yo se lo voy a decir: que mi ejército tenga que caminar un día más, si no dos, para alcanzar a la muralla de poniente.

—Solo digo que los botes de desembarco llegarán con más facilidad a la playa de Nizao que a la de Haina y que eso podría salvar muchas vidas.

—Lo que usted me está diciendo es que sean los marinos del señor Penn quienes se lleven la gloria de entrar en Santo Domingo, mientras nosotros, el ejército de tierra, damos vueltas por un terreno del que no tenemos idea cómo es ni de qué podemos encontrarnos en el camino. Qué le pasa, reverendo, ¿es usted un cabeza hueca o qué?

Goodson se llevó los dedos al caballete de la nariz. William Penn le había asignado una tarea parecida a lidiar con un asno y una serpiente, pues eso le parecían Venables y Gage. El almirante le había pedido tener serenidad y paciencia con ellos, pero eso era pedir peras al olmo. Lo había comprobado en los trece días que llevaba conviviendo con ellos.

—Haremos lo que ordena el almirante —dijo Goodson con la mayor sangre fría que pudo.

—¡Y eso nos llenará a todos de vergüenza! ¡A usted, a mí, a Inglaterra! —replico Venables.

—No voy a tolerar que cuestione mi amor y mi entrega a mi patria. En otras circunstancias ya le habría roto la nariz. Pero no entraré en su juego, no es el momento de hacerlo. Solo diré que mi decisión será todo lo pragmática que la situación exige. No podemos entrar por el río a la ciudad y no lo haremos. Esto es una decisión superior y no aceptaré que nadie interfiera en ella.

—Y yo quiero recordarle —silbó la serpiente— que esta es una misión sagrada. A no ser que usted sea contrario a la política de nuestro Lord Protector.

Gloria a Dios en las alturas: la insidiosa serpiente se había puesto del lado del asno.

—¿Pues sabe lo que le digo? —replicó Goodson—. Que se largue de aquí en este preciso instante, regrese a Londres, hable con el Lord Protector y vuelva con instrucciones precisas. Le estaremos esperando. Dos meses, si los vientos le son favorables. ¿Le parece bien, reverendo?

—Se supone que lo que piensa el señor Cromwell es que esta decisión debemos compartirla —rebuznó el asno—. Y si usted y el señor Penn no lo hacen, juro por Dios que me está escuchando que acabarán los dos en la Torre de Londres.

Goodson bajó los párpados y tomó aire.

—Tengan ambos la decencia de comportarse como lo que son, subalternos de nuestro almirante hasta que desembarquen las tropas o esta reunión queda cancelada ahora mismo —dijo mirando a Venables y a Gage.

El vicealmirante dejaba sentado así que tanto Venables como el consejero espiritual de la expedición eran rehenes de la Marina y que, hasta que el ejército de tierra no desembarcara en las playas de Santo Domingo, no había más opción que seguir sus instrucciones.

—No tengo el tiempo para seguir discutiendo con ustedes —dijo al fin—. Y no teniendo tampoco seguridad sobre cuál es el mejor lugar para el desembarco, dejaremos que el estado de la mar decida. Señor Haddington, puede decirle al almirante Penn que, a las once horas de hoy, Dios y el oleaje mediantes, iniciaremos el desembarco, sea en la desembocadura del Haina o en la Punta de Nizao.

—¡Muy bien! —exclamó Venables con un resoplido—. Pero si algo malo sucede, les responsabilizaré a usted y a Penn de cualquier desastre que pudiera sufrir la expedición. Y en cuanto a usted, señor capellán —dijo mirando con fijeza a Gage— vendrá conmigo. Y si nos ha metido en una trampa, ¡juro por Dios que le voy a colgar de la primera palmera que encuentre!

VIII

Un tipo zaparrastroso, a quien le faltaban los dos incisivos, le ató alrededor del brazo una cinta blanca. Gage le preguntó cuál era el

motivo de hacerlo. Y el desdentado le dijo con guasa que para distinguir a los buenos de los malos. Miró alrededor. A falta de otro uniforme, todos los combatientes que habían desembarcado en la playa llevaban la misma moña.

El desaliñado recluta le dio luego el santo y seña del despliegue, por si acaso se perdía. Era la palabra *religión*, lo cual le procuró algún consuelo, pero no tanto como para cantar aleluyas.

El desembarco se llevaba a cabo sin tropiezos, pero la playa era un desbarajuste de hombres mal vestidos y sin rumbo, relinchos de caballos inquietos, un cañón por este lado, un mortero por allá y voces de mando que nadie obedecía. Si algo abundaba aquel mediodía en la Punta de Nizao, era la indisciplina. Más incluso que el calor. El sol parecía un huevo estrellado colgando del cielo que chisporroteaba y salpicaba aceite hirviendo sobre todo aquel correcorre.

Por enésima vez en su vida, Gage sintió la presencia de la soledad en medio de la multitud. La misma que había experimentado entre jesuitas, dominicos, flamencos, criollos, españoles. Un extraño entre extraños, eso era él. Y ahora le ocurría lo mismo. Venables le había condenado al anonimato, a cambio de no colgarlo en una palmera, asignándole al regimiento del teniente general Heane, donde no conocía a nadie. Heane mandaba la caballería, la cual, de caballería solo tenía los caballos, pues los caballeros eran de la misma ralea que la que bullía en la playa: la chusma reclutada en Barbados integraba las tres cuartas partes del glorioso ejército inglés dirigido por Venables.

Una hora después, echaban a andar hacia el este. El trayecto hacia Santo Domingo debía hacerse por angostos senderos, apenas trazados a través de un bosque tropical, por los cuales solo podían caminar dos o tres hombres codo con codo.

No solo el factor sorpresa había fallado, también la rapidez con que se movía la tropa.

En vista de que la marcha se había convertido en procesión y los hombres no podían desplegarse, pues se estorbaban al andar, Venables ordenó a sus oficiales organizar grupos de macheteros para que abrieran callejones y espacios a través de la espesura.

Un empujón sacó a Gage del sendero y, resignado, comenzó a caminar sobre una cama de humus milenario que la lluvia de la noche anterior había convertido en lodazal. Iba con la mirada perdida en las enredaderas que trenzaban los arbustos y en la cúpula de ramas que camuflaban el cielo. Los mosquitos le asediaban en manadas y el fuerte calor le obligaba a echar mano con más frecuencia de la

aconsejada de la pequeña calabaza con agua que llevaba colgada en bandolera y que se suponía habría de durarle tres días, pues las provisiones de comida y bebida se las habían reducido a la mitad en la playa.

Llegaron a un claro del bosque cuando el sol se derrumbaba en el océano. Desde el suave altozano en que se hallaba se podía ver el mar y el cerco que la flota imponía a la ciudad de Santo Domingo.

Los oficiales ordenaron un alto a fin de reponer fuerzas, pero la naturaleza no lo permitió. El cielo se oscureció rápidamente y a una ruidosa traca de truenos siguió un furioso diluvio que obligó a retroceder a la tropa y a refugiarse de nuevo en el bosque. La intendencia del *Western Design,* sin embargo, carecía de tiendas de campaña. Había que dormir a la intemperie. Y del asfixiante calor del día, el ejército invasor pasó rápidamente al frío y el sereno de la noche.

Gage se refugió bajo un árbol que parecía ofrecerle alguna garantía, pese a la conocida conseja, según la cual, quien se refugia debajo de hoja dos veces se moja. De vez en cuando, una catarata de goterones le caía en el ala del sombrero donde percutía como una descarga. Volvía en sí, sobresaltado y, perdido en la duermevela, se le antojaba que los hombres que dormían cerca de él eran muertos en alguna batalla. Rodeado de maldiciones y ronquidos, de mosquitos y enormes cangrejos que corrían en enormes bandadas, chocando unos con otros y generando cloqueos parecidos a los cascos de un regimiento de caballería que se acercara en orden de combate, pasó la noche en estado de terror.

Dos días después, el agua y las vituallas se habían agotado. Y de los barcos no llegaban suministros por la sencilla razón de que no tenían nada que suministrar. La marcha por la selva había hecho estragos en la tropa, la cual era ahora lo más parecido a una multitud de espantajos, con las ropas desgarradas, y agobiados por la fatiga, el hambre y la sed.

La soldadesca se dedicó entonces a cubrir tales necesidades comiendo frutas silvestres, alguna oveja perdida cuya carne comían sin cocinar o el azúcar de un ingenio que hallaron abandonado. La sed era lo peor. Bebían agua encharcada o sorbían con ansias el zumo de naranjas silvestres que hallaban en el camino. Ese habría de ser el origen de las fiebres, los vómitos, los dolores abdominales, las úlceras en la boca y una creciente debilidad que les impedía dar dos pasos sin doblarse. La tropa se iba diezmando a ojos vistas, en tanto la disentería se convertía en el mayor enemigo del bienaventurado

Western Design.

Arrastrando los pies, sediento y hambriento, aquel ejército de muertos en vida llegó finalmente a la Gran Sabana, un despejado espacio de hierbas altas, visible entre jirones de vapor y salpicado de bosquecillos, que se extendía frente a la muralla occidental de Santo Domingo. Cuatro días había tardado en arribar aquella andrajosa fuerza que ahora podía ver a lo lejos el motivo de sus cuitas y el objeto de sus apetencias.

Los suboficiales insistían en el dato: no hay que preocuparse, seremos nueve por cada uno de ellos. Pero acaso el factor más persuasivo de todos era el que Gage difundía como capellán de la expedición y experto conocedor de los hábitos y costumbres de los pueblos dominados por la Corona española. Y era que los dominicanos en su conjunto, criollos, indios, mestizos, negros y mulatos, desertarían al iniciarse el ataque y abandonarían a los españoles a su suerte debido al odio que les profesaban.

Los oficiales de la tropa situaron a sus hombres en orden de combate. El general Heane alistó a los de a caballo, si bien con algunas prevenciones, pues los animales no estaban menos hambrientos, sedientos y débiles que los soldados. Y a las cuatro de la tarde, la flota comenzó a bombardear Santo Domingo con una intensidad tal que a la infantería lista para iniciar el ataque desde el llano le pareció que pondría a la ciudad por sus cimientos antes de que los soldados entraran en ella.

Una hora después, luego de un estrepitoso e interminable cañoneo, los tambores alborotaron el aire y las trompetas espeluznaron la sabana. El ejército calvinista salió del bosque a la llanura y, formados en dos filas paralelas, una detrás de la otra, inició mosquetes en mano el acercamiento a la muralla.

Cantando salmos y murmurando plegarias, Gage les seguía unas cien yardas atrás, con las tropas de refresco. Y en esas andaba el hombre cuando, de repente, guardó silencio al reparar que al ataque le faltaba algo.

Entre las infinitas minucias que mentalmente había descartado por estar convencido de que la Providencia habría de velar por ellas, contó tres de las que nunca tuvo noticia. Una, que nadie tenía la menor idea de cómo salvar la muralla que rodeaba la ciudad de Santo Domingo, pues de los barcos no habían llegado las escaleras que se requerían para encaramarse en el muro. Otra, que no había pólvora suficiente como para volar ninguna de las tres puertas de la muralla que daban acceso a la ciudad. Por último, la munición era tan escasa

que ningún soldado llevaba consigo más de dos proyectiles en la cartuchera. Pero solo hizo un gesto ambiguo, y continuó entonando el salmo que rezaba así: «Señor de los ejércitos, ¡cuán dichoso es el que en ti confía!».

La tropa avanzaba despacio, pero su progresión era imponente. Lo hacían en un silencio sobrecogedor que solo rompía la quebrazón de yerbas y palitroques al pasar las botas encima de ellos. Las miradas de los capitanes y de las patrullas en los flancos se dirigían al extenso muro y a los bosquecillos que salpicaban la sabana. Lo hacían con serenidad, pues ni Venables ni su Alto Mando habían contemplado la remota posibilidad de que dominicanos y españoles defendieran la ciudad desde la sabana y no desde la muralla.

Había, sin embargo, un ribete en todo ello que no dejaba de llamar la atención de Gage. Y era la ausencia de daños en la ciudad y la muralla. No había humo ni gritos de los sitiados y el pabellón de los Austrias continuaba ondeando en el baluarte. ¿Y el cañoneo desde los barcos?, se decía. ¿Ni siquiera un proyectil había estallado en el corazón de la ciudad? ¿Cómo podía ser eso posible?

Un nutrido fuego cruzado de mosquetes que provenía de los bosquecillos próximos a la muralla sorprendió de repente a Venables, a sus oficiales, a la caballería y a la tropa. El fuego era incontenible. Los soldados comenzaron a caer como fardos entre sordos gemidos o sin decir palabra.

Aunque sorprendidos por las inesperadas descargas, los soldados devolvieron el fuego. Al azar sobra decir, pues no podían ver al enemigo. Lo hicieron una, dos veces. Y eso fue todo. Los oficiales se desgañitaban ordenando que volvieran a cargar. Esfuerzo inútil: la tropa se había quedado sin munición.

El silencio volvió a la sabana. Hasta los pájaros se habían refugiado en un aterrado mutismo. Solo del lado del mar se escuchaba un cloqueo semejante al que hacían por la noche los cangrejos en los manglares.

Siguiendo la imperativa orden de los instintos, Gage se arrojó al suelo y allí permaneció temblando de la cabeza a los pies, mientras reparaba que la infantería, desprovista de munición, retrocedía en desbandada hacia el bosque.

El repliegue era desordenado, lo más parecido a una estampida. Había una buena razón. Y era que los cangrejos no eran cangrejos, sino una nube de caballos de largas crines que emergía de las arboledas próximas al mar. Nadie podía identificar la raza de los jinetes. Eran blancos, mestizos, negros, mulatos, todos armados con

lanzas muy largas en cuyas puntas asomaba una hoja de acero de dos filos. Muchos cabalgaban descalzos y ninguno llevaba puesto el uniforme del ejército real. Vestían camisola y calzones de algodón y cubrían la cabeza con sombreros de palma.

Aquellos hombres debían de ser los matavacas, pensó Gage, alzando la mirada por encima del zacatal, los legendarios cazadores que él había descrito en su informe al Consejo de Estado, pero que nunca había visto en persona. Los mismos que se suponía habrían de desertar y entregarse en brazos de Inglaterra galopaban hacia él enardecidos gritando ¡viva Dios y muera Lutero!

Los varilargueros ensartaban a jinetes y soldados por el pecho, el vientre, la boca, la garganta. Tal vez solo serían unos trescientos, pero parecían miles, y su irrupción fue tan devastadora que el grueso de la infantería y la caballería inglesas huyó del campo de batalla y trató de refugiarse en la jungla.

Un caballo suelto lo arrolló. Y otro que venía detrás le clavó una herradura en la espalda. Se revolvió dolorido en el suelo, en tanto los lanceros volvían a su posición original y se reordenaban para volver a la carga.

Una humareda emergía de la planicie, cuyas hierbas, alumbradas por los rojos del ocaso, parecían tintadas de sangre. La sabana se plagaba de estertores, aullidos, gritos de agonía. Los varilargueros alanceaban soldados a placer y sin piedad. Y a la vista de tanta calamidad y tanta ruina, el asesor espiritual de la *Western Design* se incorporó del suelo y echó a correr hacia el bosque como un conejo en busca de su madriguera.

IX

No pudieron retirar a los heridos y menos a los muertos en combate. No tenían carretas para llevárselos ni lugar donde ponerlos. Los más de quinientos hombres caídos esa tarde en la sabana serían pasto de zopilotes y gusanos. Y por su lado el bosque era un hormiguero de desertores, ansiosos de regresar a la playa de la que habían venido. La insubordinación se había generalizado y la única consigna a seguir era la de sálvese quien pueda.

Tuvo entonces una inspiración. «Bien harás en practicar lo aprendido», rezaba el libro de los Proverbios. Y siguiendo tan sabia ordenanza, resolvió convertirse en uno más de los que abandonaban el campo de batalla, lo cual era justamente lo que había aprendido en

la vida. No le costó mucho hacerlo. Era un transformista profesional, conocía el oficio.

Arrojó el puritano sombrero a una zanja y se arremangó las mangas de la camisa. Necesitaba encubrir su condición de calvinista militante entre aquella legión de negros descreídos y blasfemos que renegaban de la verdadera fe y los designios de la Providencia. Y oculto en el anonimato se unió a un pequeño grupo de desertores con quienes deambuló sin rumbo varios días por las tierras situadas al oeste del edén dominicano.

Apenas se hablaban entre ellos, el instinto de supervivencia es mudo. Se limitaban a ojear en derredor en busca de alguna lagartija, algunas bayas silvestres o las escasas gotas de agua retenidas en las hojas de los helechos. Aquellos hombres escarnecidos por el hambre, la sed y las mentiras de sus oficiales no eran precisamente unos filántropos. Aplastados por el calor durante el día y empapados por la lluvia de las noches, habían ido perdiendo lo poco que les quedaba de humanos. No tenían noción de por dónde se regresaba a la playa, pero seguían caminando hacia el oeste porque detenerse era perecer. Su peor adversario era el miedo. Sobre todo por las noches. El vuelo súbito de un pájaro, los enjambres de luciérnagas, los zancudos de tamaño prehistórico, las lejanas descargas de mosquete, los gritos de dolor en la espesura, el canto sincrónico y agorero de algún búho no les dejaban dormir. Los días transcurrían sin que en el laberinto de aquella manigua irrespirable y siniestra se abriera un sendero o una rendija. Y tras varias jornadas de penurias, tanto él como los demás acabarían perdiendo la noción del espacio y el tiempo.

Una de aquellas mañanas, vieron acercarse a ellos a otro grupo de fugados. Se habían desprendido de su armamento, sus mochilas y sus cintas blancas. Y contaban cosas. Venables había ordenado un nuevo ataque a la muralla con idéntico resultado al anterior, por más que esta vez hubiera llevado escaleras, municiones y pólvora. El combate había sido breve, pero mortífero. Sobre el denso zacatal habían quedado más de cuatrocientos soldados reventados por las lanzas o con las cabezas abiertas por los disparos de un cañón pedrero situado en un pequeño fuerte a la orilla del mar al que nadie había dado importancia. El teniente general Haine había muerto como un héroe. En un gesto de desesperación, desenvainó el sable y, poniendo a su caballo en dos patas, ordenó una carga contra los lanceros. Solo le siguieron cuatro jinetes. Los matavacas hicieron una nueva escabechina con los soldados de a pie, gritando: «¡No queremos ser ingleses! ¡Fuera de Santo Domingo!».

Uno de los recién llegados al grupo había visto a Venables acurrucado en un árbol, paralizado por el terror. Luego se corrió la voz de que había echado a correr hacia la playa y, más tarde, refugiado en la fragata donde le aguardaba su joven esposa. Y allí se quedó tan ricamente mientras sus hombres morían a lanzazos, de disentería o de sed.

En cuanto a los bombardeos de la flota sobre Santo Domingo, solo habían sido una pantomima a la italiana, contaban los desertores. Ni uno solo de los proyectiles del almirante Penn había alcanzado la ciudad porque los cañones del baluarte dominicano no permitían a los barcos ingleses acercarse. Con lo cual, el intercambio de fuego se había reducido a un costoso tiro al blanco a las doradas y sábalos que merodeaban la línea de la costa. Por último, no quedó más alternativa que ordenar el toque de retirada.

Todavía caminaron dos días más, sorbiendo jugo de naranjas agrias y comiendo los restos de carne cruda de un caballo muerto que habían encontrado en la selva.

Para entonces, Gage ya había sepultado en el olvido su gran proyecto, su *grand Design*. Solo aspiraba a regresar a Acrise, la modesta parroquia del condado de Kent donde impartía sus prédicas, y a las siete libras al mes con las cuales sostenía a su esposa y sus tres hijas.

Quiso la Providencia, sin embargo, que dos días más tarde, por entre un claro no más ancho que un callejón de Covent Garden, alcanzaran a ver la espesa y andrajosa fila de los derrotados, una miserable tropa sin pendones, enseñas ni banderas, pues todas habían caído en manos del enemigo. Su aspecto era deplorable. Veinte días en la jungla habían destrozado sus carnes, sus ropas, sus deseos de vivir. Ninguno caminaba recto. La mayoría parecía llevar sobre los hombros el fardo del horror y la vergüenza. Cabizbajos, absortos, no hablaban palabra entre sí y se movían con la lentitud de una cuerda de condenados a muerte camino de las horcas de Tyburn.

La aparición de aquella larga columna de harapientos, de cuyo aspecto dedujo cómo sería más o menos el suyo, le provocó un agudo dolor en el vientre. Doblado por la cintura y mortificado por las convulsiones, permaneció largo rato en esa postura. El dolor le impedía caminar, pero el pánico de quedarse solo en aquel atolladero era más fuerte que cualquier otra aflicción. Y a paso lento, casi a rastras, se fue incorporando a la fila de los desventurados que, aunque diezmados por la disentería y la fiebre, lograrían llegar un día después a la desembocadura del río Haina.

Era el 12 de mayo de 1655, día de santo Domingo de la Calzada, el prodigioso varón que resucitó una gallina después de haber sido asada. Una coincidencia perversa. El calor abrasaba a los penitentes, les hacía jadear. Y cuando al fin llegaron al río, se arrojaron a sus aguas enturbiadas por los aguaceros y bebieron de ellas hasta hincharse como sapos.

La sequedad de su garganta le apremiaba beber de aquel elixir, pero optó por pasar de largo. Había aprendido una lección: quien busca el paraíso en la tierra, lo más seguro es que termine en un infierno. No cometería un nuevo error. Vadeó el río por la parte donde la corriente le llegaba a los tobillos y se dirigió a la playa. Confiaba en que los barcos de la flota hubiesen enviado agua y víveres a los soldados que esperaban en la arena para ser evacuados.

A la sombra de un mangle, encontró a un oficial del *Swiftsure*, a quien solía ver en cubierta, escribiendo sobre una caja donde guardaba papel, tinta y plumas. Se llamaba Henry Whistler y siempre le había parecido un tipo agradable e inteligente. Estaba tumbado en el suelo y parecía dormitar con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol caído. Pero no, no dormitaba, solo tenía los ojos entrecerrados.

—Reverendo, ¿está usted bien? —le preguntó con cierta pachorra.

—Podría estar mejor, Henry —contestó Gage sin detenerse.

—¿A dónde va, a la playa?

—Pienso que estaré mejor que aquí.

—No lo haga, no se lo aconsejo. Aquello es un caos. Los *soldados* —subrayó la broma— han tirado por ahí sus casacas, se bajan los calzones y defecan en cualquier lugar. Disculpe que lo diga así, reverendo, pero la playa está llena de mierda. Quédese mejor aquí que hay sombra.

Pasó de largo sin escuchar las últimas palabras de Whistler. Su cuerpo era el de un muerto en vida que daría un dedo meñique por un trago de agua fresca.

Cuando llegó al arenal, no le sorprendió en absoluto que tampoco el paraíso estuviese allí. El clamor era espeluznante. Miles de soldados yacían en la arena, aplastados por una solana abrasadora. Los pocos que estaban de pie vagaban sin rumbo aparente o contemplaban, perplejos, los efectos del cataclismo. Cientos agonizaban por la deshidratación, el hambre, las heridas o la sed, pero era la disentería la que fulminaba vidas a destajo. Atareada, codiciosa, la muerte corría de un extremo a otro de la playa, asegurando para sí la propiedad de las docenas de cadáveres que se tostaban sin clemencia y la de los vivos que entre estertores y vómitos

agonizaban sin atención alguna. De todo lo cual dedujo que ese debía de ser el motivo del mal olor que emergía de la playa y que el viento difundía con generosidad abrumadora.

No tardó en percatarse de que la causa de la pestilencia era otra. La disentería había convertido la playa en una letrina, como Whistler le había anticipado. Todo recato y todo pudor se habían perdido. Apremiados por las urgencias, los soldados defecaban en el primer sitio a mano. Algunos ni siquiera se movían del lugar en el que estaban tendidos para hacerlo.

Miró a un extremo y otro de la playa. Rostros como el azafrán, cuerpos desvencijados, espíritus extraviados. El ejército más poderoso que jamás hubiesen visto aquellos mares yacía derrumbado en la arena de un siniestro balneario donde tomaban el sol la disentería y la muerte.

Retrocedió unos pasos y se dejó caer de rodillas en la arena. La canícula incendiaba sus pulmones, sus sienes latían con el pulso de una bestia y los calambres eran cada vez más violentos. Un perro cazcaleaba por la playa. Dos soldados se abalanzaron sobre él, lo asfixiaron, lo desollaron y se dieron a comérselo crudo.

La escena le produjo arcadas que no se tradujeron en vómitos porque no tenía nada ya que vomitar. Y fue en ese trance insufrible, agobiado por la náusea y los dolores, que intuyó que su maltrecho cuerpo nunca volvería a Inglaterra y que su alma inmortal jamás alcanzaría los collados eternos.

Una vieja cantiga castellana le rondó el cerebro: «Dile a la muerte, madre, que no me lleve./ Estoy harta de decirle, hijo,/ pero no quiere».

Deliraba.

«Hubiera sido mejor que Venables me hubiese colgado de una palmera. Y usted, Goodson, usted que dijo que las victorias militares no se debían a la Divina Providencia, sino al ejército más poderoso, explíqueme este desastre. Esa buena señora ni siquiera tuvo el pudor de darle una mano a un ejército inferior. No, señor. ¡Se la dio a un puñado de cazadores de vacas cimarronas!»

Se cubrió la nariz con un gesto de asco. Sentía los labios resecos y los pómulos como ascuas.

«¡El magno ejército del *Western Design*! Viendo lo que veo ahora, más propio sería llamarlo la tropa del Inquieto Vientre. Mírenla ahí, desplomada en la arena, retorciéndose de dolor. Santo Dios, ¿dónde está tu misericordia? ¿Y dónde la limonada con el hielo que nos bajaban a veces del cráter del volcán de Agua? Oh, Guatemala, Guatemala, la del clima benigno y cordial, ¿dónde están tus

veraneras, tu frescura al amanecer, tus perpetuas rosas? Me pesa haber traicionado los afectos de tanta gente que allí conocí. No fui justo con ella. Pero tenía una misión que cumplir, una tarea más importante que la limonada, los afectos y las rosas. Lo supe cuando descubrí la doctrina de Calvino. Era evidente que yo era uno de los elegidos, como él decía, uno de los *happy few*, pues la mayoría de la humanidad no tendría salvación: estaba condenada desde antes de nacer. Yo en cambio era un predestinado señalado por Dios para alterar el curso de la historia. Me equivoqué. No hay destino, Juan Calvino. El destino es un azar. Y el azar trastorna todos los planes y se pasea en el destino, como podrás ver en esta playa».

El delirio no le permitía pensar con claridad. La sed atormentaba su cerebro y las convulsiones del vientre le punzaban las entrañas como espinas encendidas.

«Mi idea, mi maravillosa concepción, mi sueño, se ha vuelto polvo de hadas. Por él intrigué, delaté, espié, cambié de credo. La Divina Providencia en cambio, tan ingrata, tan artera, no entendió mi sacrificio de tantos años, diseñando un plan para erradicar la idolatría y la superstición de las Indias. No tuvo piedad de mí. Me pudo conceder el martirio en pago de un sagrado menester que me habría dado gloria eterna. Me pudo apartar de hombres estúpidos y vulgares que no supieron nunca entender la grandeza de mi sueño. Me pudo, en fin, dar una excusa razonable. Pero no hizo nada de eso. En su lugar, tal vez por mis muchos pecados, no se le ocurrió otra cosa que mandarme a la…. a la…. a ese oscuro paraje donde la fisiología humana se manifiesta en su aspecto más degradante y apestoso».

Al filo de la agonía, Thomas Gage alzó el rostro y miró al mar con los ojos vacíos. Por el lado del este, divisó entonces una veintena de esquifes que se aproximaban a la playa con el fin de rescatar a los sufridos sobrevivientes de tan infausta odisea.

Atracción fatal

Un sueño y un pasaporte
como las aves, buscamos el norte.

JORGE DREXLER,
«Un país con el nombre de un río»

I

Bernalillo López dio por primera vez muestras de querer tomar las de Villadiego el día que abandonó la casa a gatas mientras su madre, descuidada, torteaba maíz en la cocina. Una vez fuera del rancho, movido por un extraño impulso, comenzó a explorar el territorio hasta que encontró un hormiguero. Y comoquiera que los animalejos le llamaran la atención y el chiquillo tuviera una poca de hambre, se sentó a la vera del hoyito y procedió a desayunárselos con fruición. Al rato, Bernalillo gritaba como un energúmeno y, para cuando la madre salió a ver qué sucedía, el crío tenía la cara ronchada de piquetes y el cuerpecito invadido de hormigas.

El misterioso impulso de huir por la puerta de atrás, buscando encontrar fuera de casa lo que no tenía en la suya, sería una tentación histórica de la que, a lo largo de siglos, serían víctimas los López de Tlaxcala, estirpe sacrificada y generosa de la que Bernalillo fue el primero de sus vástagos.

Bernalillo López era hijo de don Martín López, carpintero de hacer barcos, natural de Palos de Moguer, y de una huasteca oriunda de la Punta de Catoche y vecina de Cempoala. Don Martín había llegado a la Nueva España el Viernes Santo de 1519 en el navío más pequeño de la escuadra de Cortés. Y cuando este salió para el Anáhuac a la búsqueda de su gloria, don Martín permaneció por un tiempo en la Villa Rica de la Veracruz, cumpliendo con la misión de cuidar el montón de jarcias, hierros y maderajes que eran los restos de las

naves mandadas a poner de través por su capitán, advertencia que conviene hacer para los propósitos de esta historia, pues don Hernán no quemó nunca sus naves, sino que simplemente las hundió. O las puso de través como se decía entonces.

En los meses que siguieron, don Martín se mantendría ocupado en ir y venir de la Veracruz al Anáhuac, dar guerra cumplida a los indios, batirse con los de Narváez y deforestar uno que otro monte con el fin de acumular maderos.

Tras la batalla de Otumba, por aquello de que Tenochtitlán estaba en una laguna y otras importantes razones que no hacen al caso mencionar en esta verídica historia, Cortés dispuso montar un taller de bergantines en las proximidades de Tlaxcala, idea que solo a él se le podía ocurrir y a don Martín realizar, pues esto de prefabricar barcos en un sitio para armarlos a más de cien kilómetros en otro es cosa que aún sorprende y maravilla. Y hacia Tlaxcala se partió el de Palos, con sus formones, su brea, su huasteca y sus estopas.

Había sido el cacique de Cempoala quien, en medio de gran parlamento, ofreció la india a Cortés. Pero este, que tenía ya su con quién, se la cedió a don Martín. El carpintero tuvo al principio algunas expresiones de desapego, y no porque la muchacha careciera de hermosura, sino porque, siendo cristiano viejo, le repugnaba aceptar favores de quien no era bautizada.

En vista de tan razonables motivos, don Hernán, que como es bien sabido fue siempre hombre de luego y fuego, ordenó al punto a fray Bartolomé de Olmedo proceder con el rito de las aguas según ordenaba la Santa Madre Iglesia.

Bajose la india el huipil y acto seguido el refajo, y el bueno del franciscano, seguramente discurriendo que quien por Dios se desnuda de gloria le viste Dios, le puso de nombre María.

Al verla de aquellas trazas don Martín, sin ropa alguna, la piel morena brillosa, las anchas nalgas bien tersas, sus partes impuras al oreo, le entraron las naturales urgencias y procedió de inmediato a conocer, en el sentido bíblico del término, a la huasteca. Y como por aquellos días tales ayuntamientos no eran considerados aún cosa ilícita, sino, antes bien, deber inexcusable, dieron ambos en acometer con energía el cumplimiento de tan importante obligación.

Afanose, pues, don Martín en el regazo de María y refugiose ella, generosa, en las ingles de don Martín, hasta que un día de otoño de 1520 la huasteca informó al de Palos que había quedado empreñada.

Para diciembre, los palos y aparejos de los bergantines que habrían de cruzar la laguna de Tezcoco en son de guerra estaban ya

prestos. Y Cortés, quien no veía las horas de vengar la afrenta de la Noche Triste, giró órdenes a su carpintero mayor para que emprendiese la caminata hacia Tenochtitlán el día de los Santos Inocentes.

No es común que hoy se valore con justicia la hazaña de don Martín, solo cabe imaginarla. En pocos días, el buen carpintero hubo de organizar una procesión de dos leguas con la tablazón, el velamen, el cordaje y los mástiles de los bergantines que dos mil tamemes llevarían en andas, escoltados por seis mil guerreros tlaxcaltecas.

En abril se botaron las naves, en mayo comenzó el sitio, en junio murió don Martín de un flechazo en la garganta y en agosto nació Bernalillo, el día trece para ser precisos, justo a la hora en que las tropas de don Hernán entraban victoriosas en la capital del Imperio azteca.

Doña María, la pobre, se las vio y deseó para mantener a su hijo, no digamos ya alimentado, sino vivo, pues, aun cuando los de Tlaxcala eran aliados de Cortés, había entre ellos un grupo de inconformes con el nuevo estado de cosas que pretendían echarse al chiquillo por ser hijo de chapetón.

A causa de estas arbitrariedades y otras que sería prolijo referir, Bernalillo creció huérfano de afecto, desamorado por una mitad de su raza y tenido a menos por la otra media. Y acaso fueron esos los motivos de su temprana afición a poner tierra de por medio. Ser hijo de don Martín era una parte con la que se honraba, pero, a medida que crecía, dábase cuenta el mozuelo de que las criaturas de su casta devenían chocantes y ajenas, como esos tallos de maíz aislados que brotan de los frijolares.

Los problemas de Bernalillo se vinieron a agravar más si cabe cuando doña María dispuso casarse con un hacendado tlaxcalteca, necesitado de brazos, que la hizo parir ocho y tantos hijos más, todos de apellido López, por aquello de que un apellido gachupín parecía abrir las puertas con más facilidad que uno autóctono.

Obligado por su padrastro a aporcar milpas y a labrar magueyales, y por su madre a servir de nana, el muchacho dejó de recibir los cuidados que su delicada edad exigía. De manera que, al no más rebasar la adolescencia, comenzó a sentirse dominado otra vez por aquel su impulso centrífugo de la infancia, lo cual, puesto en términos profanos, no quiere decir otra cosa que Bernalillo padecía de cierta inclinación, por demás muy natural, a seguir las inclinaciones de su padre. La única variante del caso era que, mientras a don Martín le atrajo siempre el oeste, las querencias de Bernalillo apuntaban hacia

el norte, rumbo por el que el armador de Palos sentía, a causa de poderosas razones que la historia no sería remisa en confirmar, cierta alergia inevitable. Bernalillo, sin embargo, no podía evitar el hechizo. Buscar el norte era para él una especie de potente magnetismo que no era capaz de expurgar.

Finalizando el año de gracia de 1539, llegaron a Tlaxcala nuevas de un fabuloso territorio en el que se alzaban siete soberbias ciudades, fundadas siglos atrás por siete obispos que venían huyendo de la crueldad de los guerreros musulmanes que habían invadido la Península. Cómo lograron realizar tal hazaña en el siglo VIII de la era cristiana era algo digno de admiración, pero también de todo crédito, pues contaba con la garantía del virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza.

Don Antonio había organizado una expedición al fabuloso territorio, encabezada por cierto fraile, llamado Marcos de Niza, de quien no se sabe si era italiano o francés. El caso fue que el buen fraile había regresado con nuevas que tenían a la gente pasmada. El territorio en efecto existía, no obstante que debía su nombre a un libro de caballerías. Se llamaba Cíbola y estaba poblado por naturales que se dedicaban a la caza del cíbolo, un animal parecido al toro que allí crecía en grandes manadas, solo que más alto y voluminoso.

Fray Marcos le juró al virrey haber visto de lejos la capital de ese territorio, la cual se llamaba Gran Quivira, y juraba que sus casas, enfoscadas de oro, plata y piedras preciosas, deslumbraban la mirada cuando el sol caía sobre ellas.

A la Nueva España llegaba por aquellas fechas gente bastante fantasiosa, entre ellas este fraile. Y cuesta creerlo, pero en fin, no hay fantasía que no sea completada por otro, resultó que no solo fray Marcos de Niza había estado en Gran Quivira. Un explorador castellano, que respondía al extraño apellido de Cabeza de Vaca, había llegado hasta la linde de tan famoso lugar, y contaba que, por aquellos pagos, la gente era muy esforzada y bondadosa y gozaban entre ellos de una paz y una libertad como nunca antes ser humano había conocido en la Tierra.

Viendo en aquel norte la esperanza de emanciparse y alcanzar su independencia, la huída a Gran Quivira se convirtió para Bernalillo en una obsesión irresistible. Y al tener noticia de que cierto Vázquez de Coronado preparaba en Nueva Galicia una expedición más formal hacia el portentoso territorio de Cíbola, el hijo de don Martín abandonó una vez más la cocina de su madre y huyó de Tlaxcala a impulsos de su irrefrenable querencia.

Dejó atrás la capital, Purificación, Compostela, y un cálido mediodía llegó a tierras de Culiacán. Allí tuvo ya un primer indicio de que el rumbo de su aventura no le depararía buen provecho, pues las tropas de Coronado habían salido para Gran Quivira una semana antes. Con todo, Bernalillo no se arredró, ponderando que si caminaba a doble paso que el de los expedicionarios, podría darles alcance en término de dos semanas.

Y aunando a su juventud el propósito que le animaba, Bernalillo principió sin más dilaciones su legendaria carrera, al trotecito corto de los indios de Tlaxcala, apenas levantando los pies de la tierra, apenas doblando las rodillas, con medida prisa, comiendo poco y durmiendo a la intemperie.

A medida que pasaban los días, sin embargo, más lejana parecía estar la expedición y con ella la ensoñadora Gran Quivira. Pero Bernalillo siguió trotando, mojado en su propio sudor, bajo un sol en llamas, hacia el norte y la estrella polar, zanqueando sobre tierras agrietadas, hollando con sus pies descalzos arenales abrasadores, dejando girones de ropa en los chaparros y trocitos de piel en las piedras.

Ni siquiera cuando se derrumbó exhausto una tarde, dejó Bernalillo de avanzar. Apoyándose en rodillas y codos, continuó arrastrando su cuerpo moribundo sobre el páramo, impulsado menos por sus fuerzas que por el atavismo de que estaba poseído. Y al caer el sol, ya muy débil, inmóvil sobre la llanura, escocido por las hormigas que le andaban entre el cuerpo, exhalaba su último suspiro, estremecido por el aullar de los coyotes que a esa hora del ocaso descendían hambrientos de las lomas.

II

Fugitivo de dos lealtades, y también en dirección al norte, galopaba a rienda suelta Martín de María López, natural de la histórica Tlaxcala, un atardecer de febrero de 1823, llevando la fiebre en sus sienes y una tropa de a caballo en los talones. El cielo estaba rojizo, la tierra oscura. Los últimos brillos del día tornasolaban el sudor del overo y extraían de su pelaje súbitos destellos de cobre. Aterrados, saltaban los chapulines bajo los cascos y en vuelos silbantes y cortos corrían a refugiarse entre la rala vegetación del páramo agostado por la canícula.

Con el ros ceñido hasta los ojos y el barboquejo apresado en los

dientes, Martín hería sin compasión los ijares de la cabalgadura, echaba maldiciones y murmuraba lamentos.

—¡Ah, Martín de María, gran pendejo! ¿Cómo pudiste confiar en esa gente? Allí estaban todos reunidos, en Iguala, va para dos años ya, con caras de santurrones, declarando la Independencia, firmando el compromiso de no derramar sangre patriota y jurando lealtad a Iturbide hasta morir. El gran Iturbide, hijo de la madrugada. Primero te obliga a machacar insurgentes y luego se voltea contra el virrey. Pues ¿y qué decir de Santa Anna? Gran cuate del criollo al principio para luego, en Casa Mata, darle el chaquetazo y declarar la República Federal. Y tú, mientras, de Iturbide a Santa Anna y de Santa Anna a Iturbide, haciendo la lucha de ellos como un menso. Abrías el hocico por ellos, te dejabas matar por ellos, endosabas trinquetes para beneficio de ellos. ¿En qué estarías pensando, Martín Pendejo?

A la luz de un ocaso remolón y una luna madruguera, hombre y animal parecían librar un duelo a muerte. Espumarajeaba el corcel por la embocadura, mientras el jinete le azotaba las ancas, el cuello y cada centímetro visible de la mojada pelleja. De los guijarros de la tierra lóbrega brotaba un rastro de chispas, una suerte de estela sideral sobre la que semejaba flotar aquel centauro de anchos bigotes, roma nariz y ojos oblicuos que renegaba entre dientes de su malhadado destino.

Y es que a Martín de María López no se le había pasado por las mientes seguir la carrera de las armas hasta el día en que vio los galones de su tío Gonzalo, un suboficial de los Granaderos del Virrey. Desde entonces no pensó en otra cosa que vestir un uniforme. Y así se lo expresó un día a su tío, pues le faltaba valor para confesar esa vocación a su madre.

María Teresa López, quien siguiendo una fatal tradición familiar era también madre soltera, se echó a llorar acongojada de perder a su hijo mayor cuando más lo necesitaba. Pero el granadero era hombre de finas dotes persuasivas.

—Tienes ocho hijos más, Teresita. Ellos te ayudarán. Además, la vida no está únicamente para pasar por ella. Hay que buscar nuevos horizontes, tratar de salir de estos cuatro cerros. Fíjate en mí. El ejército me ha convertido en persona de respeto, a pesar de mi origen humilde. He aprendido a ser recto, disciplinado y leal al rey de España, que Dios guarde. Y eso me ha traído muchas compensaciones. Martín tiene madera de militar. Se le ve. Alégrate, María Teresa. Ten por seguro que en el cuartel sabrá labrarse un porvenir más beneficioso para ti y los tuyos que si le condenas a la

milpa.

María Teresa se dejó vencer por los argumentos de su hermano y permitió que su Martín de María se fuese al cuartel, donde pronto empezó a escalar posiciones desde los rangos más bajos.

El tío Gonzalo estaba en lo cierto. La vida de un militar tenía recompensas impagables: conquistas fáciles en los amoríos, cortesana adulación en los saraos, respetuoso temor en los paseos. Martín exhibía orgulloso por las calles de la capital sus lustrosas botas negras, el nítido calzón blanco, la vistosa casaca azul, el correaje cruzado, el plumero sobre el ros y un veguero bajo el bigote. ¡Si le hubieran visto en Tlaxcala de aquel plante y tales galas! ¿Quién habría podido imaginar que el primogénito de María Teresa López llegaría tan alto?

Más tarde vino la guerra y con ella el néctar de las primeras glorias. Durante la insurgencia, Martín ascendió a teniente, y cuando el ejército trigarante entró en la ciudad de México, el tlaxcalteca era ya capitán.

Día grande, por cierto, aquel. La Nueva España se emancipaba de la Vieja y el pueblo se vaciaba en las calles portando coronas de flores que colocaba sobre los hombros y las testas de los esforzados guerreros.

—¡Viva la religión católica! —voceaban los curas.

—¡Viva la unión! —rugía la milicia.

—¡Viva México independiente! —coreaba el pueblo.

Ninguna otra fecha en la historia podía compararse a la de aquel día. La gente vitoreaba a las tropas, encabezadas por los generales de uno y otro bando, unidos ahora en común anhelo. Más de veinte había contado Martín de María y todos eran criollos y españoles, salvo el general Guerrero que tenía sangre africana.

A caballo por la calzada de Tacuba, Martín aspiró aquel día con deleite la fragancia de los pétalos estrujada bajo los cascos de la victoria. Nadie podía suponer que, tan solo dos años más tarde, los dignatarios de la Libertad, la Unión y la Fe acabarían enfrentados a muerte.

Martín no entendía bien aquellos juegos. Él era hombre de principios, honrado y cabal como su tío. Solo necesitaba una línea a seguir y una orden. La vida militar era así de simple. Por eso le daban basca las traiciones mutuas de los generales. Por eso había decidido marcharse.

—¡Ni republicano ni realista, Martín! —se decía, enfebrecido, brincando sobre la montura—. ¡Desde hoy serás insurgente! Cuando

ya no hay en quién creer, lo mejor es salirse. Alejarse de los ideales y volver al mundo real. Los ideales engañan, Martín. ¿Qué digo engañan? ¡Aburren! Saber mezclar, he ahí el secreto. Buscar un tercer camino. Darle la vuelta al guisado y probar otra vez. Hacer un nuevo platillo, un nuevo ejército, un nuevo México. Y mejor en el norte, detrás del río, en la frontera débil y rebelde, por donde debe de andar enterrado el abuelo Mateo, que se marchó a Gran Quivira por su cuenta y acabó en las montañas de Sangre de Cristo sembrando chile chimayo. Allí podrás hacer tu ejército. Primero chiquito, después grandote. Por aquellos páramos será difícil que te echen mano. Atacar y huir, esa deberá ser la táctica, como decía Mina el Mozo, aquel gachupín que desertó de las filas del rey de España y se trajo a México su tropilla para luchar al lado de los patriotas. Lo contaba una tarde en Real de Pinos. Así hostigaban a los franceses en Navarra él y los suyos. Atacar y huir. Genial. ¿Cómo decía que les llamaban? ¡Ah, sí! Guerrilleros. Guerrillero, guerrillero, suena bonito. Pues eso serás tú allá arriba, por el norte, un guerrillero. ¡Insurgente de por vida, Martín, hasta darles en toda la torre!

Como el cántaro de la lechera reventó el overo sobre el pedregal. Martín se levantó del suelo con el bigote ensangrentado, las manos aspeadas, la casaca descosida por la espalda. Cojeaba de mala manera, escorando el cuerpo hacia el lado izquierdo, y a cada paso que daba el rostro se le fruncía en un gesto de dolor.

Así y todo, Martín siguió caminando, obsesionado, rumbo a su estrella polar.

Al rato, un corro de caballos le cercaba, cabriolando en torno a él. Martín se esforzó en identificar las facciones de los jinetes, pero la noche era ya avanzada y no pudo distinguir las de ninguno. Todos tenían un semblante mascarudo, liso y agrisado por la luz de la luna.

Y fue justo en ese instante que a Martín se le ocurrió la loca idea de iniciar allí mismo su sueño. No sería difícil persuadirles. ¿Acaso no era tropa de su propio regimiento, hombres como él, frustrados, hartos de farsas y brujuleos?

—¡Soldados…! —gritó.

Y acto seguido les espetó una atropellada arenga en la que les dijo que siempre habían sido monigotes de los generales, peones de cuartel, indios de leva, naipes de números bajos de los que caballos y reyes se servían para ganar sus bazas, y que ya iba siendo tiempo de que se rebelaran contra quienes, de acuerdo con una frase muy en boga por aquellos días, llevaban la democracia en los labios, pero la aristocracia en el corazón.

La voz le brotaba raspajosa y un tanto afónica, pero había en ella un timbre de dignidad que tuvo la virtud de paralizar a la tropa.

—¡No le hagan caso, muchachos! —dijo alguien desde lo oscuro—. ¡Este hombre es un traidor y Santa Anna no perdona a los traidores! ¡Vamos, acabemos pronto con este asunto!

Los jinetes comenzaron a descabalgar.

De un tirón, Martín desenvainó el sable. La luna brilló en el acero y las pupilas del capitán tlaxcalteca.

—¡Está bueno, montoneros! —dijo, arrojando rabioso un escupitajo de sangre—. ¡Vénganse hasta aquí, pues, uno a uno, si es que les quedan faroles!

Con el tronco encorvado hacia adelante y los brazos abiertos en tenaza, Martín giraba despacio, ora al crepúsculo, ora a la noche, barriendo el suelo con la vaina del sable, al acecho de cualquier movimiento extraño en aquel corro de muerte.

Los soldados se le empezaron a acercar, confiados, como tramperos sabedores de que la presa no tenía escape. Luego saltaron sobre él todos a una.

Al olor de la sangre, los coyotes aullaron regocijados en las lomas. Desde aquellas alturas, el grupo de verdugos parecía una bandada de hormigas enloquecidas que peleara cada una su parte del migajal.

III

«El calor era intenso, la tierra estaba reseca», cantaba un grupo en el transistor. Y agregaba: «en el desierto, no puedes recordar tu nombre». Pero Guadalupe López recordaba bien el suyo mientras observaba el infinito arenal, los dispersos matorrales y el desolado paisaje del páramo que cruzaba aquel día de agosto de 1986. Sentado en el piso de un pickup, protegido del sol por una lona sujeta a varios parales de madera, filtraba por entre ellos su mirada atenta y curiosa con el gesto expectante de un niño que contemplara un jardín de maravillas.

El viento despegaba algunas briznas del toldo, las cuales, tras vacilantes revoleos, se iban a adherir al cabello, la ropa o la piel de los furtivos. Dos compañeros de viaje, Amalio y Darío, adormilados, daban cabezadas súbitas y se volvían a enderezar.

Fausto, cerveza en mano, daba sorbos a mollete.

—¿Quieres? —dijo, alargando el botellín a Guadalupe.

La cerveza estaba caliente, pero a él no le importó. Eran las

primeras palabras, el primer gesto amistoso que se cruzaban tras la tensión de la noche.

—¿Cuánto faltará?

—Ya estamos cerca —replicó Fausto.

—No veo las horas de llegar.

—Pasa siempre la primera vez. Luego se lo toma uno con más calma. Tú eres primerizo, ¿no?

Guadalupe asintió con sonrisa torpe.

—Se te nota. Pero no te preocupes. Yo voy ya por la cuarta y aquí me tienes. Así es este negocio, cuestión de paciencia.

—La paciencia es barata. Lo malo es que a cada pasada tengas que caer muerto con el dinero.

El otro soltó un eructo.

—Sí, es lo malo —dijo.

Fausto sujetó la botella entre los muslos, se subió las mangas de la camisa y depositó sobre el piso su sombrero de petate. El viento le revolvió el cabello y se lo tiró sobre las cejas.

—¿De dónde vienes?

—De Chihuahua —dijo Guadalupe—. Pero nací en Huamantla, cerquita de Tlaxcala.

—Perdiste el trabajo.

—Brujo.

Fausto observó con disimulo las manos de Guadalupe; no había negrura en las uñas ni sus yemas estaban deformes.

—¿Cuál es tu oficio, mano?

—Carpintero. Trabajaba en un taller que cerró. Ya sabes, la crisis.

—No me digas —ironizó el otro.

—¿Tienes idea de cuánto pagan aquí?

—Fácil, fácil, seis dólares la hora. Puede que más, pero eso sí, hay que darle duro.

—Dios te oiga.

—Yo soy azulejero, pero el año pasado trabajé en un taller de reparaciones. Me pagaban cinco y medio, y sin saber nada de mecánica.

Guadalupe alzó las cejas.

—¿A lo macho?

—A lo macho. Ya mero me subían el sueldo cuando me pilló la Migra.

—¿Y qué pasó?

—Me esposaron, me zamparon a un bus verde y me mandaron de vuelta a casa.

—Ojalá tengamos suerte de esta.

—Mira, mano, aquí lo importante es andarse águila al principio para conseguirse algún trabajo, cualquier chambita, nada más llegar. Así, si te agarran los de la Migra, ya tienes para pagar otra pasada a los coyotes.

—Y estos ¿qué tal son? —señaló Guadalupe a la cabina del vehículo.

—De lo mejor. Primero la comodidad. Aquí se viaja por lo menos fresco. Otros viajan en furgones cerrados y la pasan mal. Después la seguridad. Son gente imaginativa. Se les ocurren cosas, como esta de viajar en Viernes Santo. Y tercero, la organización. Ahí donde la ves, esta carcacha está equipada con todo y radio. De modo que, si la Migra anda cerca, les avisan.

El vehículo se deslizaba ahora cuesta abajo, pero el ánimo de Guadalupe volaba hacia arriba. Se sentía como el corredor de fondo que, casi exhausto, ve de pronto la meta. Tantas veces se lo había dicho su padre.

—¡Al norte, Guadalupe, al norte! ¡Allí es donde está el futuro, el dinero, el poder y la gloria!

El viejo pronunciaba esas palabras con entonaciones bíblicas y expresión de jubileo, como poseído de algún arcano mandato que llenaba de entusiasmo a Guadalupe y, al mismo tiempo, no dejaba de inquietarle.

—Tendremos suerte esta vez, ya verás —le animó Fausto.

—Más vale que sea así. En casa solo les queda para el gasto de este mes.

—¿Tienes familia?

—Mujer y cuatro chamacos.

—¿Pequeños?

—Cinco años el mayor.

—Újules.

De improviso, el pickup redujo la velocidad, abandonó la carretera y se metió brincando por una trocha.

Amalio y Darío despertaron.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo Amalio, alarmado.

—A saber, mano —filosofó, estoico, Fausto.

Los furtivos se deslizaban sobre el piso metálico del vehículo, chocando unos con otros, al tiempo que un polvo talcoso les nevaba por los cuatro costados.

Media hora después, el pickup se detuvo tras las colinas. Uno de los coyotes les ordenó:

—¡Salgan de ahí, rápido!

—Pues ¿y qué pasó? —volvió a indagar Amalio, con las cejas blanqueadas y los ojos a medio abrir.

—La Migra está cerca. Nos avisaron que venía en dirección a nosotros. Estos hijos de la chingada no respetan ni el Viernes Santo. Hay que ocultarse hasta que se vayan de por aquí.

Los mojados saltaron a tierra sacudiéndose el polvo de la ropa. Guadalupe se sacaba arenillas del lagrimal. Con el semblante cargado de suspicacias, miraban al desierto, a los aislados chaparros, a las erráticas polvaredas. Habían cruzado el río Bravo de noche y pateado piedras durante horas hasta llegar al vehículo. Y ahora dudaban de sus fuerzas, de su suerte, pero, sobre todo, dudaban de sus esperanzas.

—No hay de qué preocuparse —dijo, paternal, el coyote—. Estas cosas suceden todos los días. Confíen en nosotros. Somos gente de palabra. ¿O no, Fausto?

Fausto asintió con la cabeza, no tanto por convicción cuanto por presumir de experto.

—Ahorita tendrán que desparramarse, no sea que ande cerca el helicóptero. Recuerden el lugar. Nos reuniremos aquí a media noche. En punto, ¿eh? ¡Ándenle! No hay tiempo que perder.

Cuando el vehículo desapareció tras las dunas, los mojados se dispersaron.

Amalio y Fausto escogieron el sur.

Darío marchó rumbo al este.

Guadalupe, quién sabe por qué atávico instinto, tomó la ruta del norte.

IV

El *Albuquerque Journal* destacó la noticia en primera plana. Avisada por una llamada anónima, y tras varios días de búsqueda, una patrulla del Immigration National Service había localizado cuatro cadáveres en las inmediaciones de la Jornada del Muerto. Uno de ellos, el de Guadalupe López, veinticuatro años, natural de Huamantla, Tlaxcala, fue hallado al norte del valle, cerca de Gran Quivira, paraje desértico situado al este de la Cíbola National Forest, que de *forest* tenía muy poco, pues lo que más abundaba allí eran arbustos y piedras, en el estado de Nuevo México.

La boca y el cuerpo del ilegal, decía el diario, estaban llenos de

hormigas.

La ninfa de la fuente de Gobia

Algún día tendrás la edad suficiente
para volver a leer cuentos de hadas.

CARL S. LEWIS,
Las crónicas de Narnia

—El asunto tiene su forro aprensivo, no lo niego. Sé que las leyes naturales no se pueden derogar. Y sé también que seres invisibles y presuntamente poderosos, como los fantasmas o las hadas, son frutos del miedo o la imaginación. Pero justo es admitir que hay ocasiones en que la frontera entre lo sobrenatural y lo natural resulta difusa. Y es en casos así que lo mágico, lo maravilloso, se vuelve real. Tuve una vivencia así cuando era más joven y te puedo asegurar que lo real maravilloso no es tan solo un género literario creado por Miguel Ángel Asturias, Uslar Pietri y Alejo Carpentier a un tiempo. Es una experiencia íntima que rebasa cualquier artificio estético.

Cuando un hombre tan culto, equilibrado e inteligente como Ariel Bardales dice cosas como estas, no solo te arroja de cabeza a un océano de dudas sobre la imagen que tienes de él, sino que, por más escéptico que uno sea, te deja con los ojos cruzados. Abogado y notario por necesidad, como le gusta decirse, genealogista por vocación y cuentacuentos por derecho sucesorio, otra frase suya, pues es natural de Zacapa, la tierra de los cuenteros, Ariel no es solo mi asesor legal, sino también un querido amigo con quien comparto gustos, trabajo y ocio. Es esta su inclinación por lo esotérico y lo oculto lo que no puedo entender en una personalidad tan sensata como la suya.

Recuerdo la ocasión en que pronunció las palabras citadas más arriba. Sucedió cierta noche en Antigua, al final de una larga jornada de trabajo. Habíamos empleado el día en negociar un contrato de venta e instalación de maquinaria textil para una fábrica que se iba a

construir por El Guayabal, cerca de Pastores. No alcanzó el día para rematar el negocio y fue necesario posponer la firma hasta la mañana siguiente. La noche se nos había echado encima y, de resultas, en vez de regresar a Guatemala, decidimos hospedarnos en un pequeño hotel próximo a la Plaza Mayor. Nos dimos unas abluciones, nos alisamos el pelo y salimos a cenar a un restaurante italiano conocido por sus antipastos y *risottos*.

Caminando al descuido en busca del ponderado mesón y hablando sobre la vida después de la vida y sus derivados misterios, fue haciendo carne en mí la presencia de lo invisible, lo cual no tenía nada de extraño, dada la atmósfera de la ciudad a aquella hora. Palpita en la noche antigüeña un embrujo que te atrapa allí donde ni el turismo ni el tráfico consiguen sofocar las esencias de una ciudad en la que todos nos sentimos peregrinos al llegar y exiliados al partir. Antigua es el libro en cuyas páginas tratamos de leer la historia y donde acariciamos con respetuoso temblor piedras solariegas, templos arrumbados, cúpulas caídas, lápidas, escombros. Sus portones tachonados de clavos parecen guardar secretos prohibidos a los visitantes de paso, y sus ventanas de torneados barrotes dan la impresión de lamentar la ausencia de los amantes que, en otros siglos, susurraban sus amores a un lado y otro de ellas. En rincones y calles así, uno presiente que a la vuelta de la esquina aparecerá un Nazareno aureolado por una luz celestial o un duelo a estocadas y mandobles entre caballeros de otras épocas.

Al pasar frente a las ruinas de Santa Clara, Ariel hizo un quiebro a la charla y me preguntó de golpe:

—¿Conoces la «Leyenda de la campana difunta»?

No le vi venir con esa variante de un tema que me estaba causando ñáñaras, así que traté de hacerme el gracioso.

—Me suena, pero no sé de qué.

—Es un relato de Miguel Ángel Asturias, tal vez uno de los mejores en la línea del realismo mágico. Y tiene lugar aquí, en Santa Clara.

—Ya.

—Una historia no solo estremecedora, sino muy interesante desde el punto de vista genealógico, porque entre otras cosas, Miguel Ángel describe en ella el origen de su apellido o eso me pareció que era su intención cuando la leí por primera vez.

—¿Y a ti te gusta ese relato porque es bueno o porque pulsa el despertador de tu *hobby*?

—Las dos cosas. ¿Sabías que Guatemala es el país donde el apellido Asturias tiene más incidencia en el mundo?

—¿Más que en la misma Asturias? —pregunté por molestar.

—Así es, más que en Asturias. Hay casi trece mil guatemaltecos que llevan ese apellido.

—Y tú te dispones a contarme el árbol genealógico de esa familia.

—Descuida, no lo haré —dijo una pizca molesto—. Las ruinas de Santa Clara me han traído a la memoria la leyenda de la campana y lo que Miguel Ángel Asturias cuenta sobre quienes la fundieron. Eso es todo.

—No seas pesado, fue solo una broma.

—Si quieres conocer la leyenda, vas a tener que comprarte el libro y leerlo.

—De acuerdo, pero antes tienes que darme algún incentivo.

Era demasiada tentación para quedarse callado y Ariel no se resistió.

—Está bien, pero solo te contaré lo que Miguel Ángel Asturias sugiere al principio de la historia. Nada más, ¿estamos?

—Estamos.

—Muy bien. Cuenta nuestro premio nobel que, entre la gente española venida a las Indias, ya avanzado el siglo XVII, llegaron a Santiago de Guatemala siete campaneros asturianos. Siete según el habla popular y tres al decir de los cronistas quienes, textualmente, describían a estos fundidores de campanas como: «homes de Oviedo con entendimiento en la tiniebla de los metales que trazaron, no con tinta, sino bronce líquido y sonoro, en catedrales, conventos, ermitas y beaterios la historia de las campanas de esta ciudad». Dichos campaneros fueron elegidos entre los mejores y traídos a Guatemala por don Sancho Álvarez de las Asturias, conde de Nava y Noroña, el personaje de *Semilla de mostaza* y propietario de la muy célebre Casa de los Leones, en la Calle del Arco. Con los años y los siglos, a aquellos primeros asturianos siguieron luego otros muchos de apellido Piloña, Noriega, Brañas, Cayarga, Bolaños, Oviedo, Canella, Cofiño, Llerandi, Ordóñez, Caso, Bárcena, Urías, Casariego —este último sin descendencia, excuso decirte—, Corrales, Avilés, Viejo, Alarcón, Quiñones, De la Riva…

La coqueta entrada de una casa con ambos portones abiertos y un zaguán evocador me salvó de aquel granizo.

—Disculpa —le dije aliviado—, pero creo que hemos llegado al lugar.

Nos acomodaron en la esquina de un corredor, rodeados de plantas con hojas enormes, al borde de un jardín en medio del cual se alzaba una pequeña fuente animada pon un rumoroso surtidor. El

lugar estaba pobremente iluminado, como suele ocurrir en los ambientes familiares de Antigua, y sobre la mesa flameaba una candela que difuminaba los rostros y las manos con la palidez de una pintura del Greco. Olía a salsa de tomate casera y la música de ambiente difundía una versión orquestal de «Torna a Surriento».

Ordenamos la cena y, mientras sorbíamos sendos martinis, retomé la conversación por el lado que tanto le placía a Ariel.

—Te prometo leer la leyenda de la campana de las clarisas —le dije—, pero ¿por qué difunta, por qué habría de morir una campana?

—Los hombres de negocios tenéis un problema —dijo con sorna Ariel—. Habéis ahogado la imaginación en aras de un frío racionalismo. Os parece imposible que haya personas que crean que las muñecas, los soldaditos de plomo o las campanas tengan vida. Pero la tienen. O cuando menos la tuvieron cuando eras niño, solo para expulsarla de tu cerebro el día en que la lógica y el cálculo desplazaron la imaginación de tu vida.

—Eres injusto conmigo. Las personas como yo estamos obligadas a hacer cálculos y cuentas, pero sin excluir la imaginación. Lo que ocurre es que la usamos para otros menesteres, lo mismo que sueles hacer tú en tu oficio.

Dejó escapar un refunfuño que supuse de aprobación, aunque solo a medias, y se quedó callado como por tres *ora pro nobis*.

—Un centavo por tus pensamientos —le dije al tiempo que mareaba la aceituna del martini.

—Pensaba en la historia de otra campana que cada vez que la recuerdo —se pasó la mano por el antebrazo— se me eriza la piel.

—Y esa sí me la vas a contar.

—Solo si te gustan los cuentos de hadas.

—Me gustaron un día, como a todos. Más tarde descubrí que la mayoría tiene un lado oscuro y cruel que cuando somos niños no vemos.

—No todos son así. La mayoría simboliza la pérdida y recuperación del Paraíso. Como *Cenicienta*, *Blancanieves*, *Caperucita*. Y este del que voy a hablarte no es una excepción. Tiene una peculiaridad, no obstante, que puede que te sorprenda. Y es que yo fui parte de él.

Quedé unos momentos atónito.

—Me quieres tomar el pelo.

—En absoluto.

—¿Cómo pretendes que me crea que fuiste un personaje de un cuento de hadas?

Fue en esta coyuntura de la plática que Ariel se me vino encima

con su meditación sobre lo maravilloso y lo real que me parece oportuno repetir.

—Sé muy bien —dijo a modo de respuesta— que leyes naturales tales como las de la gravedad o la del inexorable fin de la vida no se pueden derogar. Sé también que seres presuntamente poderosos e invisibles, como los fantasmas o las hadas, son frutos de la fantasía y el miedo. Pero es preciso admitir que hay ocasiones en que la frontera entre lo sobrenatural y lo real se torna difusa. Y es en casos así que lo maravilloso se vuelve real. Te lo aseguro. Ahora bien, si quieres que te cuente la experiencia, tendrás que hacer un acto de fe. Sé por un rato el niño que fuiste. Abandona ese escepticismo acartonado que los negocios y la experiencia con los hombres, tan decepcionante a veces, ha traído a tu vida y trata de situarte en tu infancia.

—Difícil.

—Solo inténtalo. Tarde o temprano en la vida, la mayoría aprendemos a deslindar la frontera entre lo natural y sobrenatural, entre la realidad y la fantasía. Pero si yo, a la edad que tengo, aún siento escalofríos cuando recuerdo la historia de un raro legado del cual era yo albacea, es porque en la ocasión que lo viví no logré trazar ese límite. No, de veras, no te rías. Esa línea entre lo real y lo maravilloso, que tanto le gustaba esparcir a Asturias en sus textos, no me fue posible verla en esa ocasión.

—Sucedió hará treinta años, cuando ya me había independizado y tenía mi propio despacho en la Zona 9. Cierto día recibí una llamada de Retalhuleu. Un hombre con un remoto acento peninsular que dijo llamarse Nicanor Acebedo quería tener una reunión conmigo en mi despacho. Acordamos encontrarnos en la capital tres días más tarde, pero, entretanto, se me ocurrió investigar su apellido.

—Y era de Asturias, claro.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero te conozco.

—Hay más de tres mil Acebedos en Guatemala. Su nombre significa bosque de acebos, esos arbustos de hoja espinosa y frutos rojos y brillantes que se usan para decorar los árboles de Navidad. Pero este de quien te hablo no era descendiente de los que fueron llegando a Guatemala con los siglos o de los que trajo don Sancho Álvarez de las Asturias, sino mucho más reciente, como vas a ver.

»El caso fue que, el día señalado, puntual como la aurora, Nicanor Acebedo apareció en mi bufete. Resultó que se dedicaba a la crianza

de ganado lechero y tenía una pequeña fábrica de productos lácteos. Era un hombre de más de noventa años y en cuanto le vi entrar en mi despacho noté que debía de estar muy enfermo. Tenía el paso inseguro, la voz débil, el rostro demacrado, tosía con frecuencia. Así y todo, conservaba una mirada vivaz que, unida a su facilidad de palabra, desvanecía en minutos su aspecto quebrantado y cansino. Tuve también la impresión de que era hombre parco y austero. Vestía una chumpa sencilla, una camisa blanca y un pantalón de poliéster. No llevaba puesto encima nada que hiciera suponer en él atracción alguna por lo superfluo. Y en cuanto empezó a hablar percibí en él la serena personalidad de quien, al cabo de la vida, lo ha visto y vivido todo.

»Me dijo que el motivo de su visita era hacer testamento. Procedí a tomar notas y, cuando terminó de enumerar y glosar su patrimonio y sus bienes, los cuales legaba a su esposa y sus hijos, hizo un marcado punto y aparte para decirme que su último deseo, el último de verdad, era donar cierta suma de dinero que tenía depositado en un banco de Nueva York para un extraño fin benéfico.

»No lo vas a adivinar ni aunque fueras Nostradamus. Pues el propósito de Acebedo era, abre bien los ojos, construir una torre de piedra de seis metros en Valdecobos, su aldea natal, en Asturias, frente a la escuela del pueblo. La torre debía tener un tejadillo de dos aguas bajo el cual pendería una campana, la del sonido más dulce y melodioso que yo pudiera encontrar, me dijo, un tañido que evocara, no el poder, ni las horas, ni la muerte, sino la bondad, la inocencia y la alegría. Acebedo deseaba que yo fuese albacea de la suma depositada en Nueva York, una de cuyas tareas incluía explicar a las autoridades de la aldea el propósito del legado.

»Tenía otra petición adicional. Y era que leyese a los actuales vecinos de Valdecobos un documento escrito por su puño y letra, el cual solo debía ser leído en el momento de comunicar a los habitantes de la aldea su última voluntad, cosa que yo, como albacea del legado, debía hacer en persona.

»Según Miguel Ángel Asturias, las monjas de Santa Clara habían dispuesto que, si después de fundida, la campana sonaba a oro, le pondrían de nombre *Clara*. Si a bambas o monedas de plata, *Clarisa*. Y si a bronce, la llamarían *Clarona*. Acebedo en cambio ordenaba en su testamento que la campana de Valdecobos se llamara *La Xana*. Le pregunté si ese nombre tenía algún significado especial. Y él me dijo que las *xanas* era unas ninfas que vivían cerca de los ríos, las fuentes y los lagos de Asturias.

»Entendería que todo esto le sonara extraño, me dijo Acebedo, así que le daré una explicación. Mi aldea es un conjunto de casas sin iglesia, ayuntamiento, policía ni campanas. Incluso no tiene cementerio, pues, cuando alguien fallece, lo entierran en uno que los vecinos comparten con los de otra aldea cercana. Hace muchos años que no voy por allí, pero no creo que el pueblo sea muy diferente al que dejé. Se conservan tradiciones antiguas, mitos de origen celta o romano. Con decirle que a los niños nos ponían nombres romanos, como Aurelio, Julia, Mario, César, Sabino, Elvia o Marcelo, se lo digo todo. Era tan pobre mi pueblo que la única propiedad comunitaria que poseía era una pequeña escuela, a las afueras, frente a un espeso bosque de hayas conocido por el nombre de la Viesca de Gobia. Al otro lado del camino que pasaba frente a la escuela, había una sencilla estructura de madera de la que colgaba, como un ahorcado, pendiente de una cadena, un pedazo de riel de ferrocarril de unos dos metros de largo. Y a un lado, sujeto por una cadena a la estructura, había un martillo. Esa era la campana del pueblo, la que yo conocí. Se usaba para llamar a los vecinos cuando era necesario resolver algún asunto de interés comunitario.

»No soy un hombre rico, pero quiero hacer por mi aldea algo significativo antes de morir. Tal vez usted lo vea como una ingenuidad, pero para mí tiene mucha importancia este asunto de la campana. Y yo le ruego que me ayude a cumplirlo».

Ariel apuró su martini y se quedó mirando el ramito de buganvilias que, inmerso en un búcaro con agua, adornaba el centro de la mesa.

—¿Qué otra cosa podía hacer, sino aceptar? —dijo—. Dos o tres meses más tarde recibí la noticia de que Acebedo había fallecido y, de inmediato, procedí a liquidar la mortual con su familia. Cuando el proceso concluyó, me desplacé a Nueva York para realizar las gestiones conducentes a la obtención del dinero que Acebedo tenía depositado allí y cuyo monto yo desconocía. Y cual no sería mi sorpresa cuando supe que el saldo de la cuenta ascendía a una cifra superior a los trescientos mil dólares, los cuales correspondían a los derechos de autor de un pequeño libro que Acebedo había escrito siendo todavía muy joven, cuando trabajaba de cajista en una imprenta.

Ese otoño volé a Madrid y, sin detenerme en la ciudad, continué el viaje a Oviedo, la capital del Principado de Asturias. Nuevos trámites legales, nuevas gestiones, hasta que finalmente, una mañana, en compañía de Pascual Barrero, representante de la Consejería de Cultura y Turismo, y de Ernesto Parrondo, presidente del concejo o

municipio al cual pertenecía Valdecobos, partimos hacia la aldea. La presencia de ambos era imprescindible, pues la aldea no tenía autoridades civiles, ni siquiera alcalde pedáneo, que es el nombre que allí se da a la persona que preside la asamblea de vecinos.

No fue un viaje cómodo, te cuento. Desde que salimos de Oviedo, tanto Barrero como Parrondo no dejaron de mostrar su escepticismo sobre la efectividad del legado.

—Ese hombre, Nicanor Acebedo —comentó Barrero—, se hizo ilusiones sobre un mundo que dejó hace tiempo y ya no existe.

—A todos los emigrantes les suele suceder lo mismo: idealizan en exceso la tierra que dejaron atrás —reiteró Parrondo.

La zona donde se asentaba Valdecobos, me explicaron, había sido declarada por la Comunidad Europea «en riesgo de despoblación». La incontenible migración rural a los centros urbanos acaecida en España en el último medio siglo había convertido muchos de aquellos parajes de Asturias en auténticos «desiertos demográficos», según sus palabras.

En algún momento del viaje, Barrero expresó cierta suspicacia respecto al monto de la donación de Acebedo y así me lo hizo saber.

—¿Usted se cree —me dijo— que los derechos de autor de un librito, como el que me dice que escribió Acebedo, hayan podido generar la fortuna que usted dice haber encontrado en ese banco de Nueva York?

—Yo también tuve mis dudas al principio. Pero la cultura pop suele dar estas sorpresas. Un joven escritor o un cantante publican una canción o un librito, como usted dice, tienen un éxito de locura y luego, inexplicablemente, la inspiración se agota y no son capaces de replicar la hazaña dos veces. ¿Recuerda usted, por ejemplo, «El aprendiz de brujo», de Paul Dukas, la canción «Don't worry be happy», de Bobby McFerrin o la «Lambada», del grupo Kaoma? Un solo *hit* y eso fue todo. Con los libros sucede algo parecido. Ahí están *El principito*, *Juan Salvador Gaviota*, *Seda*. Autores de mucho éxito, pero de una sola obra famosa.

Hora y media más tarde llegamos a Valdecobos, una agrupación de casas situada en la ladera de una montaña, a setenta kilómetros de Oviedo. Si de algún modo puedo describirte el lugar, un espacio solitario, arriscado y boscoso, casi de cuento de hadas, es comparándolo con algunos paisajes de Huehuetenango y San Marcos.

Dejamos el automóvil a la entrada de la aldea y echamos a andar

por una calleja de casas cerradas y graneros solitarios, que allí llaman hórreos, corredores vacíos y portales llenos de silencio.

La brisa del atardecer agitaba las copas de los árboles y hacía temblar los ramajes como alas de aves viajeras a punto de echar a volar. No vimos rastros de vida en las calles ni en las viviendas del pueblo, pero, prendida en la ladera de un altozano, pudimos localizar la vieja escuela donde presuntamente tendría lugar la reunión con los vecinos. Frente al vetusto edificio, protegido por un cerramiento de estacas, ramajes y arbustos con arándanos azules, desplegaba su misterio y su verdor la Viesca de Gobia, el bosque de hayas del cual me había hablado Acebedo. Y a un costado del atrio, se alzaba la estructura de maderos parecida a una horca, de la que pendía el riel que convocaba a asamblea a los vecinos de Valdecobos.

Barrero se acercó al riel, tomó el martillo en su mano y comenzó a golpear el acero del cual se desprendió un agudo sonido de yunque que se propagó al hayedo y a las casas de la aldea.

La puerta de la escuela no tenía cerradura. Barrero le dio un empujón y entramos. El lugar era un recinto alargado en cuyo zócalo afloraba el musgo. El techo era de dos aguas, sin cielo raso, y la fría luz de la tarde penetraba a arañazos por entre las tejas. Dos filas de alcayatas ocres lloraban su herrumbre en las paredes y, encima del agrietado pizarrón, blanqueaba la huella de una cruz ausente.

Caminamos hasta la tarima, nos sentamos en una banca sin respaldo que miraba a la puerta y esperamos sin saber qué decirnos, contemplando el techo, los deteriorados pupitres, las paredes descascaradas por la humedad. ¿Has estado alguna vez en un auditorio vacío esperando a que llegue el público y que no aparezca ni un alma? Pues igual.

—Aquí no va a venir nadie —comentó Barrero—. Esta aldea está más sola que la una.

Todo parecía indicar que iba a tener razón, cuando la puerta de la escuela se abrió y aparecieron dos aldeanos de edad provecta que se dirigieron a los pupitres y se sentaron en primera fila. Luego aparecieron otros dos y, minutos más tarde, un trío de ancianas de cabellos blancos, vestidas de negro hasta los pies. Al rato, había diez pupitres ocupados en medio de un expectante silencio.

Los recién llegados no decían una palabra. Daban la impresión de haber venido a la reunión solo por cumplir, pero sin ninguna curiosidad ni interés en lo que fueran a decirles aquellos desconocidos forasteros que éramos nosotros tres.

Todavía esperamos un rato y cuando Barrero, impaciente,

consideró que el quórum estaba completo, tomó la palabra, mencionó su nombre y su cargo y dijo:

—Queridos amigos y amigas, estamos aquí en una misión especial y muy grata con un mensaje que el abogado y notario don Ariel Bardales, aquí presente —y me señaló—, ha traído desde Guatemala para vosotros, en nombre de una persona nacida en esta villa cuyo nombre en vida fue Nicanor Acebedo, un mensaje que estoy seguro os va a complacer muchísimo. Licenciado Bardales, tiene usted la palabra.

Los ancianos permanecieron inconmovibles, como si nada de lo que estaban escuchando les importara un bledo. Pensé qué decirles antes de empezar a leer el documento, pero concluí enseguida que todo lo que tenía que hacer era leer, solo leer. Muy despacio, eso sí, vocalizando las palabras con el acento más neutral que me fuera posible, a fin de que mi seseo no fuera a confundir el sonido de algunas de ellas.

Iba a empezar la lectura cuando advertí que una mujer aparentemente de más edad que los demás aldeanos, pero más espigada y resuelta, traspasaba la puerta de la escuela y se acercaba a los pupitres delanteros. Sus labios mostraban una especie de sonrisa que no sabría decir si era intencional o un rasgo de sus facciones. Cubría los hombros y el pecho con un chal negro de lana, seguramente tejido por ella. Se sentó en uno de los pupitres de la segunda fila y sin decir aquí estoy, tomó una punta del chal y se dedicó, no sé si a alisarlo o a quitarle alguna pelusa de encima.

Viendo que aquello era todo lo que la buena señora se proponía hacer, carraspeé suavemente, tomé aire y empecé a leer el texto.

«Mi nombre es Nicanor Acebedo —decía el documento—. *Vaqueiro de alzada es mi origen y los montes de Asturias mi cuna. Provengo de una minoría excluida llamada así, los vaqueiros, gentes que para ganarse la vida emigraban en verano con sus familias, sus ovejas y sus vacas a los pastos de altura, que nosotros llamamos brañas. Hubo un tiempo en que los vaqueiros teníamos el derecho de pastorear nuestros ganados por todo el reino de Asturias sin pagar portazgos ni alcabalas. Pero como cualquier otro derecho solo tuvo validez hasta que apareció otro más fuerte. De resultas, los vaqueiros fuimos sistemáticamente expulsados de los pastos bajos y recluidos en la alta montaña donde hemos vivido aislados por siglos. Incluso la Iglesia no quería vernos ni en pintura por considerar que éramos*

personas despreciables. Algunos siguieron llevando esa vida errabunda. Otros, como fue el caso de mi familia, se asentaron en valles, parajes y aldeas como la de Valdecobos.

Soy pues, por herencia, un trashumante, y por derecho, un hombre libre. Y quizás haya sido esa la razón que me impulsó a dejar mi familia y mi aldea cuando tenía dieciséis años para convertirme en un transterrado. No contaré mis penurias. Solo diré que, al cabo de una larga temporada cocinando para otros, cargando bultos, lavando cubiertas de barcos y capeando tempestades entre Kingston, Santo Domingo y La Habana, recalé finalmente en Nueva York. Allí fui mandadero, limpiabotas, vendedor de periódicos y, ya fluido en inglés, cajista de una gran imprenta.

De tanto texto que compuse entonces, me aficioné a la lectura. Lo hacía de noche, al concluir el trabajo. Y pensando que lo que leía no era difícil de hacer, me atreví a escribir un pequeño libro de poemas en los que expresaba emociones y experiencias de mi infancia. Nada especial. Solo dejé que mis sentimientos y mi memoria me contaran todo aquello que necesitaba decir. Salió al parecer algo hermoso, pero nunca fui consciente de que lo fuera. De hecho, se lo di a un editor que contrataba los servicios de la imprenta. Le gustó y publicó quinientos ejemplares de los que, como era de esperar, solo se vendieron unos pocos.

Viendo que no podía ganarme la vida de cajista, y menos aún de poeta, resolví abandonar Estados Unidos. Viajé a México y allí viví y trabajé dos años. Tampoco funcionó. Finalmente un día recalé en Guatemala junto con otros dos compañeros de viaje y me instalé en una ciudad al sur de la capital llamada Retalhuleu. Trabajé un tiempo en una finca de la que acabé siendo administrador. Adquirí más tarde a plazos una tierra hipotecada por un banco, cuando el negocio del algodón se desplomó en la Costa Sur. Convertí la finca en un pastizal y más tarde construí una lechería y me dediqué a fabricar productos lácteos, que era lo que había aprendido de niño y sabía hacer como el vaquero que era».

Llegado a este punto de la lectura, empecé a notar cierta inquietud en el auditorio. Primero fue un súbito chasquido, como cuando se estrujan dos nueces en las manos, luego algún cuchicheo. Alcé la vista de los papeles. Los ancianos guardaron silencio y quedaron como estatuas.

«Me han dicho —proseguí algo confuso— *que pronto dejaré la*

vida, pero no muero escéptico de eternidad. He vivido demasiado tiempo con esa secreta esperanza, nacida al amparo del hayedo de Gobia, desde el día en que la xana *de la fuente me dio el beso que, según la leyenda, aseguraba la inmortalidad al destinatario.*

Todos saben que las ninfas, las xanas *como nosotros les decimos, no existen, pero si aquella no era un hada hecha carne, ¿qué fue? ¿Una aparición milagrosa? ¿Una sugestión colectiva? Porque yo sentí en mis párpados sus labios de ángel, como los sintieron también Sixto, Héctor, Elvia la de Xuan, Cayo, quien solía decir que en su casa había noches que cenaban de memoria, Sabino, Marcelo el de Elena, Aurelio, Julia y Luciano, un día en que, aterrados, sospechamos que habríamos de morir antes de alcanzar la adolescencia.*

Ninguno podía creer que la vida sería para nosotros larga y dichosa. Habíamos visto el fin de Tito, un muchachito de once años, compañero nuestro de juegos, que salió un día de mañana al monte con el rebaño comunal de cabras y su cuerpo apareció esa misma tarde desollado por los lobos. Y la agonía de Octavio, con siete años apenas, sus ojos a medio cerrar, su piel amoratada, antes de morir asfixiado a causa de una enfermedad respiratoria. Y a hermanos, hermanas y primos muertos de una diarrea, una encefalitis, una gripe, alguno de aquellos inviernos en que las entradas al pueblo quedaban cerradas por sendos portones de nieve. ¿Cómo creer que algún día podríamos llegar a viejos?

El día que enterramos a Octavio nos dirigimos, como solíamos hacer siempre que ocurría una tragedia de aquellas, a nuestro refugio secreto, el espacio húmedo y umbrío que era la fuente de Gobia. Ninguno de nosotros hablaba. Estábamos angustiados por el temor de solo imaginar quién de nosotros sería el siguiente en caer».

Los papeles temblaban en mis manos, mi voz había adquirido una extraña sonoridad. En un principio, lo atribuí al frío que se colaba por los cristales rotos de las ventanas de la escuela, pero enseguida me percaté de que mi ánimo era víctima de una rara alteración que todavía hoy no puedo explicar, pero que sin duda tenía que ver con el texto que estaba leyendo.

«La xana *apareció, de repente, a nuestro lado* —continué con un temblor de voz—*. Nadie la vio salir de la fuente, pero ninguno se sorprendió al verla. Era menuda, como nosotros. Tenía facciones de niña y una rubia cabellera. Sonreía a todos con expresión afable y pronunciaba palabras de vida. Nos acarició uno a uno, nos besó en los párpados, y luego depositó en nuestros labios un grano de sal. Todos sabíamos lo que eso significaba. Pues, entre los vaqueiros, la*

sal simboliza el poder de lo incorruptible, la conservación de los alimentos que dan la vida y en última instancia, la inmortalidad. Jugó después con nosotros, ordenando el corro, apaciguando nuestros gritos y cantando el "Tres hojitas, madre, tiene el arbolé/ la una en la rama, la otra en el pie" *con una voz tan dulce y tan limpia, que parecía surgir talmente de una campanita de cristal».*

En la escuela reinaba un absoluto silencio. Los pequeños ruidos habían cesado y los aldeanos me miraban como niños seducidos por las palabras de un cuentacuentos. Solo la vetusta dama que había entrado en último lugar parecía ajena a la lectura. No alzaba los ojos de la chalina cuyos flecos continuaba acariciando con la suavidad de quien pasa los dedos por el rostro de un recién nacido.

«Se dirá que los niños ven visiones o imaginan cosas —seguía diciendo el texto de Acebedo—. *Por fortuna, diría yo. Porque es gracias a esas imaginaciones, esas fantasías, que los niños muchas veces sobreviven. En nuestro caso, la* xana *de Valdecobos emergió de la fuente para proteger nuestra infancia cuando la ciencia y los hombres, tal vez demasiado ocupados en más importantes asuntos, se habían olvidado de nosotros. Tuvimos suerte. Otros niños pasaron por la vida llevándose de aquí tan solo el aroma de la hierba. A nosotros nos salvaron un beso y un grano de sal. No hay otra explicación. Ningún saber, ni siquiera el confirmado principio de la sobrevivencia de los más fuertes, podría explicar la nuestra. Esa es la razón de que haya vivido tantos años con la loca esperanza, bastante común en la niñez, supongo, de que no habría de morir.*

Se asegura que la infancia es un país irreal y añorado, pero si la xana *de Gobia no fue figuración mía ni de la decena de niños reunidos aquella mañana en la fuente, ¿qué fue entonces lo que vimos? Nadie ha visto nunca una sirena y, sin embargo, todos saben cómo es. No hay nada más verdadero, más real, que el mundo de la niñez y solo lamento haber abandonado mi aldea y perdido con ello, al hacerlo, la inmortalidad que un día nos prometió la* xana».

Cerré el documento y, dirigiéndome a los aldeanos, les dije:

—Hasta aquí, la historia de Nicanor, a quien ustedes probablemente recuerdan. La nostalgia de su tierra, como ven, le acompañó toda su vida. Al final, esa nostalgia la quiso materializar en una buena obra. Y esta es la buena noticia que el señor Barrero les anunciaba hace unos instantes. El librito de poemas de Nicanor Acebedo permaneció olvidado hasta que un joven estudiante lo descubrió en la biblioteca de la Universidad del estado de Nueva York. Era un poemario titulado *The Gobia's Nymph*, que quiere decir *La*

ninfa de Gobia. El joven se prendó del texto, acudió al editor del librito y le convenció de reeditarlo. Y lo inusitado ocurrió. De la noche a la mañana, el libro se convirtió en texto de culto de toda una generación, «la generación del amor», como se la llegó a conocer. En los poemas de Nicanor Acebedo, quien había firmado el libro con el seudónimo de Marty Cornell, encontraron que la vida humana discurre por caminos ajenos a las instituciones corrompidas, que las ideologías hacen infelices a los hombres, que las personas son fines en sí mismos y no medios para alcanzar el dinero, el poder o la gloria, que los abusos de la razón ahogan los sentimientos más nobles y que solo el amor y los sueños nos ponen en contacto con la eternidad.

»En solo dos años, la juventud estadounidense convirtió el librito de Acebedo en un éxito descomunal. Así me lo confesó. Su editor le escribió para explicarle el increíble fenómeno editorial en que se había transformado y que el mercado demandaba con urgencia un nuevo texto. Pero él ya había optado por la decisión de su vida: prefería dedicarse a sus vacas y a sus quesos. «¿Por qué no volví a escribir? —me dijo en mi despacho—. Pregúnteselo a Arthur Rimbaud, el joven poeta francés que a los dieciocho años era ya una gloria literaria de Francia y abandonó la poesía al cumplir los veinte. Prefirió el dinero al arte e hizo una fortuna como mercader en Etiopía. Tal vez me sucedió lo mismo a mí. No lo sé, no lo podría explicar».

»Nicanor resolvió entonces abrir una cuenta bancaria en Nueva York, donde el editor iría depositando cada seis meses las regalías del libro. Fue un dinero que Acebedo nunca habría de tocar. Para él era una cuenta de ahorros destinada a su jubilación. Hombre parco y austero, no necesitaba más. Y como la vida le había tratado bien en Guatemala, cuando vio la muerte cerca pensó que había llegado la hora de utilizar el dinero para un fin distinto al de su jubilación. Y ese es el motivo de que esté hoy yo aquí con ustedes.

»Hace un mes, visité el banco neoyorquino donde Nicanor Acebedo tenía su cuenta de ahorros. Me entrevisté con el director a fin de retirar los fondos y cuál sería mi sorpresa al descubrir que el saldo de la cuenta ascendía a la suma de trescientos veintitrés mil quinientos treinta y cinco dólares con doce centavos, suma que Nicanor había decidido en su testamento donar a la aldea de Valdecobos.

»Este dinero tiene un propósito doble. El primero construir una torre de piedra frente a la escuela con una campana en lo alto. Y el segundo, equipar un pequeño centro de salud que atienda las necesidades más urgentes de los niños de Valdecobos».

La cifra pareció despabilar a los aldeanos, si bien me quedaron dudas de que supieran cuál era el valor de un dólar. A uno de ellos se le resbaló el cayado sobre cuyo arco apoyaba la barbilla, lo que provocó un sonoro estampido en el piso. Los demás volvieron sus rostros hacia el responsable. En la mirada del vejete apareció entonces un destello de complicidad, y un coro de risitas contenidas jugueteó por entre los pupitres de la escuela.

Una anciana se sonó, arrancando de su nariz una estridencia. Volvieron las muecas pícaras, el taparse la boca con los dedos.

—Comprendo vuestro nerviosismo —intervino Barrero—. Trescientos y tantos mil dólares es mucho dinero y no es fácil invertirlo bien. Pero nosotros os vamos a ayudar. Solo existe un problema legal que es preciso resolver antes de hacer uso de esa fortuna.

Su mirada buscó las de los ancianos, quienes habían dejado de retozar y ahora nos miraban muy serios.

—El problema —balbuceó Barrero— es que en Valdecobos...

No sabía cómo completar la frase sin que resultara brusca. Al fin consiguió decir:

—… ya no queda ningún niño.

Hubo un largo silencio. Luego, Barrero empezó a decir tonterías.

—Pero eso tiene fácil arreglo. Se trata tan solo de un asunto legal que los abogados se encargarán de resolver. Con ese dinero se pueden hacer otras cosas que alegren vuestras vidas y la de la aldea. Es algo que tendréis que decidir vosotros.

La anciana que había sido la última en llegar a la escuela se puso de pie.

—Nicanor fue sin duda un hombre generoso, pero no solidario —le dijo a Barrero—. Como no lo han sido los hijos y los nietos de los hombres y mujeres que usted está viendo aquí. Todos fueron abandonando Valdecobos en busca de un futuro y un tiempo que creían estar perdiendo en la aldea. Y se olvidaron de quienes nos quedamos. Volvían de vez en cuando, sí, y se expresaban con melancolía de su infancia, de igual modo que lo hace Nicanor en ese papel. Pero lo decían con la boca chica, porque luego se volvían a ir y nos dejaban, una vez más, solos y aislados del mundo como lo hemos estado por siglos.

La anciana se retocó el chal que había estado acariciando y cruzó los brazos en el pecho.

—Ahora ya nada tiene remedio —agregó—. Ni para los que se quedaron ni para los que se fueron. En cuanto a ese dinero del que habla, en realidad no tenemos necesidad de él. Los que vivimos en

estas montañas somos memoria perdida, pertenecemos al linaje del olvido, y en el olvido habremos de seguir, por mucha campana que pretendan instalar ahora en el pueblo.

Y esto diciendo, giró muy despacio y emprendió el camino de la puerta.

Barrero se alteró.

—Comprendo su estado de ánimo, señora, pero aquí se requiere una decisión colectiva. Vamos a ver —dijo con fingido entusiasmo—, ¿qué dicen las fuerzas vivas de Valdecobos?

El anciano al cual se le había caído el bastón examinó con curiosidad a Barrero y siguió los pasos de la anciana, murmurando:

—Las «fuerzas vivas», ¿sabrá este hombre lo que dice?

Los demás le imitaron y abandonaron asimismo la escuela.

—Inaudito —exclamó muy disgustado Barrero—. Ahí los tienes, igual de huraños y zafios que siempre. Esto no tiene remedio.

Cuando salimos de la escuela, me detuve unos instantes en el atrio. Hacía un frío penetrante y hostil. La niebla del monte cercano se descolgaba de los picachos en volanderas ráfagas y abrumaba los tejados de la aldea. Más allá del cerco de estacas y arbustos donde crecían los arándanos, el hayedo de Gobia era una densa grisura que el viento alabeaba con violentos soplos, extrayendo de la fronda rumores ocultos que a veces parecían humanos.

Fue en ese momento que llegó hasta nosotros un cuchicheo.

—No puede ser —dijo, estremecido, Barrero.

—¿Qué cosa? —le pregunté.

—Eran ellos.

—¿Quiénes?

—¿No lo entiende? Los compañeros de Nicanor Acebedo, los niños a los que besó la *xana*. Y esa mujer… esa mujer…

Su rostro reflejaba una expresión de desconcierto. Porque él también, lo mismo que Parrondo y que yo, habíamos empezado a escuchar el parloteo y el regocijo, y luego un bullicio de risas y gritos infantiles que salía del corazón del hayedo de Gobia, por encima de cuyas copas bermejas y ramas tendidas, como ordenando el alborozo, reverberaba una voz que cantaba «Tres hojitas, madre, tiene el arbolé», una voz tan dulce y tan limpia que cortaba la respiración al tiempo que inundaba el alma de una profusa alegría.

Ariel apartó con suavidad de sí el plato de risotto. Tomó en la mano su copa de vino, dio un sorbo y yo guardé un discreto silencio. Me

costaba creer la extraña historia que me había contado, pero le vi tan conmovido que no quise regresar al juego de ironías que había dado pie al relato. Era evidente que su vivencia en aquella remota escuelita había dejado una muesca imborrable en su vida y su memoria. Presenciar en vivo y en directo que el orden natural y el sobrenatural se confunden a veces ha de ser aterrador. Lo maravilloso y lo real no mezclan bien, sin embargo, y había preguntas que sin duda se seguía haciendo, después de tantos años, para las cuales no había hallado aún una respuesta. ¿Quiénes eran aquellos ancianos? ¿De qué vivían, si es que vivían y eran reales?

Ariel posó la copa de vino en la mesa y sin alzar la vista del plato dijo:

—Volví a Valdecobos un año después, a fin de notarizar la ejecución del legado de Acebedo. Comprobé que, en efecto, se había construido la torre de la cual pendía una pequeña campana. Visité la fuente situada en el corazón del bosque de Gobia y vi que la habían convertido en un jardín con setos y flores. Barrero me contó también, en voz baja, que habían creado una leyenda acerca de la *xana* que moraba en la fuente y de la campana que imitaba su voz. El propósito era benévolo, sobra decir. Valdecobos seguía siendo una aldea deshabitada en invierno, pero el deseo de Barroso era que se poblara en verano de veraneantes, turistas senderistas y gente curiosa. También le pregunté a Barrero si habían sabido algo más de los aldeanos. Nadie los ha vuelto a ver, me contestó, y ni Parrondo ni yo hemos querido investigar ni hablar más del asunto.

—Y tú, Ariel, ¿qué es lo que piensas? ¿Crees que la señora del chal era la *xana*, y los ancianos, los niños a los que prometió vida eterna?

—Solo sé lo que vi en aquella aldea de Asturias —masculló, recogiendo velas— y que todo fue real y a la vez prodigioso.

—Eres abogado, una persona racional que, por razones de oficio, debe estar apegado a la realidad.

Hice una pausa y añadí en voz baja con el mayor tacto que me fue posible:

—Tú sabes que las hadas no existen.

—No existen, estoy de acuerdo —sonrió con expresión jovial—, pero que las hay, las hay. Y en abundancia. Las hadas son responsables de todo lo bueno que te sucede en la vida. Y aunque en la mayoría de los casos no las veas, ten la seguridad de que siempre tienes una cerca de ti: cuando pasas la lengua por un helado de vainilla, cuando aspiras un perfume de mujer, cuando lees en voz alta

un poema de amor, cuando escuchas el «Intermezzo de Cavalleria rusticana», esa pieza que, si no la tocan en mi entierro, no pienso a asistir a él, cuando observas una aurora boreal, cuando sientes, sin entender el motivo, que el alma se te ensancha y el corazón no te cabe en el pecho o cuando escuchas el sonido de una campana. Siempre que te sucede algo así es que tienes cerca un hada que te obsequia instantes de eternidad, los mismos que cierto día procuró a un grupo de niños, temerosos de morir, la ninfa de la fuente de Gobia.

El arte de burlar a la muerte

En el fondo de mi alma reside un
tierno secreto, solitario y perdido
para siempre.

LORD BYRON,
La canción del corsario

Nunca fueron mil los cuentos ni tampoco mil las noches, pero hay razones para pensar que fueron mil las doncellas decapitadas por Shariar antes de que Scherezade se convirtiera en su esposa. Tal fue el sorprendente hallazgo que dos profesores de Arqueología de la Universidad de Samarcanda, en la actual Uzbekistán, dieron a conocer en 2020 tras descubrir la tumba de Shariar, el sátrapa que abrasado de rencor porque su primera esposa le había sido infiel con un sirviente negro de palacio, decidió desposar cada día a una joven virgen, poseerla por la noche y decapitarla al amanecer para que nadie le pusiera de nuevo los cuernos.

En un recipiente de barro sellado con cera y enterrado junto a los restos mortales de Shariar, los arqueólogos hallaron el documento que sigue, el cual ratifica de manera inapelable que la célebre recopilación de cuentos orientales conocida por el nombre de Las mil y una noches *se fue integrando con el paso de los siglos y que no nació como la obra acabada que muchos creen que es.*

Una nota al margen del papiro, redactada seguramente por algún escriba del sultán, advierte asimismo cuánto se complacía aquel buen hombre en escuchar —pues no sabía leer— la historia que aquí se ofrece y con cuánto fervor expresaba su preferencia por ella sobre las de Simbad, Aladino o Alí Babá. Y es lógico que fuera así, pues la historia que aquí se cuenta no solo supuso un cambio decisivo en la vida, el carácter y la conducta de Shariar, sino porque muestra un punto de vista muy distinto al que mantuvieron en su hora y su siglo

las ocho hordas de infieles [hago la aclaración de que el sustantivo no es mío] *que entre 1095 y 1291 pretendieron reconquistar Jerusalén para el mundo cristiano.*

Trátase por tanto de un texto reivindicativo en cierto modo del islam que es preciso evaluar con prudencia, pues lo único que pretendía Scherezade era impedir que el sultán le cortara la cabeza al filo del amanecer, y nunca mejor dicho lo del filo. Todo un arte, ese de burlar a la muerte tanto tiempo, fueran mil o no las noches que la joven se libró de ella.

La versión que aquí se transcribe ha sido traducida del árabe por mi asistente, Salah Shaloub, a la que me he permitido agregar algunos comentarios y notas a pie de página que me han parecido necesarias para una mejor comprensión del texto.

El pergamino original se expone actualmente en una vitrina del Museo Afrasiab, en Samarcanda.

Jérémie Derbez
Catedrático de Literatura Oriental
Universidad de Lyon

No podría, mi señor, contar más de lo que he leído y he escuchado de otros, pues no tengo el talento ni el ingenio de quienes escriben historias —empezó diciendo Scherezade—, pero este día, en esta noche, que como todas las que he sobrevivido hasta hoy a vuestro lado no sé si será la última de mi existencia, quisiera que fuese memorable.

En primer término, porque la historia que voy a referiros es real, lo cual agrega al relato la emoción de lo vivido. Y en segundo, porque, siendo además ejemplar, confío os ayude a cambiar vuestro parecer respecto de las mujeres por el mal que os hizo una de ellas. Pido de todo corazón a Alá, el compasivo, el misericordioso, que mi historia traiga paz a vuestro espíritu y lo libere para siempre del rencor y del enojo que todavía lo atormenta.

Y voy con el relato, mi señor.

En los pueblos y bazares de vuestro dilatado reino, en las tiendas de las caravanas, en los hogares al amor de la lumbre y en el tibio lecho de los amantes, corre desde hace tiempo la leyenda de un niño llamado Jean a quien sus padres enviaron a una aventura aciaga cuando solo contaba trece años, esa edad de la vida en que todo es curiosidad, búsqueda, hallazgo y sorpresa a un tiempo. La pubertad

despertaba en su interior emociones que no alcanzaba a comprender, pero que él perseguía con el entusiasmo del potrillo que en el prado brinca y juega con los gorriones. Todo a cuanto aspiraba era a crecer y hacerse hombre en Cloyes-sur-le-Loir, la preciosa aldea donde había nacido, casarse y construir una familia. De ahí que se resistiera con denuedo al capricho de sus padres, empeñados en enviarlo lejos de Francia. Era imperativo, le habían dicho, que partiera con otros miles de niños como él —hay quien dice que fueron veinte mil— a una misión de la cual dependía la salvación de la cristiandad. Personas de muy altas jerarquías les habían persuadido del sacrificio que tanto Jean como ellos debían hacer para rescatar el Santo Sepulcro de manos de los infieles, pues así es como los cristianos se refieren a nosotros. Y estaban aturdidos, sin duda, por las palabras de un evangelista llamado Mateo, que el párroco de Cloyes-sur-le-Loir repetía cada domingo desde el púlpito en tono amenazador:

—«Aquel que ame a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí. Y quien ame a su hijo o a su hija más que a Mí, tampoco es digno de Mí».

Jean amaba a su padre y a su madre más que nadie y más que nada, y ellos le amaban a él de igual manera. Pero más importante que su amor por el niño era rescatar del islam el Santo Sepulcro. Y el pueblo llano francés, al cual pertenecía Jean, creía firmemente que una orden así debía de proceder por fuerza del Altísimo.

Buen número de campesinos y aldeanos del valle del Loira había llegado, no obstante, a la conclusión de que el altísimo era en realidad un señor más bien bajito que se mostraba en público esgrimiendo un báculo y tocado con una mitra y dos ínfulas. Tenían por cierto que la cruzada había sido convocada por él, pues, de lo contrario, el episcopo en cuestión habría arrojado una tempestad de excomuniones y anatemas a quienes se hubiesen atrevido a convocar tan absurda romería.

No había otro modo de explicar, mi señor, que un muchachito llamado Etiènne, de la misma edad de Jean, estuviese predicando y organizando la peregrinación para apoderarse de nuestra sagrada Jerusalén, con todo lo que eso significa para quienes veneramos a Alá y recibimos su fe del Profeta. Jean y Etiènne habían sido amigos en la infancia. Jean era hijo de campesinos y Etiènne lo era de pastores. Pero cuando la pubertad despertó en ambos, Etiènne cambió por completo. Se volvió taimado, farsante y lenguaraz a tal grado que Jean optó por alejarse de él.

Hubo alguien, así y todo, que halló en las virtudes de Etiènne gran

valor para los fines que pretendía. Y ese alguien era un monje de sucia presencia y mal gesto llamado Marcel Delvaux, quien, con la venia del bajito del bastón y la mitra, propuso al joven pastor la predicación de una nueva cruzada, para lo cual solo tenía que decir que Jesucristo se le había aparecido y solicitado que lo hiciera.

Eso fue lo que le dijeron a la gente.

Y la gente les creyó.

Ante tamaño portento, el obispo resolvió enviar a Etiènne ante la corte francesa. El rey Felipe Augusto aceptó recibirlo y Etiènne le mostró al monarca la carta firmada por Jesucristo con la súplica —la orden en realidad— de organizar una nueva cruzada contra nosotros, los creyentes. Pero el rey no se tragó la píldora y mandó al pastorcito y al monje por donde habían venido.

Fue entonces que sucedió lo insólito. Etiènne cayó en un profundo delirio y convocó a todos los niños de Francia a rescatar el Santo Sepulcro y a expulsar de allí a los infieles. Para ello, y a diferencia de la pompa militar que se había utilizado en cruzadas anteriores, viajarían a Jerusalén sin armas, sin caballos, sin estandartes ni otros abalorios sagrados. En llegando a Marsella, las aguas del mar se abrirían como las alas de miles de palomas, mostrando el hermoso sendero que conducía a Jerusalén, donde les aguardaba un nuevo prodigio. Y ese prodigio era que las murallas de la sagrada ciudad se derrumbarían en presencia de la virtud y la pureza de los niños que habían ido a conquistarla.

Sagazmente aconsejado por los zánganos que volaban a su alrededor, la prédica de Etiènne se nutría de otras convincentes razones. Solo un ejército integrado por niños y niñas desarmados, explicaba el pastorcito, podría lograr lo que caballeros y señores no habían conseguido en las cruzadas previas, pues no era la virtud, sino la codicia, lo que les había impulsado a tomar Jerusalén. De manera que, si Jesucristo había triunfado sin necesidad de violencia ni espada, les decía el joven pastor, lo mismo cabía esperar de unos niños con el corazón tan puro como el aire que acaricia la fronda de las florestas.

Etiènne esgrimía como apéndice político un argumento aún más poderoso que el teológico, con el cual agitaba la voluntad de aldeanos, campesinos y siervos de la gleba, abusados y sometidos por sus amos sin piedad. Si los ricos, argüía, no habían conseguido rescatar los Santos Lugares, eso se debía a los muchos pecados que, por obra u omisión, cometían a diario con los pobres. Cuatro cruzadas habían fracasado por eso y ahora les tocaba a ellos, a los

desharrapados, a los miserables, a los que nunca habían tenido la oportunidad de escapar de la pobreza, los llamados a demostrar que, siendo ellos los puros de corazón, serían bendecidos con la gracia de reconquistar Jerusalén para los cristianos. Y así vino a suceder que, una mañana de verano de 1212, los padres de Jean lo llevaron a la ciudad de Vendôme, donde aguardaba una multitud de miles de niños y niñas de su edad que partirían cantando: «¡Jerusalén, Jerusalén, eres mi patria, Jerusalén!».

Pero no todo el monte es orégano, mi señor, ni toda promesa, pastel de frambuesa. Aquella desordenada multitud de criaturas menores de trece años pronto se transformó en un tumulto atropellado e ingobernable. La organización de la marcha era desastrosa. Únicamente Etiènne, el pastor, viajaba en una carreta como un príncipe, protegido por un dosel de tela blanca y atendido por dos pajes que le suministraban agua y alimentos a su antojo.

La muchedumbre infantil, por su parte, estaba protegida por una plebe cuya misión era mantener en alto el espíritu de la cruzada: vagabundos, mujerzuelas y mendigos a los cuales gobernaban dos personajes de dudosa reputación, el ya mencionado Marcel Delvaux, y un clérigo llamado Jules Garnier, cuyo papel en el desbarajuste era frenar las deserciones y mantener un mínimo de orden en la marcha. Pero eran demasiados los niños, y las fugas se volvieron inveteradas, ocurriesen a la vuelta de un camino, en algún paraje de altas hierbas o al cruzar un pueblo de calles enrevesadas.

Con todo y eso, Jean dispuso continuar en la peregrinación en lugar de huir. Y no tanto por su fervor de cruzado, cuanto por…

—Me estoy aburriendo Scherezade. Esta no es una historia que me atraiga —interrumpió el sultán, cerrando los ojos con la aparente intención de dormir.

La joven advirtió de inmediato el peligro. No era fácil mantener la atención a una complicada historia como la que ella pretendía referir, bastante menos lasciva y fantasiosa de las que solían gustarle al sultán.[3] Hasta ese día, el arte de Scherezade para burlar a la muerte había consistido en eso, en contar un cuento, a veces una fábula, e interrumpir su final justo cuando asomaba la aurora.

Esa madrugada, sin embargo, se había complicado la vida al referir un relato que, por más interesante que fuese, parecía carecer de los ingredientes habituales. Cuando menos para Shariar, que no era precisamente un dechado de cultura ni paciencia. De manera que, a

no ser que Scherezade recurriese a algún ardid para mantener la atención y la curiosidad de su misógino esposo, aquella noche iba a ser, en verdad, la última de su vida.[4]

—Admito que la cruzada de los niños es un relato conocido entre quienes sufrimos las invasiones de aquella clase de hordas —le dijo al sultán—, pero que, sin embargo, es necesario traer a colación para comprender mejor el drama de Jean Groussard. Ahora bien, si dejáis de escuchar esta parte de mi relato, os perderéis lo más importante: el misterio que se esconde tras la historia.

Shariar abrió los ojos de golpe.

Ah, el misterio, siempre el misterio. Bastaría pronunciar esa palabra con el acento debido para que cualquier audiencia dejara de dormitar. Scherezade sabía que proteger lo inexplicable o lo oculto a lo largo de una historia era de importancia suma, pues el enigma la alarga y la mantiene viva, en cambio su elucidación, sea por apresuramiento o descuido, agota el interés y la destruye. Y ahí se acabaría todo para la joven.

Scherezade necesitaba estirar o acortar sus historias en función de cuán cerca estuviese el alba. Ese era el secreto que escondía y que utilizaba con el tiento y el esmero que solo ella sabía aplicar a sus relatos. Su ingenio narrativo consistía justamente en sincronizar la salida del sol con el momento más angustioso o intrigante de la historia. Todo un arte, toda una pericia con los que únicamente son agraciados unos pocos mortales. De manera que, cuando Scherezade vio que su esposo abría los ojos y no volvía a cerrarlos, supo que había conseguido —de momento, sobra decir— apartar de su cuello una vez más el helado soplo de la muerte.

El motivo, mi señor, por el que Jean Groussard había resuelto seguir en la cruzada —prosiguió más tranquila Scherezade— fue la repentina atracción que había empezado a sentir por una adolescente de su edad llamada Alizée. Jean había evitado que la niña se fuese de bruces un día en el áspero pedregal de un riachuelo y desde esa fecha tomó para sí la obligación de cuidarla. Ella lo comprendió también de ese modo y, a partir de esa experiencia, caminaron siempre de la mano.

No hablaban mucho entre ellos, debo deciros. Lo común era que se miraran y sonriesen. Solo eso. Jean le cedía con frecuencia a

Alizée su escasa ración de pan y agua o le cortaba flores silvestres para que adornara su cabellera. Un ruboroso y turbador encanto ardía en sus tiernos corazones. Eran dos niños, solo dos niños, y su amor, inofensivo e ingenuo, pero todos cuantos han vivido esa experiencia saben que el amor inocente, el amor en su amanecer, es también el más puro y más sublime. Y motivados por tan hermosas sensaciones, Jean y Alizée llegarían casi a olvidar la triste aventura que les había deparado el destino, a la vez que a alimentar la esperanza de que, con suerte, podrían un día escapar de él.

Cierto asunto, sin embargo, no dejaba de inquietar a Jean. El jovencito había empezado a observar con aprensión las miradas lascivas que algunos de los adultos arrojaban sobre Alizée. De ahí que no le quitara el ojo de día y cuidara por ella de noche. Lo había tomado como una misión. Más que enamorado o galán, pues es dudoso que a su edad alcanzara a comprender un sentimiento tan complejo como el amor, Jean se sentía el paladín de la niña, el más noble caballero que nunca antes hubieran visto los campos de Francia: amable, cortés, divertido, antagonista de los malos, protector y amigo de los débiles, compasivo, justiciero. En tal medida llegó a posesionarse de su tarea de preservar la integridad de Alizée que dispuso permanecer despierto por las noches, como había oído decir de los caballeros que velaban sus armas, sin perderlas un momento de vista, como un erguido centinela al cuidado de su dama y su virtud.

En esas pasó el buen Jean Groussard una semana, hasta que al cabo sucedió lo inevitable. Rendido por el cansancio de tantas duermevelas, cayó cierta noche en un sueño profundo del que no despertó sino hasta algunas horas más tarde. En el ínterin, dos sombras que desde jornadas atrás acechaban a los niños, se deslizaron por entre la arboleda donde cientos pernoctaban esa noche. Las sombras se acercaron con cautela a Alizée, la inmovilizaron, la amordazaron, la amarraron y se la llevaron sin hacer ruido.

Las primeras luces del día provocaron en Jean el sobresalto propio de quienes, al despertar de golpe, no saben quiénes son ni dónde están. Miró alrededor y no vio a Alizée. La niña había desaparecido.

Se levantó del suelo de un salto, indagó entre los compañeros de viaje, registró cada recoveco, cada árbol y cada arbusto del bosque, pero no consiguió dar con ella. Algo le había sucedido, algo que a medida que las horas transcurrían se fue convirtiendo en un terrible presagio.

Avanzada la mañana, no obstante, la vio venir hacía él. Traía el sol

a la espalda, el paso inseguro, los brazos desmayados a lo largo del cuerpo y la mirada puesta en ninguna parte. A medida que la niña se acercaba a él, Jean iba descubriendo otros indicios inquietantes: un pómulo hinchado, la frente arañada, el cabello revuelto y una gran mancha de sangre en su túnica, a la altura de las ingles. Todo lo cual le hizo temer, no tanto lo peor, cuanto algo irreversible o irreparable. Y más perturbado por lo que imaginaba que por lo que veía, corrió al encuentro de Alizée.

Antes de que pudiera llegar a ella, sin embargo, la niña se desplomó. Jean la tomó en sus brazos, le acarició el rostro susurrando su nombre, pidió agua, suplicó ayuda, auxilios. Todo inútil. La niña había muerto desangrada.

No me detendré, mi señor, en describir el sufrimiento del jovencito. Solo os diré que nunca se perdonó haberse quedado dormido aquella noche y que siempre se sentiría culpable por la muerte de Alizée. Una muerte que, por cierto, no habría de ser noticia. Decenas de niñas y niños morían cada jornada en la marcha y eran enterrados a la orilla del camino con una cruz sin nombre ni fecha. Los más, de fatiga, hambre o sed; los menos, por haberse quitado ellos mismos la vida.

Nadie se ocupó, en consecuencia, de Alizée. Eran demasiadas las criaturas que fallecían en cada jornada como para poder darles cristiana sepultura a todas. Así que Jean hubo de ocuparse del entierro. Eligió un lugar donde emergía una roca en mitad de una pradera alfombrada de flores amarillas. Quería llevarse en la memoria una referencia que le permitiera identificar algún día la tumba de Alizée. Y con la ayuda de otros compañeros de marcha, cavó en aquel lugar una fosa.

Antes de inhumar el cuerpecito de la niña, Jean se arrodilló ante ella y dio principio a una oración. No fue capaz de concluirla. Otra voz en su fuero interno le gritaba, ¿qué mal había hecho Alizée para merecer aquella maldad? ¿No habría castigo en la tierra para quien había cometido tan abominable crimen? ¿Solo en la otra vida, y no en esta, como debería ser, pagaría por su infamia? Eran solo preguntas al aire, demandas que nadie escuchaba y que se irían disolviendo sin respuesta entre las lágrimas que corrían por el tierno rostro de Jean Groussard.

Horas después, un compañerito de viaje que padecía de insomnio le informaba que, como un kilómetro atrás del apelotonado, confuso y anárquico éxodo, había visto a dos hombres arrastrar a Alizée hasta una choza abandonada cerca del camino. Se lo dijo en secreto y en voz baja por temor a que los vigilantes de la marcha tomaran

represalias contra él. No le dio su nombre por esa razón, pero sí los de los agresores a los cuales había reconocido. Uno era Marcel Delvaux, el monje malencarado. El otro, Jules Granier, uno de los clérigos de la peregrinación. Ambos habían desaparecido, sin embargo, ese mismo día y no se había vuelto a saber de ellos.

Una semana más tarde, la agonizante columna de niños alcanzaba las playas de Marsella. Habían invertido casi tres meses en recorrer los casi ochocientos kilómetros que separaban el río Loira del mar Mediterráneo. No obstante la fatiga y el pesar que le acompañaba desde la muerte de Alizée, Jean había resuelto permanecer junto a los dos mil sobrevivientes de la marcha. Pues no solo era un jovencito bondadoso, sino también muy inteligente. Sabía que un elevado número de fugados había fallecido en el viaje de regreso a Vandôme y discurrió que lo mejor sería continuar hasta Marsella. Y una vez recuperado allí en lo emocional y lo físico, escaparía como habían hecho otros y se volvería a su casa tras hacer acopio de los recursos necesarios para hacer un viaje tan largo y tan exigente.

El Mediterráneo no se abrió, por supuesto, mi señor. No dejó ni un resquicio ni una grieta por los que aquel ejército de inocentes pudiera caminar hasta Jerusalén. Decenas de ellos murieron tras arrojarse a las olas con el entusiasmo propio de la credulidad y la inocencia. Y no fue sino hasta días más tarde que, aun siendo lo niños que eran, comprendieron que habían sido engañados por Etiènne, sus vigilantes, sus asesores y gentes de estofa parecida a la de Jules Garnier y Marcel Delvaux.

En esas se hallaban los supervivientes de la infausta aventura, cuando se supo que dos mercaderes venecianos se habían comprometido a trasladar a los niños en siete navíos hasta las costas de la Tierra Santa. Jean debió sospechar, por los nombres de los comerciantes —uno se llamaba Hugo *el Hierro,* y el otro, Guillermo *el Cerdo*—, que tampoco eran gente de fiar. Pero, como os he dicho, señor, Jean era un niño, igual que los otros dos mil que habían sobrevivido a la catástrofe. Y entre el Hierro y el Cerdo los volvieron a engañar.[5]

La evacuación, sin embargo, no fue del todo feliz. Dos de las siete naves venecianas se fueron a pique en las costas de Cerdeña, y los más de quinientos niños y niñas que llevaban a bordo se ahogaron en el naufragio. Las otras cinco tuvieron más suerte, pues llegaron sin contratiempo a los mercados de esclavos de Alejandría, Argel, Siria y Bagdad, lugares donde el Hierro y el Cerdo consiguieron enjugar sus pérdidas y hacer una bonita utilidad con la venta de los niños que

habían sobrevivido a la cruzada.

Scherezade[6] se sentó al borde del lecho, inclinó la cabeza y dirigió la mirada a la alfombra que adornaba los entornos del lecho nupcial.

—Lo que resta del relato, mi señor, es más interesante y menos triste de lo que os he contado hasta ahora —le dijo a Shariar.

Volvió la mirada al abierto balcón de la alcoba perfumada por la brisa mañanera.

—Pero el alba está ya cercana y la hora de mi ejecución también —agregó con voz lastimera, si bien nadie habría sabido decir si era fingida o no—. Debo preparar mi espíritu para abandonar este mundo.

—¡Un momento, un momento! —demandó el sultán—. Antes tienes que decirme qué fue del muchachito.

—Cuando la aurora de rosados dedos asome…

—¡Ya sé que la aurora de rosados dedos está al acecho! —exclamó con impaciencia Shariar—. Pero yo quiero saber antes qué fue de Jean Groussard.

Scherezade dejó escapar un sollozo.

—¿Cómo pensáis, señor, que pueda tener ánimo para pronunciar una sola palabra más de mi relato, y de su sorprendente final —murmuró con malicia—, si me vais a decapitar en una hora?

—Vamos a ver, Sherezade, ¿cuántas noches llevamos en esto? —se exasperó el sultán.

—Lo ignoro, mi señor, no llevo la cuenta, pero muchas —replicó la joven.

—¿Y acaso no te fías de mí, después de haberte perdonado todas estas noches la vida? Por una ocasión que te pida que no me dejes colgado sin saber el final del cuento, no vas a hacerme una escena ahora.

—La aurora de rosicler ya se acerca…

—¡Basta, basta! ¡De acuerdo! Resolvamos esto de una vez. Este es el trato que te ofrezco. Tú me cuentas ahora mismo qué fue de Jean Groussard y yo te perdono la vida hoy y mañana. Dos noches por una. ¿Qué me dices?

—Mejor que sean tres —susurró, bajos los ojos, Scherezade.

—¡Está bien, que sean tres noches! ¡Por las barbas del Profeta, que paciencia hay que tener con las mujeres! —exclamó el sultán, llevándose su mano enjoyada a la frente—. Pero eso sí, cumpliré con mi palabra solo si el final de la historia me satisface. ¿Está claro?

—Sí, mi señor.

—Mira a lo que te comprometes.

—Lo miro, mi señor, y lo valoro.

Scherezade apartó la lujosa colcha de raso que cubría el lecho nupcial y caminó descalza hasta el balcón de la alcoba. Allí se quedó en silencio, aspirando los aromas a pino y albahaca que ascendían del jardín.

—De Jean Groussard solo os sé decir, mi señor, que vive o vivía en el Palacio de las Lágrimas, pero ignoro dónde queda ese lugar ni si el joven habrá muerto allí de tristeza —dijo—. Lo que sí tengo por cierto es que nadie fue castigado por tan monstruoso crimen, providencia habitual entre las autoridades cristianas cuando sus clérigos cometen abusos contra niños, niñas o mujeres, pues lo común es que sean encubiertos por los jerarcas de turno o bien ascendidos en el escalafón eclesial.

La joven volvió sobre sus pasos y recostó la espalda sobre los tibios almohadones del lecho.

—Prueba de ello fue que, diez años más tarde de la desdichada aventura, Jules Garnier, con veintinueve años, era deán de la catedral de Bourges, en el valle del Loira. Por su parte, Marcel Delvaux, quien contaba treinta y uno, había sido nombrado abad de un famoso monasterio a orillas del mismo río. En cuanto a Etiènne, también fue absuelto de sus pecados, pero su nombre se perdió en el anonimato de la gleba a la cual pertenecía y regresó a su condición de pastor. Fue lo que mejor pudo hacer, ya que eso le salvó de males mayores, como veréis enseguida, mi señor.

Y es que en el verano de 1222, justo diez años después de que la cruzada partiese de Vândome hacia Marsella, ocurrieron en el valle tres sucesos que, por lo misterioso de su carácter, habrían de causar escalofríos a señores, siervos y clérigos.

De una acacia a las afueras de Tours, apareció colgado un día el obispo alcahueta que había cerrado los ojos a la predicación de la cruzada.

Dos días más tarde, el abad Marcel Delvaux se esfumaba en Amboise, materialmente, pues no dejó rastro al hacerlo.

Y justo el 15 de agosto de ese mismo año, fecha en que se cumplía el décimo aniversario de la marcha de los veinte mil niños a Marsella, desaparecía también el deán Jules Garnier de la catedral de Bourges.

Scherezade observó de reojo a Shariar.

El sultán parecía conmovido por la triste historia de Jean y Alizée, si bien su actitud no dejaba de ser sospechosa. Pues ¿cómo creer que un sátrapa como él pudiera sentir tristeza por la muerte de una doncella cristiana cuando había ordenado la decapitación de cientos que profesaban la fe del Profeta? El motivo tenía que ser otro. Y Scherezade lo captó al vuelo. El sultán no estaba ni pizca afligido por la suerte de los dos niños cristianos, sino por haber escuchado a su joven esposa llorar en la oscuridad.

—¿Estás bien, esposa mía? —le preguntó solícito.

Scherezade murmuró un débil sí mi señor y exhaló un profundo suspiro, pues, a decir verdad, no se sentía nada bien. Intuía que la historia de Jean y Alizée no había funcionado como ella hubiese querido y eso ya no tenía remedio. Aun así, debía proseguir, atraer la atención de su esposo, tratar de engatusarlo con otra historia que le alegrara las campanillas y despertara su interés. Conque viendo que Shariar había mostrado alguna emoción por sus lágrimas —de las que, conviene repetir, una vez más, nadie hubiera sabido decir si eran o no genuinas—, resolvió irse por un atajo que sabía era del gusto de su impredecible esposo.

—¿Os acordáis, mi señor, de la historia de Alí Babá y los cuarenta ladrones?

—Esa sí que es una buena historia —respondió el sultán con entusiasmo.

—Pues voy a contaros otra también muy buena de un ladrón que robaba en el mar.

Shariar se había ido acostumbrando a estos enredos. Para ganar tiempo, Scherezade embutía una historia en otra historia y, si se presentaba la ocasión, en una tercera. Sabía, pues, por dónde quería ir su astuta esposa, pero esta vez tenía motivos que le impelían a aceptar la propuesta. Las historias secundarias que Scherezade contaba eran con frecuencia tan buenas o mejores que la principal. Además, qué rayos, a él le gustaban las andanzas de piratas y ladrones, tanto o más que las eróticas, como la de la fiestecita nocturna que se tuvo cierto recadero con cinco damas de Bagdad o la rica noche de bodas que se recetaron un pastelero de Damasco y su esposa. Y por una vez resolvió pasar por alto las argucias de la joven.

De su parte Scherezade, viendo que Shariar no se resistía al anzuelo de una nueva historia de rufianes, procedió a contar la que, según ella, le podría salvar la vida.

Pues, señor, habréis de saber que, en las costas de la africana Berbería, vivía un hombre muy rico llamado Hakim Yusuf, jeque de un extenso territorio con una amplia faja marítima en uno de cuyos recodos se escondía una cala que servía de refugio a piratas y corsarios.[7] Su negocio era sencillo. Consistía en recibir parte del botín que los filibusteros obtenían del pillaje, a cambio del refugio y la protección que Hakim les procuraba con sus barcos y sus avezados hombres de mar.

Hakim tenía ocho hijas y cuatro hijos, el más joven de los cuales llevaba por nombre Ibrahim ben Yusuf. Ibrahim era un apasionado del mar, la navegación y la aventura, y llegada su mayoría de edad, pidió a su padre concederle patente de corso para operar dos galeras con las cuales asaltar y desvalijar las naves cristianas que comerciaban desde Valencia a Sicilia y desde Malta a Constantinopla. Hakim le intentó disuadir de tal propósito, diciéndole que no era una tarea propia de él y que mejor haría si se quedaba en tierra atendiendo los negocios de la familia. Pero Ibrahim arguyó que para eso estaban ya sus hermanos mayores y que a él más le atraía, no solo la libertad que el mar le otorgaba, sino también compensar a su amado padre, mediante los beneficios del corso, lo mucho que había hecho por él.

No se equivocó Ibrahim en la elección de su carrera y su destino. En poco más de dos años, su nombre resonaba en cada confín del *Mare Nostrum* por la inclemencia y la fiereza de sus actos. No había aldea ni embarcación cristianas que no se afligieran cuando las rapidísimas galeras del joven corsario hacían su aparición en el horizonte.

Hacia la primavera de 1232, Ibrahim se sumió otra vez, como hacía cada año, en los preparativos de una nueva temporada de pillaje en las aguas del Adriático, su área favorita de caza. Trabajo arduo sin duda el suyo, haciendo acopio de trigo, habas, sal o tasajo, calafateando y reparando navíos y, sobre todo, revisando el estado físico de los galeotes, pues de ellos dependía la velocísima huida a la que tenía que recurrir tras los abordajes en alta mar y los desembarques en los pueblos de las costas cristianas.

La mayoría de aquellos hombres eran esclavos sicilianos, españoles, portugueses, napolitanos, y su vida útil no pasaba por lo común de diez años a causa de la dureza de tan extenuante menester. No era fácil la vida para ellos, no. Solo cuando estaban en tierra, podían reponerse del agotamiento, la falta de espacio y los hedores de las galeras, en cada una de las cuales se hacinaban alrededor de ochenta bogadores encadenados a los bancos de remo.

Sentado en unos sacos de trigo, observaba Ibrahim la carga de sus dos embarcaciones cuando se acercó a él Faruk Rajab, viejo amigo de Hakim y corsario de raigambre. Y a la sombra del quitasol que portaba un esclavo libio, Ibrahim y Faruk dieron en charlar sobre el auge del negocio y otros asuntos relativos al comercio de mercancías y esclavos cristianos.

En medio de tan agradable conversación, Faruk le preguntó a Ibrahim si conocía un extraño suceso ocurrido no hacía mucho en Venecia. Ibrahim respondió que no. Y como ninguno de los dos tenía mucho qué hacer a esa hora del día, Faruk procedió a contarle a Ibrahim la historia que le habían contado.

—Parece ser —dijo Faruk— que cierto mercader de Ajaccio emprendió viaje a Venecia con el fin de entrevistarse con el *dux* y obtener de él permiso para abrir allí una sucursal desde donde distribuir salazones de pescado, aceitunas, avellanas y castañas en toda la Serenísima República de San Marcos, como los venecianos denominan al extenso archipiélago de cuatrocientas cincuenta islas que lo integran.

»Las tareas del *dux* eran, sin embargo, numerosas y el mercader fue informado de que habría de esperar un mes antes de ser recibido. Lo cual no le arredró en absoluto. Siendo hombre de posibles, dispuso invertir buenos dineros en agasajar a personas importantes de la ciudad con el fin de obtener influencia sobre aquellas que fueran más receptivas a sus dádivas y adelantar de esa cuenta su entrevista con el *dux*.

»Copiosas cenas, fiestas nocturnas y lujosos regalos fueron los medios de los que se valió el mercader para entrar en el más rico y poderoso estamento de la ciudad de Venecia. Pero pasaban los días y la cita con el *dux* no llegaba. Hasta que cierta mañana, luego de uno de aquellos espléndidos ágapes, aparecieron flotando sobre el Gran Canal los cuerpos de dos hombres degollados. Sus nombres no se dieron a conocer hasta que los alguaciles de la Serenísima identificaron los cadáveres, los cuales, según pudo saberse, pertenecían a dos acomodados traficantes que se dedicaban al comercio de esclavos. Según el informe de los alguaciles, dichos individuos eran conocidos por los nombres de Hugo *el Hierro,* el de uno, y Guillermo *el Cerdo*, el del otro.

»Nadie sabe cómo ni en qué circunstancias ocurrió el asesinato. La única información cierta al respecto fue que el mercader venido de Córcega desapareció ese mismo día de Venecia.

»¿Habías oído hablar o te topaste alguna vez con alguno de estos

dos tipos? —preguntó Faruk a Ibrahim».

—Nunca oí hablar de ellos, hermano, pero si murieron así fue porque algo debían —contestó Ibrahim, con la mirada puesta en la fila de galeotes que en ese momento abordaban las galeras.

El sultán se revolvió inquieto en el lecho. Scherezade dilataba la historia que él quería oír con otra muy diferente y alargaba sin necesidad la aventura del tal Ibrahim ben Yusuf, cuando lo que él quería era acción, drama, erotismo.

—Estás jugando con fuego, Scherezade —masculló Shariar, disgustado—. Pareces no darte cuenta del peligro que corre tu vida, divagando con preámbulos y desvíos que entorpecen la historia del ladrón. Pretendes tomarme el pelo y eso no te lo voy a consentir.

—Pero, señor…

—No hay señor ni pero que valga, ya me harté.

Tomó Shariar en sus manos el reloj de arena con marcas biseladas que tenía un lado del lecho, lo volteó y la arena comenzó a deslizarse del recipiente superior al inferior a la velocidad del agua que mana de una fuente.

—Te doy diez minutos para que termines. Si no lo haces en ese tiempo, y a mi satisfacción, te recuerdo, ya sabes lo que te espera.

La joven inclinó la frente, a sabiendas de que no tenía el tiempo necesario para concluir la historia y, perdida ya toda esperanza, pues la aurora estaba a punto de iluminar el firmamento, prosiguió con su relato hasta donde pudiese llegar en el tiempo señalado por su esposo.

Desde el castillete de popa, contemplaba Ibrahim ben Yusuf el mar la mañana de verano en que Alá, el compasivo, el misericordioso, haría rebosar de indulgencia el corazón del corsario —continuó Sherezade—. El viento soplaba del norte y las ágiles galeras se deslizaban sin necesidad de aplicar músculo al remo sobre una alfombra de aguas azules y serenas.

Los primeros atisbos del sol, que ya se alzaba por encima de las costas situadas al este de la península itálica, le recordaban que aquella era la hora propicia para tomar por sorpresa algún navío cristiano adormecido aún por la modorra nocturna y sus ojos trazaban la lejanía con la tensión propia del cazador. En diez años de práctica había aprendido que la ley del mar era la misma que la de la selva y

las sabanas de África: si no eres cazador serás presa. Y a él le encantaba ese juego, entre otras razones porque muy pocos sabían jugarlo como él.

Serían algo más de las seis de la mañana cuando una oscura y diminuta mancha apareció por el oeste. Luego, a medida que fueron transcurriendo los minutos, la mácula se fue agrandando hasta convertirse finalmente en un imponente navío de los caballeros de la Orden de Malta, que también eran corsarios, solo que de la parte contraria, vale decir, cristianos que se dedicaban a cazar naves musulmanas allí donde daban con ellas, y a robar, esclavizar o asesinar a sus tripulantes en un mar que, como el Mediterráneo, estaba infestado de salteadores de una religión y de otra.[8]

Desde lo alto de la cofa, el vigía comenzó a dar gritos alertando a la tripulación. Los alguaciles de abordo hicieron sonar sus silbatos. El cómitre, un tipo con cara de malas pulgas, hizo restallar el látigo, y también a gritos, puso en danza a la chusma,[9] cuyos miembros empezaron a persignarse y santiguarse como si hubiese llegado el fin de su miserable existencia.

Un navío como el que se les venía encima era demasiado para la fuerza de Ibrahim, si se tiene en cuenta que sus galeras solo contaban con sendos cañones pedreros. En cambio los de la nave cristiana tenían más alcance y sus proyectiles eran devastadores. Más valía, por tanto, una vergonzosa huida que una honrosa derrota. Y esa fue la orden que dio a sus hombres: salir por piernas de allí.

Un fogonazo iluminó el horizonte y, segundos después, una enorme columna de agua se precipitó sobre la cubierta de la galera que se hallaba a la derecha de Ibrahim y la dejó como un espejo. Otros dos bombazos reventaron cerca de la suya. Y fue en esas circunstancias que, de improviso, se le vino una ocurrencia.

Se volvió al alguacil de abordo y, alzando la voz por encima del monótono tamborcillo de cuero de cabra que marcaba el ritmo de la boga, señaló a dos de los forzados con los dedos índice y medio.

—Tráeme a aquellos dos —ordenó.

El alguacil desencadenó a los dos hombres, o quizá sería mejor decir dos espectros sudorosos, de piel tostada y reseca, barbas enredadas, camisas y calzones harapientos, dos tipos, en fin, chupados y enjutos a causa del mal comer y el arduo bregar en el banco de los condenados al remo. Ninguno de los dos hablaba árabe, pero sí alcanzaron a entender que lo que les esperaba no iba a ser nada bueno.

—¿Qué se siente estar libres de cadenas? —les dijo, socarrón,

Ibrahim, en perfecto francés.

Ninguno de los cautivos le miraba a la cara, sino a la cintura, dónde el corsario llevaba cruzado el alfanje más temido del Tirreno. Sabían que, en un instante, Ibrahim podía blandirlo en el aire y que, en dos más, sus cabezas rodarían por cubierta.

—¿Quién eres tú? —se atrevió a preguntar el que parecía más atrevido—. ¿Qué vas a hacer con nosotros? Nos encerraste nueve años en esta apestosa galera y has llevado el agotamiento a nuestras vidas, sin que hayamos cometido otro crimen que el de ser cristianos.

Ibrahim lo miró con desprecio y cólera creciente en sus facciones.

—Siempre la misma excusa, siempre escondiéndose tras la religión y lo sagrado para cometer fechorías. Lleváis sobre vuestras sucias conciencias las vidas de miles de niños, y en especial, la de una niña inocente a quien violasteis y asesinasteis hace este mes veinte años, ¿y todavía te atreves a decir que no habéis cometido ningún crimen?

Aquí debo manifestar, mi señor, que Ibrahim era un hombre muy atractivo. Bajo el blanquísimo turbante que cubría su cabeza brillaba una afectuosa mirada color ultramar y sobre sus labios rojizos, finos como los de una diosa de mármol, brotaba un negro bigote que se unía en el mentón con una espesa barba. Su delicada fisionomía transmitía inteligencia; sus fornidos brazos, seguridad; y su torso apenas tapado por una camisola azabache, confianza. Pero cuando la ira arreciaba su espíritu, toda esa apostura y ese encanto se transformaba en el pavoroso aspecto de una fiera.

Esta vez, sin embargo, su gesto se dulcificó rápidamente tras la torpe queja del galeote y alzando la mano con dramático gesto, les dijo a ambos:

—Hoy, no obstante, me siento compasivo y he decidido, en nombre de Alá, daros una alegría.

Dos cañonazos consecutivos provocaron sendos volcanes de agua cerca de la embarcación. Las piernas de los cautivos comenzaron a temblar.

—Quién soy yo, me preguntáis. Eso no os concierne en absoluto. ¿Qué me propongo hacer con vosotros? Eso sí os va a sorprender, pues, recordando hace unos momentos mis días de buen cristiano, cierto mandato interior me ha movido a hacer una obra de misericordia, una de las catorce que aprendí en mi infancia.

El galeote más engreído todavía se atrevió a preguntar en tono arrogante:

—¿Y qué obra de misericordia es esa?

—Redimir al cautivo —respondió Ibrahim, esgrimiendo una sonrisa y alzando la voz por encima de otro cañonazo procedente de la nave cristiana.

Sin aviso ni razón, Scherezade interrumpió bruscamente el relato y el sultán se sentó en la cama de un impulso.

—¿Por qué te detienes? ¿Qué es lo que ocurre ahora? —preguntó, acalorado.

—La arena del reloj se ha agotado, mi señor —replicó la joven—. Se ha terminado mi tiempo. Debo preparar mi espíritu para…

Shariar dirigió la mirada al reloj.

—¡Esto es una treta ruin, Scherezade! —exclamó.

—Por desdicha para mí, no solo el sol se insinúa por oriente, sino que el tiempo que me disteis se ha agotado —dijo señalando al reloj de arena.

Al sultán no le pasó inadvertida la apuesta que le planteaba Scherezade. La joven perdería la vida, pero él se iba a quedar sin saber cómo terminaba la historia. Y ahí llevaba todas las de perder, pues su curiosidad era mayor que su intransigencia.

—¡Está bien, está bien! —replicó, aceptando por primera vez desde que aquel juego mortal había empezado que se hallaba en situación de inferioridad frente a su joven esposa—. ¡Tienes todo el tiempo del mundo, el que necesites!

Le faltaba, sin embargo, una excusa que le permitiera salvar la cara con alguna dignidad.

Entonces agregó:

—¡Solo termina de una vez, demonios, que hoy tengo un día muy ocupado!

—¿Me darás tres noches más de vida gratis?

Shariar cerró los ojos y, a punto de perder del todo el temple que había mostrado hasta ese momento, murmuró:

—Scherezade…

—Como ordenéis, mi señor —se apresuró a decir la joven, haciendo una reverencia—. Solo soy una humilde servidora que ni por un momento ha querido molestaros.

Y esto dicho, Scherezade reanudó de este modo su relato.

Hecha la promesa de cumplir con una de las catorce obras de misericordia que según él había aprendido de niño, Ibrahim hizo una

seña al alguacil de la galera quien, a su vez, con gesto parecido, requirió la presencia de tres de sus hombres. Y acto seguido y de manera sorpresiva, pero muy bien acordada, el trío y su jefe se abalanzaron sobre los galeotes, los levantaron en vilo y los arrojaron por la borda al mar. Y al tiempo que entre pataleos y gemidos, Jules Granier y Marcel Delvaux se precipitaban en el agua, Ibrahim les gritó:

—¡Que Alá se apiade de vuestras podridas almas!

A una nueva seña del joven corsario, dos de los hombres del alguacil cargaron con un tablón carcomido y lo lanzaron al agua.

Debo deciros, mi señor, una cosa que por ser hombre de tierra adentro, quizá no sepáis y es que arrojar por la borda a galeotes que ya no son útiles es una práctica habitual de corsarios y piratas del Mediterráneo. Ahora bien, que Ibrahim les arrojara una tabla, confiando que las naves cristianas los recogieran a su paso, sí era una novedad, lo que da una idea de la clemencia y la magnanimidad que abrigaba aún su corazón.

El navío maltés intentó de todos modos acercarse a las galeras de Ibrahim, pero pronto su capitán comprendió que no podría competir en ligereza y velocidad con aquellas pequeñas embarcaciones a vela y remo, construidas así para el asalto y la huida y enderezó el rumbo de su navío hacia el este del Tirreno.

El peligro había pasado. Y fue entonces que Ibrahim se arrodilló en cubierta, extendió los brazos y dio gracias a Alá, el clemente, el misericordioso, por haberle concedido la gracia del perdón para aquellos embaucadores de adultos y violadores de niñas.

Así concluye, mi señor, la historia de Jean Groussard, peregrino de la quinta cruzada y niño esclavo más tarde, adquirido en el mercado de Argel por Hakim Yusuf, quien lo hizo su hijo adoptivo cuando el joven cumplió quince años. A su sombra, aprendió Jean la lengua del profeta, se convirtió a la fe musulmana y labró su leyenda como el corsario más temido de la Berbería.

Solo algún tiempo después del incidente con la nave maltesa se supo que había sido él quien, nueve años atrás, se despojó un día del turbante, el alfanje y la chilaba, volvió a vestirse de francés e ingresó en su patria nativa oliendo a sudor, salchichón y vino tinto y disfrazado de vendedor de ollas, pucheros y otras vasijas de barro. Que, camino del valle del Loira, se detuvo ante un peñasco de granito, a cuyo pie había enterrado el cuerpecito de Alizée, y volvió a llorar ante su tumba con el mismo sentimiento que lo había hecho el día que la niña murió desangrada tras ser violada por un par de desalmados. Que una vez en el valle, colgó de una acacia al obispo que había bendecido desde

lo oculto la predicación de la cruzada. Que secuestró más tarde a Delvaux y a Granier y se los llevó amordazados y maniatados en la carreta donde transportaba las ollas y las botijas, y que, con la generosidad que le había caracterizado siempre, les dio empleo como remeros de su flotilla durante nueve años. Y que fue, en fin, también él quien, disfrazado de comerciante de Córcega, degolló y arrojó al Gran Canal veneciano a Hugo *el Hierro* y a Guillermo *el Cerdo*, los depravados traficantes de esclavos que habían vendido los niños sobrevivientes de la cruzada en los mercados de Argel y Alejandría.

Como habréis apreciado, mi señor, Jean Groussard no olvidó nunca a Alizée, la niña de doce años que un día sería mujer, pero que fue violada y asesinada antes de llegar a serlo. Los sentimientos más limpios y más puros sobreviven siempre, aunque el corazón se haya endurecido con el tiempo a causa de otros más inconfesables o mezquinos. En algún momento de nuestra vida, las emociones buenas retornan para limpiar las basuras que los malos sentimientos acumulan con los años.

Esto era lo que deseaba deciros, si me dabais el tiempo para concluir mi historia. Ibrahim bien pudo degollar a los violadores y asesinos de Alizée, antes de arrojarlos al mar. En cambio les dio la oportunidad de que fueran recogidos por la nave cristiana. A lo largo de veinte años había llevado en el corazón un dolor que solo aliviaba la violencia y las crueldades con que ejercía su oficio de corsario. Pero era tiempo de perdón y olvido, de reencauzar su vida sin la carga del rencor. Y ese fue el sentimiento que afloró aquella mañana en el Tirreno y con el que hoy le honra su leyenda.

El bien nos hace más felices que el mal, mi señor, y vos merecéis también ser feliz y que ese afán de decapitar cada madrugada a una doncella inocente no continúe amargando vuestra vida. Sed compasivo y seréis dichoso. No hay fórmula mejor para que Alá haga descender sobre vuestra persona todas las mercedes y dones a los que os haríais acreedor por ello.

P.D. / De acuerdo con el análisis semiótico de los arqueólogos de la Universidad de Samarcanda acerca del relato aquí ofrecido, el sultán comprendió la intención de Scherezade y, de resultas, su envenenada opinión sobre el género femenino cambió de forma dramática. El relato de Ibrahim ben Yusuf le había convencido de que

no podía pasarse el resto de su vida odiando y ejecutando jovencitas por el daño que una de ellas le había hecho. E inspirado en la conmovedora historia que le acababa de contar Scherezade, dio en considerar si debía seguir oficiando cada día el rito de ejecutar a una doncella al filo del amanecer. Había empezado a cansarse del trajín que significaba una boda al mediodía, fiesta y festín por la tarde, sexo casual en la noche y decapitación de la infeliz al alba. Llevaba más de dos años en ese trote diario, lo que suponía un desgaste excesivo para alguien que debía gobernar un reino tan extenso como el suyo. Y fue luego de hacerse estas reflexiones que decidió perdonar de una vez por todas la vida a Scherezade, cuarenta y tres días después de que la joven hubiese iniciado su arriesgada y heroica batalla para, burlando cada noche a la muerte, convencer a Shariar de que debía detener la degollina.

Ahora bien, si lo anterior es verdad, es decir, si solo habían transcurrido cuarenta y tres días desde que Scherezade comenzó a narrar sus historias, ¿cómo se explica que el libro de Las mil y una noches *tenga alrededor de cinco mil páginas, así como unos trescientos relatos, con los intercalados o anexos que ella agregaba cada noche a fin de conservar la vida?*

La respuesta le rompe a uno el corazón. La joven sultana no llegaría a tener noticia, sino hasta cientos de noches más tarde, de que Shariar había resuelto aquella misma madrugada abolir las ejecuciones y de que ella estaba, en consecuencia, a salvo. El muy canalla se guardó para sí el veredicto de amnistía y siguió utilizando el chantaje de la decapitación sin plazo ni fecha límite, no fuese que Scherezade se cansara de encandilarle cada noche con fascinantes historias que nadie como ella sabía contar.

J. D.
Universidad de Lyon

3 Shariar era solo un tirano cuya única sabiduría consistía en mantener a su pueblo en un puño. En lo demás, el tipo era bastante elemental. Incluso infantil. Podían no gustarle las historias serias, como la que pretendía contarle Scherezade, en cambio le fascinaban las de lámparas mágicas, odaliscas lujuriosas, genios que salían de una vasija, libros envenenados, peces parlanchines o alfombras voladoras.

4 Recordemos que Scherezade se había ofrecido voluntariamente a la heroica misión de persuadir al sultán de que no continuara masacrando doncellas. Un juego ciertamente peligroso en el que a la joven se le iba la vida. De ahí que un paso en falso como el que había dado esa noche pudiera suponer para ella el fin de su valerosa aventura.

5 Utilizados en sus obras con frecuencia por dramaturgos e historiadores, estos dos personajes, de quienes se sabe muy poco, pertenecían a la selecta estirpe de mercaderes que, en medio del conflicto religioso que tenía lugar en Europa, vendían personas y bienes cristianos a musulmanes y viceversa.

6 A propósito, en su lengua original, *Scherezade* quiere decir «mujer inteligente, hermosa y libre».

7 La diferencia entre un pirata y un corsario de aquellos días sería semejante a la que en nuestro tiempo podría existir entre un delincuente autónomo y otro al servicio o con autorización de un gobierno.

8 De acuerdo con estimaciones dignas de todo crédito, la edad de Scherezade rondaba los dieciocho años y este comentario sutil, que sin duda pasó inadvertido al sultán, da una idea de la inteligencia y la madurez de la joven para retratar la tirantez política y religiosa de aquel tiempo en el mar Mediterráneo.

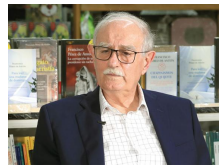
9 En el documento original del relato no aparece chusma, sino *ciusma*, voz que en el dialecto genovés significaba conjunto de forzados de una embarcación a remo.

Al mejor estilo de Joseph Conrad, Stefan Zweig o Ambrose Bierce, Francisco Pérez de Antón nos presenta ocho relatos turbadores cuyos protagonistas tratan de cambiar el destino fatal que parece marcar sus vidas.

Estos son los sugerentes títulos: «Un agujero en el queso», «O César o nada», «El apagón», «¿Dónde están los payasos?», «Atracción fatal», «Apóstata, zascandil, delator, espía», «La ninfa de la fuente de Gobia» y «El arte de burlar a la muerte», que da título al libro y narra lo ocurrido la noche en que Sherezade se salvó de ser degollada gracias a las historias que el autor pone en boca de ella.

Inmersos en diferentes tiempos históricos, sus originales tramas e inesperados desenlaces conforman un colorido mosaico literario donde los múltiples estilos narrativos potencian el propósito de emocionar, sorprender y entretener al lector.

Vamos en busca de buenas historias, bien contadas, como las que Pérez de Antón nos presenta en este volumen, fuera de colección, con las que podremos comprobar la capacidad curativa de la lectura y, tal vez, burlar a la muerte.



Francisco Pérez de Antón nacido en Soto de Caso (Asturias, España, 1940), ingeniero, economista, hombre de empresa, periodista y catedrático, ha publicado veintiséis libros, la mayoría en esta editorial, entre ellos ocho novelas, diez obras de ensayo, tres de narrativa breve y cinco de otros géneros, como la economía, la historia, el lenguaje o el humor.

Miembro de la Academia Guatemalteca de la Lengua y de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala, país donde reside desde 1963, fue fundador y editor del semanario Crónica y colaborador de una veintena de diarios y revistas de América Latina.

En 2011, su obra fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias.

El arte de burlar a la muerte
(y otras inquietantes historias)

Edición en formato digital: mayo, 2024

D. R. © 2024, Francisco Pérez de Antón

D. R. © 2024, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Fotografía de portada: © iStock by Getty Images
Fotografía del autor: © Hemeroteca Prensa Libre

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-384-668-4

Composición digital: *Mutare, Procesos Editoriales y de*

Comunicación, S.A. de C.V.

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

El arte de burlar a la muerte

Un agujero en el queso
O César o nada
El apagón
¿Dónde están los payasos?
Apóstata, zascandil, delator, espía
Atracción fatal
La ninfa de la fuente de Gobia
El arte de burlar a la muerte

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

El arte de burlar a la muerte
Un agujero en el queso
O César o nada
El apagón
¿Dónde están los payasos?
Apóstata, zascandil, delator, espía
Atracción fatal
La ninfa de la fuente de Gobia
El arte de burlar a la muerte
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos